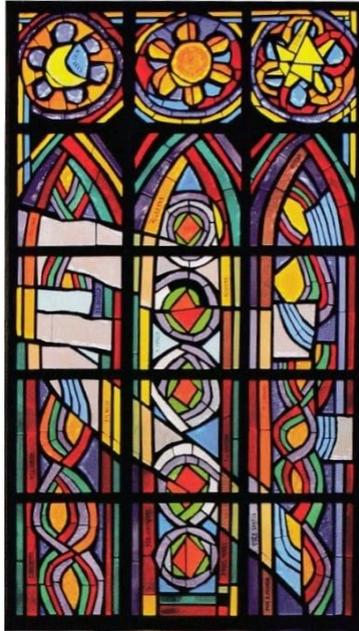


**FERNANDO PANIAGUA BLANC  
MARINA PANIAGUA BLANC  
(COORDS.)**



***HACEDORES DE HISTORIAS.  
CUENTOS DE ESCRITORES NUEVOS Y  
NO TAN NUEVOS***

**UNIVERSIDAD DE LEÓN**

**Instituto de Humanismo y Tradición Clásica  
2024**





***HACEDORES DE HISTORIAS.  
CUENTOS DE ESCRITORES  
NUEVOS Y NO TAN NUEVOS***

# BIBLIOTECA NOVEL DE HUMANIDADES

## 3

### *Director de honor*

José María Maestre Maestre (Universidad de Cádiz)

### *Director*

Santiago Domínguez Sánchez (Universidad de León)

### *Secretaria*

María Luisa Alvite Díez (Universidad de León)

### *Comité editorial*

Natalia Álvarez Méndez (Universidad de León)

Santiago Castellanos García (Universidad de León)

Juan Manuel Bartolomé Bartolomé (Universidad de León)

Jesús Paniagua Pérez (Universidad de León)

### *Comité científico*

Noemí Domínguez García (Universidad de Salamanca)

Klaus Herbert (Universidad de Nüremberg)

Mauricio Herrero Jiménez (Universidad de Valladolid)

Pilar López Pérez (Universidad Nacional de Colombia)

Carmen Martínez Martínez (Universidad de Valladolid)

Jesús María Nieto Ibáñez (Universidad de Valladolid)

Jesús María Porro Gutiérrez (Universidad de Valladolid)

Susana Sueiro Soane (Univ. Nacional de Educación a Distancia)

Gonçalo Vasconcelos de Sousa (Universidad Católica Portuguesa)

María José Vilalta i Escobar (Universidad de Lérida)

Monika Wehrheim (Universidad de Bonn)

**FERNANDO PANIAGUA BLANC  
MARINA PANIAGUA BLANC  
(COORDS.)**

***HACEDORES DE HISTORIAS.  
CUENTOS DE ESCRITORES  
NUEVOS Y NO TAN NUEVOS***



**UNIVERSIDAD DE LEÓN**

**Instituto de Humanismo y Tradición Clásica  
2024**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del titular de los derechos de esta edición.

© Instituto de Humanismo y Tradición Clásica. Universidad de León (España).

© Del texto: los autores.

Motivo de cubierta: vidriera de la escalera del edificio del Albéitar de la Universidad de León, realizada en 1932 por Luis García Zurdo.

Diseño de la cubierta y maquetación: Javier Domingo Pérez (Universidad de León).

The work included in this book has been double-blind peer reviewed by international referees. El texto se ha sometido a doble revisión anónima internacional.

ISBN: 978-84-09-59499-3

Depósito Legal: LE 92-2024





## ÍNDICE

Prólogo	11
<i>Folie a deux</i> (Leire Mateo Arias)	15
<i>Aparta de nosotros este cáliz</i> (Rubén Ramírez Gaspar)	23
<i>El tic tac del reloj</i> (Marina Gamazo Gallego)	31
<i>El último tren</i> (Carolina Álvarez Provecho)	39
<i>Mata la sombra</i> (María Esquitín)	49
<i>Destellos</i> (Mar Llamazares)	53
<i>Juguetes dañados</i> (Pilar Tejero Valero)	59
<i>En código postal</i> (Joaquín Olmo Martínez)	73
<i>Más rápido que los sueños</i> (Arturo Andreu)	83
<i>El perro que miraba con tristeza</i> (Raúl Fierro)	93
<i>Pontius</i> (M <sup>a</sup> . Carmen González Blanco / <i>Stella maris</i> )	99
<i>El último castigo</i> (Ivar Fernández Martínez)	103
<i>El ausente</i> (Nieves GC)	113
<i>Un espíritu azul llamado O</i> (M <sup>a</sup> . Cristina Asenjo Álvarez)	115
<i>Escultura de Laura</i> (Ricardo Sánchez)	127
<i>Putas y moscas</i> (Marina Paniagua Blanc)	135
<i>Cristales en el vacío</i> (Daniele Arciello)	143
<i>Piscinas de progreso</i> (Fernando Pani Blanc)	153
<i>La energía de los esclavos</i> (Jacobo Llamas Martínez)	163



## PRÓLOGO

Algunos años de profesor y una vida dedicada casi en exclusiva a la actividad me dejan decir que no es fácil encontrar buenos escritores. Las velocidades excesivas de la época y los imperativos económicos de una sociedad más pobre de lo que ella misma sabe no le sientan nada bien al oficio lento y pesado de zapatero remendón que es la literatura. Por eso, es un gusto encontrar que el curso de verano de escritura creativa, que decidimos implementar en la Universidad de León hace ya tres años, ha tenido una enorme acogida desde su primera edición. Nos reafirma en nuestro compromiso de luchar contra el «sobreactademicismo» que a menudo invade las aulas de las carreras de letras de expertos en escritores y movimientos literarios que a menudo no han escrito una frase en su vida, ni tienen ningún interés por hacerlo, aunque después nos acordamos de que más lo hicimos impelidos por la culpabilidad de tanto quejarnos y no hacer nada que porque realmente nos moviese una vocación de enseñar, que solo el tiempo nos regaló después. Y entonces el ego se nos vuelve a caer al suelo mugriento de donde no acostumbra a salir hasta que, de nuevo, los relatos de los participantes empiezan a llegar al final de cada verano y nos lo realzan al descubrir pequeñas maravillas simples que nos recuerdan que más vale una zapatería vulgar que un ministerio importante.

Como toda selección, esta es injusta. La cuidadosa elección de relatos está hecha desde la subjetividad inevitable de quien debe decidir por qué no caben todos, aún a sabiendas de que es seguro que se cometen errores por los que no nos queda sino pedir perdón a los damnificados. La duda de si nos dejamos justicias fuera, no obsta para que estemos medio seguros de que solo hay justicias adentro. Una pequeña y variada colección de relatos fruto de los tres primeros años de impartición del curso de verano de escritura creativa, a los que hemos añadido unas aportaciones de solo algunos de sus profesores, y que el Instituto de Humanismo y Tradición Clásica de la Universidad de León ha tenido la osadía de querer publicar.

Tenemos pesados relojes obscenos y viajes en tren; tenemos despedidas y asesinatos; primeras y terceras personas, incluso alguna segunda. Tenemos directos e indirectos, conversaciones en realidades «ficcionaladas» y ficciones realistas. Tenemos muchas sierras de mases y menos; y dolores propios y ajenos, algún robot, muchos desengaños e incluso un socorrista de piscina que no sabe nadar. Tenemos omniscientes y peleles, carreteras, un diario, algún verano. Tenemos tantas cosas en este libro para demostrar que escribir es más un militar enamorado de una prostituta en el Amazonas que una conferencia en la Universidad de Columbia o fotos de revista «socialité». Y también tenemos las dudas, muchas, de si, como nos gusta pensar a quien lo impartimos, los autores de estos relatos elegidos lo saben porque conseguimos transmitírselo en esa semana tan corta al principio de cada verano o porque ya lo sabían cuando, más por intriga que por necesidad, por allí aparecieron. Quizás no importa mucho, seguramente no. Probablemente lo único importante es que al final hay un montón de horas solas, de mesa y flexo, que sirven para que se escuchen los gritos rabiosos de todos esos pequeños señoritos que gritan al fondo, donde la lupa no llega a ver, y un instituto universitario dispuesto a sufragar sus chillidos. Por cierto, el criterio de selección fueron los chillidos y chillidos es lo único que ofrecemos a los lectores.

Casi un centenar de personas han pasado por el curso de escritura en los últimos tres años, muchos de ellos son zapateros en la actualidad, y el capullo se hizo flor en la veintena de relatos que dan forma a esta publicación, que no cambiarán el mundo, aunque quizás algunos lo intenten y uno o dos lo consigan en ratitos lentos y jolgoriosos.

No nos queda sino agradecer a todos los que alguna vez nos mandaron algunos de sus relatos para que los corriyésemos, a los que aquí se publican y a los que no. También queremos dar las gracias al Instituto de Humanismo y Tradición Clásica de la Universidad de León por cometer la insensatez de apostar por la literatura en los tiempos de NETFLIX; y al departamento de Filología Hispánica y Clásica por respaldar el curso de verano,

en especial a Juan Matas, Jacobo Llamas, Natalia Álvarez, María José Conde Guerri y Miriam López Santos, algunos de los cuales incluso lo nutrieron con su experiencia y conocimientos.

También queremos agradecer a los trabajadores de Extensión Universitaria, que tanto nos han ayudado con nuestra incapacidad crónica y escaso gusto por la burocracia. No queremos olvidarnos de Daniele Arciello, que fue fundamental para el desarrollo de nuestros cursos, como para la publicación lo son Santiago Domínguez Sánchez, director de esta colección, y quien debe maquetar esta obra, Javier Domingo Pérez. Por último, gracias a todos los participantes de estos años que, además de sus textos, no han dudado en regalarnos su indisimulado aprecio y que, año tras año, llenan el curso de verano de escritura y lo convierten en uno de los mejor valorados de la Universidad de León. Esta pequeña colección de relatos no sería posible sin todos los mencionados y seguramente alguno más que nos olvidamos.

*Pani Blanc*



## FOLIE A DEUX

Leire MATEO ARIAS

Hacía un tiempo que Will no estaba seguro de qué día era.

No es que le importase mucho, pero a veces tenía curiosidad. Por el hueco de debajo de la puerta solo se colaba luz artificial, y era apenas una delgada línea. La habitación no tenía ventanas, era un lugar extraño, así que el único paisaje que veía desde su cama era el de un cuadro. Uno bastante feo, si alguien le preguntase su opinión. Puede que alguna vez lo comentase.

Según sus cálculos, que tampoco eran demasiado fiables, Will creía que era miércoles. Pero prefería pensar que era viernes. Los viernes le recordaban al alivio que sentía al salir del trabajo pensando que tenía dos días de descanso por delante, al sabor de las cervezas con los compañeros en el bar de la calle de al lado, a la sesión del cine de las 10 y a las noches en las que se quedaba dormido en el sofá rodeado por sus perros.

Hoy se sentía de buen humor, así que hoy, era viernes.

Retozó en las sábanas negras de su cama, sonriendo. Desprendían un fuerte olor dulzón, agrio; debía recordarle a Duncan que las cambiase. A Duncan nunca le molestaba hacer este tipo de cosas, siempre le sonreía, siempre tenía palabras amables para él; más cuando se mostraba responsable y diligente. Eso a Duncan le encantaba, y solía besarle la frente, revolviéndole los rizos con la mano, haciéndole sentir de nuevo como un niño pequeño que se había ganado el cariño de su padre.

En momentos como esos a Will no le importaban los colores tristes y sobrios de la habitación, ni que no tuviera ventanas, ni que su baño fuese tan pequeño, ni echaba de menos su vida anterior. En realidad, rara vez la extrañaba; no sabía cuándo había sido la última vez que lo había hecho, y nunca, que él recordase, le había recriminado a Duncan el haber dejado atrás esa vida por él. Y Duncan le mostraba su agradecimiento por ello en pequeños gestos que a Will le parecían grandes hazañas.

Entonces ni siquiera recordaba haber vivido en algún tiempo de otra forma, no recordaba, ni estaba seguro, de que hubiese mundo más allá de los brazos de Duncan estrechándole contra su pecho. De los huevos revueltos que le hacía para desayunar y le llevaba a la cama, de los libros que le leía en las horas muertas y las noches de tormentas, de las flores que cada mediodía cambiaba en su mesita. No podía salir de sus ojos ámbar, ni podía sacarse su voz de la cabeza. Y, aun así, a veces se sentía solo y hueco. Como si estuviese flotando, perdido lejos de sí mismo. Solo y abandonado. En un vacío eterno y constante. Ni siquiera la voz de Duncan podía borrar aquella sensación del pecho y la cabeza de Will. En esos días intentaba escucharla, pero no parecía ser el dueño de sus propios pensamientos, y no lo conseguía. Will apretaba los ojos, fuerte, tan fuerte que hasta su mandíbula se tensaba; e intentaba sumergirse en la calidez de esa voz. Y no funcionaba. Miraba el cuadro horrible que colgaba de la pared, y veía solo oscuridad. Miraba las paredes color burdeos y estas se le venían encima. Y sentía miedo. Pero nunca sabía por qué sentía miedo. Nunca era capaz de adivinarlo. Pero sabía que estaba asustado, y sabía que había algo por lo que sentir pánico. Solo que no sabía el porqué. Sentía que, en su cabeza, estaba en tinieblas, rodeado de ellas. Siempre pensaba, lo descubriré la próxima vez, y puede que se lo diga a Duncan, puede que él sepa ayudarme, él siempre sabe qué hacer.

Después siempre se olvidaba de hacerlo, a veces ni siquiera estaba seguro de que ese miedo hubiese existido. Quizá lo soñase.

Volvió a estirarse en la cama y abrió los ojos. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido así, de todas formas? No desde por la mañana, al menos. Se había despertado, había decidido que era viernes, y se había quedado un rato más en la cama. Y había un olor dulzón y agrio, a sudor.

Al intentar levantarse al fin, un pinchazo le atravesó la cabeza, extendiendo el dolor hasta sus muelas y las cuencas de sus ojos. Incluso la tenue luz le molestaba. También sentía doloridos los brazos, las piernas, las muñecas. Había dormido mal, su cuerpo se resentía. Aún tenía la nuca y la espalda húmedas. Puede que sus sueños no hubiesen sido tan apacibles después de todo.

Poco a poco Will se puso de pie, intentando que cada pisada en el frío suelo no retumbase en el dolor de su cráneo, para ir a por un vaso de agua y una aspirina.

Al lado del vaso en la mesita, había un jarrón con flores. Eran distintas. No eran las rosas blancas que había visto por la mañana. Eran claveles rojos. Y ya estaban algo apagados. El agua estaba turbia. El pecho comenzó a oprimirse. Le pesaba la cabeza.

Will se tambaleó hasta que sus rodillas cedieron y la realidad se apagó.

Le dolía la espalda, notaba sus huesos clavarse en su piel por la presión del suelo, y las manos entumecidas. La boca le sabía a sangre. A pesar del mareo y las arcadas, del adormecimiento de su cuerpo; intentó levantarse. Y vio que las flores estaban aún más ajadas.

¿Y Duncan? ¿Por qué no estaba con él? Ya debía de ser tarde. Podía oír el soniquete lejano de conversaciones a través de la puerta. Una especie de zumbido insoportable. Quería ir a buscarle, quería salir corriendo e ir con él a la fiesta, o lo que aquello que se escuchaba fuese. Se sentía otra vez solo, quería llorar, y no sabía por qué. ¿Estaba triste? No sabía por qué iba a estarlo. Ignorando sus pensamientos, las lágrimas ya hacían brillar sus ojos, deladoras de algo que él mismo desconocía.

Corrió hacia la puerta de madera oscura, casi estrellándose contra ella, gritando, sollozando su nombre. Una y otra vez. Duncan, Duncan, Duncan, Duncan...

Se estaba ahogando. En su propio llanto, en sus propias palabras. Y nadie venía. No podía salir. No sabía por qué no podía. Pero no podía. Cuando creía que volvería a desmayarse, aturdido y confuso, la puerta se abrió. Entró aire fresco, y un hombre con una gruesa gabardina negra.

Will le miraba desde el suelo.

El hombre se quitó la gabardina, posándola en el suelo mientras se agachaba.

—Duncan...— murmuró Will, con los ojos casi tan rojos como la mancha de sangre de sus labios. — Duncan, no... No se abría. La puerta, por qué no se abría...

—Porque no debía abrirse. La puerta nunca debe abrirse ¿recuerdas Will? — su voz era tan amable como siempre, tan cálida y áspera como siempre.

—No... Pero quiero salir, quiero abrirla y estar contigo. Quiero ir contigo.

La respiración de Will era errática, como un animal al borde de la asfixia. Se agarró al jersey de Duncan, apretando la nariz contra él, buscando seguridad.

—Vamos, Will, vamos; eh, ya. Para. Para ahora mismo — Su voz se volvió tosca, era el tono de voz que Will oía cuando sentía ese pánico, cuando tenía sueños extraños —. Esto ya lo habíamos hablado Will. Y tú me prometiste ser bueno. ¿Pero en cambio te encuentro dando golpes a la puerta que sabes que no debes tocar, y gimoteando?

Will se sintió más desgraciado que nunca mientras le escuchaba decir aquello. Lloró aún más fuerte. Se agarró a él, notando la lana de su jersey mojada por sus lágrimas.

—Ya, Will, ya... No llores, sabes que yo te perdono casi todo. ¿No ves que no pasa nada? Respira y ven a sentarte conmigo en la cama, eso es, buen chico. Ahora dime qué te ocurre.

—No lo sé, no estabas, tardabas mucho, te oía fuera, con gente. Pero no pude ir a buscarte, la puerta estaba cerrada, y yo mareado, y me dolían las piernas, y la cabeza. Quería estar contigo.

Duncan le acariciaba el pelo, Will solo se dejaba acunar, entrecerrando los ojos, apoyado en su regazo.

—Mi chico, siempre tan mimoso, anda, dame la mano, pequeño, así, tranquilo — Duncan suspiró, aunque su tono seguía siendo agradable—. No te acuerdas, claro que no te acuerdas. Ayer no fuiste bueno Will, ayer intentaste escapar cuando te traía la comida. Y ya sabes que, si te portas bien, yo te cuidaré; pero si te portas mal, no puedo quedarme de brazos cruzados. Ayer estuviste atado Will, y la mayor parte del tiempo, dormido. Te inyecté un cóctel de barbitúricos. Pero ya estás perdonado, no te preocupes por lo que pasó ayer.

Duncan le abrazó aún más fuerte, acallando solo por un momento las voces que Will escuchaba hacer eco en su cabeza. Las imágenes borrosas que veía, de agujas acercándose a su cuello, de cuerdas y cinta americana. No estaba seguro de dónde estaba. Ni de cuánto tiempo llevaba en esa habitación. Puede que ni siquiera se llamase Will.

Ya no podía calmarse. Quería hacerlo, quería estar con Duncan y calmarse, porque Duncan le hacía sentir bien, cuidado y querido. Tampoco sabía por qué. Pero lo hacía, y solo quería abrazarse a él. Pero no podía respirar. Oía sus propios latidos como el galopar de un caballo. La boca se le secaba, y oía todo amortiguado.

Escuchó a Duncan decir que debía irse durante unos días. Que por eso había faltado, que se estaba preparando. Que le dejaría comida y agua. Pero él no quería comida y agua. Solo quería seguir a su lado. Nada más. No quería, no necesitaba, y ya no entendía nada más.

Se zafó de su abrazo, no sabía cómo, Duncan siempre había sido más fuerte que él. Y gritó, gritó como un descosido. Que le odiaba. Que quería volver con su familia. Que era un tarado que le había robado su vida. El problema es que al tiempo que se desollaba la garganta con esas palabras, no estaba muy

seguro de lo que estaba diciendo, parecía un eco de las ideas de otro, salidas de las tinieblas de su cabeza. Quién estaba hablando, a qué familia recordaba, qué vida. Parecían sueños lejanos y borrosos. Sentía que estaban ahí, detrás de una neblina, pero nada más.

Todo daba vueltas.

Rompió el cuadro, y la silla, y apartó a Duncan a manotazos y empujones; hasta que, en una de sus brazadas al aire, se topó con el jarrón lleno de tulipanes.

Lo siguiente que escuchó fue el sonido sordo de un crujido.

Lo siguiente que vio fue a Duncan, en el suelo, junto a la cama. Con el cuello doblado en un ángulo extraño. Había mucha sangre. El jarrón estaba lleno de sangre. Y de mechones de pelo. En las manos también tenía manchas rojas. Cerca de las líneas moradas que cubrían sus muñecas. No sabía de qué eran esas marcas, tampoco importaba. Ahora nada importaba.

Se acercó a Duncan, corriendo, dejando caer el resto del jarrón en el proceso. De nuevo gimoteando, pidiendo perdón, prometiendo ser mejor.

—Vamos Duncan —decía—, vamos, sé que no he sido bueno, sé que tú me cuidas, no me volveré a escapar, no haré nada, seré bueno, muy muy bueno.

Tenía la mirada perdida, se balanceaba levemente, como si le moviese un fuerte viento; mientras sostenía la cabeza de Duncan entre sus brazos. Algo espeso y caliente le goteaba en la pierna y en las manos.

La voz le salía hecha jirones entre las lágrimas y los quejidos. La puerta había quedado abierta. Podía salir, puede que fuera le esperase alguien, una familia. Era libre. Aunque no estaba seguro de qué. Tampoco sabía qué se encontraría fuera. Ni si había estado fuera alguna vez. Puede que siempre estuviese con él. Hace cuánto, no lo sabía, no le importaba. Y si había mundo más allá de Duncan, o tiempo más allá de su vida ahí; no lo recordaba, así que no parecía importar.

Se agarró al cuerpo inmóvil de Duncan, susurrándole que sería un chico bueno, que le perdonase y todo volviese a ser como siempre.

El único «siempre» que recordaba, el de la habitación, la puerta cerrada, y Duncan.



## APARTA DE NOSOTROS ESTE CÁLIZ

Rubén RAMÍREZ GASPAR

EVA Y ADÁN  
NOS CASAMOS

Y queremos celebrarlo con todos vosotros el domingo 31 de marzo de 2024 en el paraje *El acebuche*, en Guadalcanal, provincia de Sevilla. Os esperamos allí a las 13:00 horas.

Muchas gracias por acompañarnos.

### **24 de marzo, Domingo de Ramos**

*Bendito el que viene en nombre del Señor.*

Sinforosa, la gitana de la plaza, nos quería leer la mano, y todos sabemos que es imposible escabullirse de los designios de esa mujer. Aunque siempre nos hemos reído de las supersticiones, somos ateos hasta que se demuestre lo contrario. Y ahí radica el verdadero problema: muchas veces se demuestra lo contrario.

Antes de poder esquivarla, nos ha apuntado con la rama de romero y ha cogido la mano de Eva. Se le ha demudado la cara, ese color cetrino que la caracteriza se ha transformado en un blanco mortecino, en un blanco hueso. Solo ha podido articular una frase: «Todo cambiará para que todo siga igual». Justo después, nos ha lanzado la rama de romero, se ha dado la vuelta y, santiguándose, se ha metido en la iglesia. Su presencia ha sido sustituida por un aire gélido.

Al volver a casa, Eva, pálida como la cal, ha empezado a relatar un sueño que había tenido la noche anterior. Se le había aparecido su abuela Nicasia, con un traje rojo y un vestido de novia en la mano. Eva siente que quería advertirla de algo. Se mesaba los rizos, se atusaba el pelo mientras entrecerraba los ojos. Siempre hacía eso cuando estaba preocupada, cuando se sentía perturbada.

El sueño se suma a la reacción de Sinforosa. Algo nos alude, pero no se puede responder a un problema cuando no se sabe cuál es el problema, así que será mejor que continuemos con los preparativos de la boda. Falta una semana y aún no hemos enviado las tarjetas del enlace. Eva acaba de colgar el vestido enfundado en el ropero de su abuela. Ese armario no se puede abrir, no se puede tocar, no se puede ni mirar.

## **25 de marzo, Lunes Santo**

*Fue Jesús donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos.*

Nos hemos despertado pronto por el cimbreo de los olivos. Hoy el solano pega fuerte y mueve las nubes, que han ido juntándose hasta formar una única estera blancuzca. Decía la abuela Nicasia que esa nube traía siempre cambios: las ovejas empezaban a berrear fuerte, los mochuelos se juntaban en grandes bandadas en un solo olivo, el gallo cantaba a deshoras, las almendras se volvían amargas. Vosotros ya sabréis cuál es el desafío que nosotros afrontaremos.

Antes de las diez han llamado a la puerta. La cafetera humeaba en el gas cuando Adán ha abierto. Era el cartero, lo sabéis bien. Ojalá no hubiéramos acudido a su reclamo, ojalá hubiéramos tapiado puertas y ventanas, ojalá. Adán ha dejado el paquete encima de la mesa camilla de la cocina, encima del hule de bodegón que nos regalasteis. Le ardían las manos. Los dos nos hemos mirado y hemos fijado los ojos en ese bulto amarillo que parecía tener vida propia.

Adán ha rasgado el envoltorio y ha comenzado a depositar todo el arsenal en la mesa: las postales, las fotografías, las esclavas. La sombra había entrado en nuestra casa y ninguno era capaz de expulsarla. ÉL la había introducido en nuestras vidas, ÉL había lanzado el artefacto y nosotros teníamos que barrer las esquirlas.

El padre de Eva le dedicaba un poema a la madre de Adán. La madre de Adán le mandaba muchos besos, lo añoraba, lo deseaba. El padre de Eva cogía de la cintura a la madre de

Adán, que, pelo al viento, lo miraba arrobada. El padre de Eva, siempre suyo, le decía un «te quiero» y un «te añoro». La madre de Adán le pedía un beso, una caricia para no sentirse sola. Quería amarrarse a él, que no se fuera de su lado. Lo que las esclavas unían que no lo separara nadie. Solo había un problema: las esclavas contradecían las alianzas ajenas.

La madre de Adán olía distinto. Su cuerpo mandaba señales que no podía ocultar ni con el perfume de nardos que preparaba por las noches. Sus piernas se llenaban de motas violáceas, sus ojos se adornaban con unas profundas bolsas. Las náuseas le saludaban nada más poner un pie en el suelo. La ropa holgada empezaba a no ser suficiente. El padre de Eva la alentaba, pero desde la lejanía. La angustia era una ola capaz de arrasar con los poemas, con las esclavas, con los «te quiero». El miedo congelaba los besos.

## **26 de marzo, Martes Santo**

*Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.*

Miedo. No negaremos que tenemos miedo. El mismo miedo que atenazaba a la madre de Adán. Somos nuestra rutina, nuestro hábito. Y no queremos cambiar esa rutina, ese hábito. Nuestra relación es impura, imperfecta, a veces agrietada. No negaremos que se ha abierto un abismo ante nuestros pies, pero estamos dispuestos a atravesarlo. Estas palabras son una declaración de intenciones. No abandonaremos este barco y, si nos lanzamos por la borda, lo haremos juntos.

ÉL. Adán sabe. Desde que encajó todas las piezas y comprendió el alcance del pasado, ha sido consciente de que esta noticia es fruto del fuego amigo, de las llamas que súbitamente nos rodean. Es consciente de que ÉL nos va a entregar. Nos ha mandado esas cartas y esas fotos como primer aviso, pero su proyecto es arruinarnos.

## **27 de marzo, Miércoles Santo**

*¿Qué queréis darme? Y yo os lo entregaré.*

Adán siente la calma del patíbulo. Solo le inquieta no saber la motivación de ÉL. En su relación siempre ha habido una maldita pared, que diría el poeta, pero ambos respetaban esa pared. Ninguno de los dos intentaba derribar el muro, pero tampoco hacerle oquedades al flanco contrario. Ahora el escenario es distinto.

ÉL ha movido una nueva ficha. Ya se ha reunido con el sanedrín al completo: nuestras familias, nuestros amigos, el cura que nos va a casar. Solo puede aspirar a treinta minutos de gloria y a toda una vida de culpa. Nuestro dolor será su remordimiento, nuestro fin será ese viento solano que se introduce en la cabeza y, paulatinamente, va mermando la cordura, va mermando su cordura.

Tras incesantes llamadas, habéis golpeado nuestra puerta, habéis gritado nuestro nombre entre alaridos, nos habéis ofendido con vuestro colmillo retorcido, con vuestros ojos de halcón acechante, con vuestra pechera henchida de falsa dignidad. Os mueve lo mismo que a ÉL: la envidia. La necesidad de transformar una boda en un velorio solo esconde un deseo de venganza. No queréis comprendernos, solamente os mueve imponer vuestra voluntad. No vais a vencer.

Os recibiremos, pero no hoy. Os adjuntamos una nueva invitación:

EVA Y ADÁN  
OS RECIBIMOS

En nuestra casa el Jueves Santo de 2024, el día 28 de marzo, a las 22:00 horas. Cenaremos juntos, en eterna armonía.

Amén.

## **28 de marzo, Jueves Santo**

*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.*

Antes de que llegais, hemos servido el vino dulce en las copas que nos regalasteis cuando nos vinimos a vivir juntos. También hemos preparado unos cuencos con aceitunas negras. Las ha majado previamente Adán con romero y tomillo. Mientras disfrutabais con el aperitivo, el cordero se asaba lentamente en el horno con unas hierbas amargas.

Queríamos que tuvierais una velada armoniosa, cuando esperabais una escena lúgubre, y que fuerais conscientes de que lo que ha unido el amor, vosotros no vais a ser capaces de separarlo. ÉL ha estado en la cena, pero no ha musitado palabra alguna. Cual convidado de piedra solo se ha dedicado a contemplar su obra. Sin embargo, se le ha atragantado nuestra dignidad.

La madre de Eva nos ha aleccionado sobre el pecado original y sobre la resignación. Ella sabe de lo que habla porque soportó deslealtades durante mucho tiempo. Ella lo toleró y ahora pretende que nosotros nos conformemos con el recuerdo de lo que pudo ser. Quiere que sacrifiquemos nuestra relación por el bien común. Ojalá supiéramos cuál es el bien común y, sobre todo, a quién beneficia ese bien común.

El hermano de Adán se ha erigido portavoz de la familia. Al principio, cual máximo garante del bienestar colectivo, ha empleado su verborrea para persuadirnos de que pusiéramos fin a nuestra relación. Posteriormente, el asunto de la boda lo ha zanjado con su habitual sonrisa hipócrita: «Total, ya lo sabe todo el mundo. Nadie os va a casar siendo hermanos».

Alguien tenía que pronunciar la palabra maldita: hermanos. Hijos del mismo padre. A nosotros nos gusta más el significado original de la palabra: verdadero, auténtico, carnal. Tres adjetivos que marcan lo que somos y seremos. Hermanos, sí, pero hermanos que no se han criado como tal y que han decidido continuar con su relación. Son vuestros ojos los que están enfermos. Son vuestras lenguas donde anida el veneno, pero ya nada importa porque llegáis tarde. Una década tarde.

### **29 de marzo, Viernes Santo**

*Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: «Todo está cumplido». E inclinando la cabeza entregó el espíritu.*

Todo está cumplido, todo está escrito. Pretendéis arruinar nuestra vida en común, boicoteáis nuestra felicidad. ÉL lanzó la manzana de la discordia y vosotros, gustosos, la recogisteis, la mordisteis, la degustasteis, la paladeasteis, la escupisteis. Nos escupís continuamente.

No nos vais a dejar ser felices, pero no vamos a renunciar a una vida juntos. Nos merecemos nuestra vida eterna. Nos condenáis, nos condenamos, pero nosotros marcamos nuestra propia condena, nuestro propio cadalso. Somos dueños de nuestro castigo. Nuestro destino pesará sobre vuestras minúsculas conciencias. Se acabó. Os tocará celebrar un nuevo sacramento.

Nuestra carne estará pura, hemos hecho voto de castidad, de pureza, de pobreza. Nos vamos ligeros, felices por la unión. Eva en Adán, Adán en Eva. Amor en amados convertidos. Partiremos juntos.

Preparamos ya el equipaje. Adán ha tallado, ha punzado. Eva ha tejido, ha incrustado. Todo dispuesto: el espino, el vinagre, el agua, el hisopo, la esponja. El velo, herencia de la abuela Nicasia y festoneado con ribetes aguamarina, dispuesto en la cruz. Ya huele a muerte. Vuestras manos ya están rojas, rojo fuego, rojo infierno.

Nuestro destino es la unión. No guardéis luto por nosotros, no nos traicionéis una vez más. Que la Tierra se apiade de vosotros.

### **30 de marzo, Sábado Santo**

*De pronto, se produjo un gran temblor de tierra.*

Ya conocéis el final de esta historia porque sois vosotros quienes lo habéis provocado. Vuestra incomprensión no se ha basado solo en los prejuicios, en la reacción contra el amor libre. Vuestro odio solo es fruto de la envidia, del egoísmo, de la amargura por no haber hallado vuestro sendero de gloria. Todos sois cómplices de nuestra muerte, aunque ÉL sea quien activó este final.

ÉL. Ahí está con vosotros, en silencio, en culpable silencio. El padre de Adán se ha vengado de su mujer mediante persona interpuesta. La madre de Adán ya no podía ser el recipiente de su rencor, pero ese papel lo podía interpretar su hijo. La infelicidad engendra monstruos. La firma de los celos es la maldad, la perfidia, la muerte.

Súbitamente, se ha apagado el cirio que encendimos antes de subir a la cruz. Antes de que alguien nos hundiera, nos hincara, nos remachara, nos tachonara, nos incrustara, nos clavara, nos fijara en la madera. Sois los espectadores de esta pasión, de esta tragedia. Hemos dejado los armarios abiertos. Se hace de noche, oscuridad eterna.

Sentís ira porque ya no podréis volcar vuestro resentimiento contra nosotros. Vemos vuestras caras enrojecidas, encolerizadas, rabiosas. Sois el halcón al que se le ha escapado la presa cuando ya la estaba mordiendo. Solo la abuela de Adán es capaz de mostrar dolor, incredulidad por este acelerado final. Solo ella bisbisea. Perdónanos, Señor, perdónanos. Sabe que el Señor solamente debe perdonaros a vosotros. Nosotros únicamente somos culpables de querernos.

Hoy solo se puede administrar el sacramento que necesitáis todos vosotros: la penitencia. Silencio, silencio sepulcral.

### **31 de marzo, Domingo de Resurrección**

*La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa.*

En nuestra muerte solo faltaban los cadáveres. Ya estamos solos en este páramo, en esta planicie adusta, sin adornos. No necesitamos nada, estamos juntos. Eva y Adán, Adán y Eva. Ya hemos resucitado de la no muerte. Ya podéis enterrar nuestro recuerdo. Hasta siempre.

## EL TIC TAC DEL RELOJ

Marina GAMAZO GALLEGO

El tic tac no te deja vivir. Ese reloj que has llevado siempre como una parte más de ti hoy te pesa como una carga. «¿Por qué tuvo que fallar?», te preguntas. Un fallo del sistema, te dijeron. No sabías hasta ayer que un segundo puede cambiarlo todo. Puede ser la diferencia entre tu amada puntualidad y el dilema que te creaste al llegar tarde. Y ahora el dilema te taladra la mente y no te deja vivir. *Tic tac. Tic tac.* Quieres que deje de sonar. Pero no, no te lo puedes quitar. Sabes que desabrochar la correa sería una afrenta contra los de tu alrededor, una falta a los valores que construyen la sociedad. Porque no quieres hacerle daño a nadie incumpliendo tu deber, eso te enseñaron. Te lo empezaron a inculcar hace mucho: la puntualidad lo es todo. Pero *tic tac, tic tac.*

Suena por encima de tus pensamientos. Suena por encima de la canción que tienes puesta de fondo. Suena por encima del golpeteo sobre los teclados que ensordece la oficina y no lo puedes parar. No puedes parar. No puedes detener tus dedos y tomar aire. No hay tiempo para respirar. Solo para trabajar. Trabajar, trabajar y trabajar. Completa esta factura, envía este archivo, un clic aquí, otro clic allá. Y muévete. Y no te pares. Y sigue sin parar. Ni tú, ni el *tic tac.*

—¿No lo oís? —preguntas, sin saber muy bien a quién. Tus dedos se mueven solos a un ritmo interiorizado mucho tiempo atrás, en la infancia, en el único momento en el que parecías tener tiempo para hacer algo más que trabajar, para llorar.

—Si hablas, no me concentro. Vuelve al trabajo, aquí no se oye nada —contesta aburrida una voz desde algún otro cubículo cercano al tuyo que no logras ubicar.

Te gustaría creerlo. Te gustaría creer que no es verdad. Ese sonido es solo producto de tu imaginación desaforada. Pero sabes que nunca has tenido imaginación. A imaginar no te

enseñaron. La imaginación es peligrosa. La imaginación da alas a una libertad prohibida. Y te dijeron que toda prohibición es por tu bien. Por eso no lo cuestionas. Porque si te dicen que nadie puede destacar más que una máquina, es cierto y no hay más que pensar. ¿Por qué querrían los de arriba hacerte daño? Tú ahora mismo solo te cuestionas el *tic tac*. El mismo que nunca habías escuchado hasta ayer. Pero sigues moviéndote. Tus dedos siguen representando la misma obra que tan bien se saben, la misma de todos los días de tu vida. Ni siquiera te hace falta mirar. Es una función mecánica. Pero ningún público va a aplaudir después. Con suerte, si no te pierdes en la maraña de cuerpos que salen de la oficina al final del turno, tu única recompensa a otro largo día de trabajo será dejar de oír sufrir a las teclas de un ordenador.

La idea de quitártelo te acaricia cada vez con más fuerza. Tanta, que llegas a dudar de tu capacidad de resistencia. Sería tan fácil... Unos breves movimientos y te librarías de esa tortura. Incluso te convences de que solo sería un momento. El suficiente como para respirar. Deslizas tus manos por el metal de la hebilla, dibujando su forma mientras dudas. Te das cuenta de que nunca lo habías tocado. Nunca has disfrutado de ese reloj. ¿Alguna vez has disfrutado de algo? ¿Alguna vez has tenido tiempo de hacerlo?

Y entonces apartas los dedos con celeridad, asqueado de ti mismo. ¿Cómo has podido si quiera pensar en hacerlo? Te repugnas. Te repugnas y te parece bien, como si fuera el castigo que crees merecerte por haber estado tan cerca de sucumbir y faltar a tu deber. A tus promesas. A tus propias creencias. «¿Qué es un hombre sin sus creencias?» te recuerdan la voz de decenas de profesores a lo largo de tu vida. Pero pronto la repugnancia se apaga frente a otro castigo mayor:

*Tic tac, tic tac.*

Se oye un golpe y te asustas. ¿Has sido tú? No te atreves a abrir los ojos. Aún no. Tienes miedo de ti mismo. Porque sabes lo que has hecho. No querías hacerlo. De verdad que no lo

pensaste. Te ha sorprendido a ti mismo. Pero está hecho. No lo puedes cambiar. Enfocas lentamente la vista. Vuelves a ver la luz del fluorescente de la cocina y miras hacia tu muñeca. Solo de reojo. No tienes valor para mirar más. Pero ahí está. Ya lo has visto. Una pequeña grieta se abre paso a través del cristal.

Y no se ha parado.  
Y sigue funcionando.  
Y sigue el *tic tac*.

El granito de la encimera no ha sido rival digno para tu agonía. Apenas le ha hecho una mella al vidrio que cubre las manecillas del reloj. Y a su *tic tac* se suma el del reloj de la pared. Y el de la repisa de la chimenea desde el salón. Y el del vecino de abajo. Y el de la farmacia al otro lado de la calle. Y el que llevaba tu madre en tu infancia. Y el que marcaba la hora a la que naciste. Y el que comenzó a girar con el *big bang*.

*Tic tac.*  
*Tic tac.*

Cuando el agua helada te corre por la piel y vuelves a la realidad —¿es real tu realidad?, ya no estás seguro— el sonido que casi estalló tu cabeza se apacigua y vuelves a respirar. Con cierta dificultad, pero respiras de nuevo. Ya no suenan todos los relojes, solo uno te grita desde tu muñeca.

Lo miras mientras el agua continúa resbalando hacia el desagüe de la ducha. Y sin darte tiempo a pensar —porque sabes que, si piensas, te arrepentirás antes de hacerlo— lo acercas al chorro. Primero lentamente, apenas lo salpican unas gotas de hielo. Pero, poco a poco, la timidez da paso a la decisión y lo acabas ahogando bajo la tormenta con rabia, casi permitiéndote una sensación de cierto goce. No retiras la muñeca ni aun sabiendo que ha transcurrido el tiempo que considerabas necesario para tu propósito. Ni aun teniendo claro que la necesidad ha dado paso a la saña.

Giras la llave y el agua deja de precipitarse hacia tu muñeca. Esta vez no tienes tanto miedo. Esta vez lo sitúas enseguida en la dirección de tu mirada. Y nada. *Tic tac. Tic tac.* Jurarías que tu corazón ha cesado de latir al descubrir que no ha funcionado. No, no, no. No puede ser. Te niegas a aceptarlo, pero en el fondo lo sabes:

*Water resistant.*

Y podrías desmoronarte en la ducha. Podrías dejar que tu cuerpo resbalase por las paredes húmedas y quedarte sentado con la cabeza atrapada entre las manos, como atrapado te sientes ya, esperando a que ese sonido rompiese la última barrera que retenía a la locura. Pero no tienes tiempo de desmoronarte. Trabajar, trabajar y trabajar. Y beber. Beber para olvidar. Olvidar para poder seguir trabajando. Y ya has quedado en el pub. No vas a llegar tarde. Sencillamente, no sabes hacerlo. O, mejor dicho: no sabías hasta ayer.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes hambre? —Una voz te saca del mundo en el que estabas perdido, aunque sigues sin encontrarte. No entiendes por qué te preguntan si te sientes hambriento. El alcohol no suele dejar espacio al hambre. Aunque ahora mismo te devora. No el hambre. No el ansia. El sonido.

Alguien te aparta la muñeca que te habías aproximado a los dientes. Lo reconoces como uno de tus amigos. Te mira con los ojos abiertos, con preocupación, te gustaría pensar. Pero a todos os enseñaron que la única preocupación ha de ser trabajar duro para sostener el mundo.

—¿Qué te ocurre? —insiste. Te parece que sus labios danzan delante de tus ojos como al compás del *tic tac* que no puedes dejar de escuchar—. ¿No tienes la correa bien ajustada?

Es entonces cuando percibes que mordisqueabas el cuero de la correa. Lo alejas de ti y vuelves a posar la mano sobre la barra. Todos han dejado de beber para observarte. Si estuvieras del todo cuerdo, tal vez te maravillarías de que hubiesen dejado sus bebidas. Nada consiguen nunca que lo dejen. Que tú lo dejes. Que alguien lo deje. Beber es lo único que

complementa un mundo dedicado al trabajo. Esas cortas noches regidas por el poco tiempo que da el reloj son el único resquicio que os queda para respirar. Pero no estás cuerdo.

Y, entonces, ¿por qué lo has hecho? ¿Por qué has dejado de beber para morder el cuero? Tu inconsciente lo sabe, sabe que aprendiste a no desabrocharte la correa, pero nadie te dijo nada sobre cortarla. O sobre arrancarla. Y, sin embargo, no funciona, nada funciona. Solo lo más sencillo, lo único que no puedes hacer. Te empieza a parecer que estás condenado a ese suplicio para el resto de tu vida. Ya ni siquiera tienes claro que eso sea vida. Solo quieres volver a lo que tenías antes. Antes de que fallara el sistema. Antes de perder un segundo de tu tiempo. Tu tiempo que era oro. Antes del *tic tac*.

—¿Y si nos lo quitamos? —Todos te miran. Sí, has hablado. ¿Era tu intención? No lo sabes con certeza. Pero has hablado y ya no hay marcha atrás—. El reloj. ¿Y si desabrochamos la correa y lo dejamos unos instantes sobre la barra? ¿Qué puede pasar?

—Has perdido el juicio. —Otro amigo te mira, escandalizado, quizás intuyendo por tus palabras lo que significan esos mordiscos sobre el cuero que adorna tu muñeca—. No podemos desabrochar la correa. El reloj es lo que nos permite llegar a tiempo. Es nuestro mayor tesoro. Quitarlo sería una tragedia para la humanidad.

—No podemos quitárnoslos a nosotros mismos. —Se te seca la boca por el esfuerzo para convencerte de que es verdad lo que vas a decir—: Pero yo propongo ser nosotros los que liberemos a los demás. Tú a mí y yo a ti.

—¿Liberar? ¿De qué?

—Del *tic tac*. —Crees que es una respuesta obvia.

—¿Qué *tic tac*?

«¡Ese que me atormenta y no me deja vivir!» quieres gritarles. Pero no te sale la voz. La boca se te ha secado del todo. Tras unos instantes de silencio, que ellos interpretan como de suspense deliberado por tu parte, los dos se echan a reír a la vez que retoman sus bebidas. Creen que ha sido una broma. Solo una broma.

Ojalá lo hubiera sido. Ojalá lo fuera.

Pero no lo es. Tu mayor temor se convierte en una certeza: solo tú lo oyes. Tú eres el que está mal. El que no encaja. El que ha transgredido los valores de la sociedad con su insatisfacción. Con la necesidad de una libertad prohibida que tú no pediste. Nadie te va a ayudar. Ni siquiera crees merecerte la ayuda.

*Tic tac.* No desaparece cerrando los ojos. *Tic tac.* No desaparece tragando con fuerza.

*Tic tac.* No desaparece golpeándote el pecho.

*Tic tac.*

*Tic tac.*

*Tic tac.*

El grito que inunda el pub no te hiela la sangre. La poca sangre que te queda. Porque ya no la sientes. No la sientes tuya. Porque te estás yendo poco a poco. El brazo que te has arrancado yace cerca de la mancha de sangre que estás derramando. La que era tu sangre. Alguien ha llamado a un médico, pero sabes que es tarde. Que ni su reloj podrá conseguir que llegue a tiempo.

Te sientes un cobarde. Pero no te sientes mal. Te has alejado del reloj sin quitártelo, sin faltar a tus valores, sin traicionar tus creencias. ¿En qué momento no pudiste más? No importa. Ya nada importa. Te miras a un espejo al otro lado de la barra. Te miras y no te reconoces. Tu aspecto es el mismo. Ese pelo largo rubio que alguna vez te atreviste a recoger en una coleta. Pero no estás. Tú no estás ahí. ¿Quién es ese que mira la imagen del camarero paralizado al fondo? Te parece que hasta ayer no eras así, que hasta ayer sí estabas.

Y de repente lo entiendes. Que jamás has estado. Porque jamás has sido. Solo te han hecho ser. No eras tú, sino el tú que crearon al darte el reloj.

Te preguntas cuántos habrán descubierto la verdad así:  
en sus últimos suspiros, desangrándose. Muchos,  
probablemente. Porque fallos del sistema hay miles, pero uno  
solo no hace una revolución.

Tú te has ido  
pero en el mundo que dejas todavía suena:  
el *tic tac* del reloj.



## EL ÚLTIMO TREN

Carolina ÁLVAREZ PROVECHO

Si, re, do, re. Si, re, do, re. Si, re, do, re. Si, re, do, la. Las notas se agolpaban en mi cabeza como el incesante *tic tac* de un reloj. Se repetían una y otra vez en un eterno compás del que me era imposible escapar. Solo un ruido seco me hizo salir del laberinto de mis pensamientos y me trajo de vuelta a la realidad. Una mujer recogía el voluminoso equipaje que acababa de caer al suelo. La Gare de Montparnasse se alzaba imparable ante nosotros, movida por la inercia de unos pasajeros que se apresuraban por ser los primeros en alcanzar la zona de embarque. Mientras esperaba mi turno para subir al vagón, me di cuenta, como quien despierta abruptamente de un sueño, de que mi estancia en París había terminado, seis meses después de que hubiese llegado a aquella misma estación gracias a una beca de investigación. Resultaba curioso cómo de entre las múltiples experiencias vividas, las personas a las que había conocido y los lugares que había visitado, todo se reducía a un único punto, al azul de unos ojos que con el paso de los meses se borrarían también de mi memoria. La despedida había sido rápida, ambos sabíamos que tarde o temprano debería volver a casa para empezar a preparar mi nueva aventura en Ginebra como doctora en física cuántica. A pesar de sus numerosos intentos por que pasase el verano a su lado, yo me había negado a postergar un adiós que se haría cada vez más complicado. Habíamos exprimido hasta el último minuto juntos, evitando hablar de un futuro que no compartiríamos, ya que ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar a sus aspiraciones personales por virar su camino en la dirección del otro. Ahora me disponía a coger el último tren con destino a Hendaya y una pequeña parte de mí aún esperaba verlo aparecer al final del andén, camuflado entre la multitud, para decirme que tal vez éramos dos estúpidos a los que simplemente les daba miedo intentarlo.

Miré mi reloj, eran las 18:50 h, faltaban apenas diez minutos para la salida. Intenté, sin éxito, subir mi maleta una vez situada frente a la puerta de entrada.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó, sonriente, una mujer.

—Creo que sí, muchas gracias—le respondí devolviéndole el gesto.

Mientras aquella cargaba el peso en sus brazos, me giré y eché un último vistazo a la estación. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y una sensación de ingravidez se apoderó de mí. Durante una fracción de segundo, experimenté lo que los franceses llaman *déjà vu*, como si, inexplicablemente, yo ya hubiera estado en ese mismo momento, en ese preciso lugar.

Avancé, entonces, por el pasillo hasta encontrar sitio junto a la ventanilla. El tren comenzó lentamente a moverse y a través del cristal fueron desfilando, como fotogramas de una película, los rostros de la gente, los recuerdos de una ciudad que, poco a poco, se desdibujaba en el horizonte. Guardé el billete que aún sostenía entre mis manos en el bolsillo derecho de mi chaqueta, ante la ausencia del revisor. Quedaba un largo trayecto por delante, así que rebusqué en mi mochila algo con lo que amenizar las más de cinco horas de viaje: *Taming Natasha*, de Nora Roberts. Al abrir su cubierta, observé el sello todavía intacto de *Shakespeare and Company* junto a su traducción al español: «La música del amor». Pensé, así, en la vida y las casualidades, en el determinismo de Nietzsche, en la voluntad de nuestras acciones y en la posibilidad de un destino inexorable. En el amor y en la música, y en el lazo invisible que los unía.

~

Si algo echaba de menos en París era el sonido del mar, de las olas embravecidas rompiendo contra las rocas en invierno, la playa de la Concha de San Sebastián y el inglés. A pesar de que hablaba francés con fluidez, siempre había preferido la

lengua de Charles Dickens y Oscar Wilde. Mis gustos literarios, no obstante, no resultaban tan ambiciosos. En mi lista de autores favoritos se erigía la estadounidense Nora Roberts y sus exitosas novelas románticas. Irónicamente, vivía en una constante lucha interna entre mi yo racional y empírico, que reducía el amor a una mera reacción química, y mi parte más emocional, que encontraba en la lectura una forma de entretenimiento con la que evadirme de una realidad que se me antojaba muy distinta a la que mostraban los libros y las películas. Desde el primer día de universidad, mis compañeros no habían dejado de repetirme que era una obligación moral visitar al menos una vez en la vida la famosa librería de la Rue de la Bûcherie. Y allí me encontraba, rodeada de cientos de tomos, algunos raídos por el tiempo. Mis ojos se habían posado instantáneamente sobre un nuevo ejemplar de Roberts, *La música del amor*, cuando un sutil acorde de piano captó de lleno mi atención. Al principio casi imperceptible, siguió aumentando en un *crescendo* que envolvía hipnóticamente la estancia. Impulsada por una especie de cuerda invisible, me dejé guiar por el sonido de los martillos escaleras arriba. La primera planta convertía *Shakespeare and Company* en una acogedora biblioteca en la que tanto turistas como locales dedicaban varias horas de su día a la lectura. Me parecía fascinante el modo en que el tiempo de aquella bulliciosa ciudad parecía detenerse en su interior. El sonido provenía de una pequeña sala que atraía los oídos de los más curiosos. Me acerqué con sumo cuidado, casi de puntillas, como quien es testigo de un secreto inexpugnable, y entonces lo vi. Sus manos sobrevolaban el teclado con tanta viveza que cualquiera hubiera pensado que se trataba de una tarea sencilla. Un mechón rubio bañaba su frente mientras su cabeza se movía levemente arriba y abajo, al ritmo de sus dedos. Llevaba una chaqueta de cuero que dejaba entrever una arrugada camisa, y sus pies marcaban el *tempo* en un balanceo magnético. De pronto, una nota pareció romper la melodía.

—*¡Merde!* —exclamó con frustración antes de levantar la vista y dirigir fortuitamente sus pupilas a las mías.

Avergonzada, aparté rápidamente la mirada y entré en el cuarto contiguo, donde un gato negro ronroneaba junto a la ventana, desde la que se alcanzaba a ver la majestuosa catedral de Notre Dame. Pasados unos minutos, retrocedí sobre mis pasos y comprobé con cierto alivio que el piano se había quedado vacío. En su parte más alta, se apilaban decenas de partituras, y sus teclas, aunque bastante desgastadas, mantenían su característico color blanco. Aproximé tímidamente el dedo índice a lo que creía que era un re bemol y, al tiempo que el sonido escapaba de su caja de resonancia, sentí una cálida respiración a mi espalda.

—Re sostenido—susurró en un hilo de voz.

Me quedé completamente paralizada. Volví mi cara hacia la suya, que se había colocado a escasos centímetros. No fui capaz de adivinar qué es lo que dijo a continuación, en un perfecto francés que delataba su procedencia, ya que lo único en lo que podía fijarme era en el color de sus ojos, de un azul tan intenso que podrían confundirse con el reflejo del cielo.

—Sé que me has estado escuchando antes. ¿Qué te ha parecido?

—Ha estado bien—afirmé fingiendo seguridad—. La pieza que tocabas...era de Bach, ¿verdad?

—Así es —dijo sonriendo—. Aunque en realidad es una versión de Luo Ni sobre el preludio original. Es mi compositor favorito. Bach construye la música, la edifica y la eleva. Conozco tan bien sus acordes que podría tocarlos a ciegas.

—Siempre quise aprender a tocar el piano—le revelé con franqueza—. Supongo que nunca tuve la paciencia necesaria para dedicarle el tiempo suficiente. Aun así, tengo buen oído e identifico con facilidad ciertas armonías.

—Nunca es demasiado tarde para darle una oportunidad a la música. ¡Probemos algo! —sugirió mientras se sentaba en el banco y me hacía un hueco a su lado—. Dame tus manos. Ahora, colócalas encima de las mías, así. —Y me mostró cómo hacerlo.

Su piel era suave y blanca. Se podía distinguir, incluso, el trazo de sus venas como carreteras en un mapa. Me aferré a ellas en un intento por disimular el temblor que su sola presencia había provocado en mí.

—Relájate y déjate llevar. La música no se ve, pero sí se siente.

Empezó, entonces, a conducir sus dedos, y así los míos, por el teclado, repitiendo sin cesar las cuatro semicorcheas del primer compás.

—Si, re, do, re. Si, re, do, re. Si, re, do, re. Si, re, do, la.

—¿La? —pregunté—. ¿No sería re?

—Siempre me equivoco en la misma nota, no importa lo mucho que trate de corregirlo. Creo que ya forma parte de mí.

—A mí me gusta, es diferente.

Se giró para mirarme.

—Por cierto, me llamo Adrien.

—Alicia, encantada.

~

Cerré el libro, me había quedado profundamente dormida. El tren aminoraba su marcha y todo parecía indicar que habíamos llegado a nuestro destino. El trayecto se me había hecho especialmente corto, aunque lo atribuí al cansancio, que me había sumido en un plácido sueño. Me incorporé en busca de mi equipaje y, tras aguardar a que el vagón se desocupara, descendí al andén. Absorta en mis pensamientos, caminé con la vista fija al suelo, preguntándome qué era lo que pesaba más: la nostalgia del ayer o la incertidumbre del mañana. Un aviso por megafonía dispersó la nebulosa que me envolvía, y al mirar a mi alrededor tuve que parpadear con fuerza, esperando que mis sentidos me estuvieran jugando una mala pasada. Habíamos vuelto al mismo punto de partida, Montparnasse seguía ahí, tan consistente y real que revocaba toda posibilidad de espejismo. Miré mi reloj, se había parado a las 18:50, la hora exacta a la que lo había comprobado por última vez. Era como si el espacio y el

tiempo se hubieran retrotraído al momento en que decidí subirme a ese tren. Confusa, continué avanzando mientras trataba de encontrar una explicación racional cuando, de pronto, me vi. Allí estaba, de pie junto a las vías, minutos antes de emprender el viaje que me llevaría de vuelta a ese preciso instante. La impresión que mi propia imagen me causó me hizo tropezar con una mujer que pasaba a mi lado.

—Lo siento—me disculpé al tiempo que recogía sus maletas, que se habían caído al suelo—. Déjeme ayudarla.

Observé desde la distancia cómo mi yo del pasado dirigía sus ojos hacia nosotras e intenté camuflarme desesperadamente entre la gente. Desconocía la magnitud de los hechos que estaba presenciando, pero una voz en mi cabeza no cesaba de repetirme que aquello era físicamente imposible. Lo que aún no sabía era que, segundos más tarde, mi corazón daría un vuelco al distinguir fugazmente la figura de Adrien abriéndose paso desde el fondo de la estación. Había ido a buscarme. A pesar de lo mucho que me había negado, a pesar de haber intentado reprimir unos sentimientos que ya existían sin que ni siquiera los hubiéramos nombrado. Contuve el impulso de correr a sus brazos y me mantuve inmóvil, como un fantasma que no había sido invocado. Volteé, de nuevo, la vista hacia al tren: yo estaba a punto de subir. Entonces me di cuenta de que una sola decisión, en un solo instante, cambiaría irremediabilmente el curso de las cosas. Ambas posibilidades coexistían en una sola, como el famoso gato de Schrödinger que tanto había estudiado, vivo y muerto hasta que es observado. El haber visto a Adrien suponía, pues, la diferencia entre coger o no ese tren. Lo uno era la consecuencia inquebrantable de lo otro. Si montaba, llegaría a la misma situación en que ahora me encontraba; sin embargo, si conseguía hacerme descender al andén, quizás mi otra yo, mi yo pasado, mi yo futuro lograra divisarlo a tiempo entre la multitud, saber que siempre había estado allí, aunque yo no pudiese verlo. Tal vez en otro tiempo, en otro espacio, en un universo paralelo. La pregunta era: ¿cómo? ¿Cómo iba a hacerlo?

De pronto, la respuesta se hizo evidente ante mis ojos. Si algo me fascinaba de Francia era la forma que sus habitantes tenían de endulzar cada momento, hasta las despedidas. En cada estación de tren había un piano a disposición de todo aquel que deseara entonar un último adiós. Solo que yo no tenía intención de dejar escapar a quien más quería. Mientras el mundo daba vueltas a mi alrededor, me fui acercando a sus teclas, que parecían hablarme. Cerré los ojos. Emití un suspiro. Y empecé a tocar.

~

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó, sonriente, una mujer.

—Creo que sí, muchas gracias—le respondí devolviéndole el gesto.

Mientras aquella cargaba el peso en sus brazos, me giré y eché un último vistazo a la estación. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y una sensación de ingravidez se apoderó de mí. Durante una fracción de segundo, experimenté lo que los franceses llaman *déjà vu*, como si, inexplicablemente, yo ya hubiera estado en ese mismo momento, en ese preciso lugar. Volví mi rostro hacia el interior del vagón y, cuando estaba a punto de cruzar el umbral, mi paso se detuvo al escuchar las cuatro semicorcheas de Bach: si, re, do, re. Si, re, do, re.

—Perdone—me dirigí de nuevo a la amable mujer—. ¿Está escuchando eso?

—Sí, alguien está tocando el piano. ¡Qué bonito! ¿Verdad? Qué manera más singular de dejar atrás esta bella ciudad.

Así que era cierto, la melodía ya no resonaba en mi cabeza, sino que se había convertido en un estímulo físico y perceptible. Hubiera creído que se trataba de una irónica casualidad de no haber sido por lo que siguió después: si, re, do, re. Si, re, do, la. ¡La! Se había confundido en la última nota, tal y como siempre le ocurría a Adrien.

Puede que estuviera cometiendo el error más grande de mi vida, pero no quería ni tampoco podía quedarme con la duda de si era él quien estaba tocando, de si aquella era su forma de decirme que me estaba buscando. Tomé mi maleta, bajé del tren y salí corriendo en la dirección que marcaba el sonido, haciendo volar a mis pies. Cuando llegué junto al piano, la música había cesado y quien hubiera estado allí parecía haberse evaporado. Al borde de perder la esperanza y juzgarme por impulsiva e insensata, lo vi emerger de entre el bagaje y los pasajeros, de entre el devenir desenfrenado de la gente. Sus ojos clavados en los míos, como si un simple pestañeo amenazara con hacernos desaparecer. Poco a poco fuimos acercándonos hasta coger nuestras manos y sentirnos con las yemas de los dedos. Era real, tan real que hasta mirarlo dolía.

—¿Sabes? Acabo de bajarme del tren porque pensaba que eras tú el que estaba tocando. Percibí la variación, un *la* en lugar de *re*. Debe ser un error más común de lo que pensábamos, Bach debería haberlo compuesto así.

—Yo lo toco mucho mejor—afirmó entre risas—. Creí que eras tú, ese pequeño cambio te lo enseñé yo.

—¿Por qué has venido? —le pregunté.

—¿Por qué has venido tú? ¿Por qué has bajado del tren?

—Lo siento. —Una lágrima cayó por mi mejilla—. Tengo miedo, miedo de que esto no salga bien. De acostumbrarme a ti y luego echarte de menos cuando no pueda verte.

—Yo ya te echaba de menos y se me estaba haciendo insoportable. —Alargó su mano para secarme la cara—. Además, Ginebra no está tan lejos. Seis horas en tren, solo una en avión. Puedo ir todos los fines de semana y tú puedes hacerme una visita en vacaciones. Hablaremos todos los días, comeremos sushi por videollamada y me quedaré pegado a la pantalla hasta que te quedes dormida. Esto puede funcionar, va a funcionar, Alicia.

Enredé mis dedos en su pelo y acaricié suavemente su nuca.

—Supongo que cualquier cosa es mejor que estar sin ti.  
—Y sonreí—. ¿Aún sigues en pie tu invitación a quedarme contigo este verano?

—Por supuesto.

Le abracé tan fuerte que por poco acabamos sin respiración.

—Te quiero, Adrien. Mucho.

—Y yo a ti. No imaginas cuánto.

~

A estas alturas, no tenía muy claro si estaba despierta o dormida, si confundía imaginación y realidad, si me había vuelto loca o, por el contrario, estaba más cuerda que nunca. Sentada junto al andén recordaba los minutos precedentes. Mi yo pasado, mi yo futuro se había reencontrado con Adrien, y ambos caminaban juntos, agarrados de la mano, hacia la salida de la estación. Por mucho que pensara en ello, seguía sin entender lo que había pasado. ¿Había sido, tal vez, capaz de cambiar mi propio destino? No sabía lo que esperaba, pero no me había desvanecido ni tampoco fusionado con aquella otra versión de mí. Simplemente seguía allí, como mera espectadora de mi propia vida. Dos realidades superpuestas, quizás; un desdoblamiento que daba origen a dos circunstancias paralelas y opuestas, aunque igualmente verídicas. Puede que yo misma perteneciera al mundo de las decisiones no tomadas, a aquel en el que nunca llegué a bajarme de ese tren, en el que Adrien nunca fue a buscarme.

Miré mi reloj, marcaba las 18:56 h. Había vuelto a funcionar. Una voz a mi espalda me hizo salir del pensamiento cíclico en el que gravitaba.

—¿Vas a subir? —me preguntó el revisor—. El último tren sale en menos de cinco minutos.

Saqué el billete del bolsillo de mi chaqueta y se lo mostré.

—Tercer vagón, asiento 8D, junto a la ventanilla.

...

Nunca llegué a saber a ciencia cierta si todo aquello había sido real o producto de mi imaginación. En cualquier caso, me gustaba pensar que una parte de mí viviría para siempre en aquella ciudad, en Adrien, en la Rue de la Bûcherie y en las difíciles semicorcheas de Bach para unas manos tan pequeñas como las mías.

## MATA LA SOMBRA

María ESQUITÍN

El Estado nos protege. No pasa nada. Siempre hay alguien vigilando.

Las fuerzas de seguridad del Estado están para protegerte.

Las calles están bien iluminadas.

Eres joven y fuerte.

No todos los hombres.

Te vigilan, lo sabes. Caminas por la calle y sientes una sombra tras de ti, que no es la tuya, que es un cuerpo, que te sigue y te persigue. Puede que sepas quién es, pero siempre es más rápida la sombra que tu giro de cabeza. Parece que se anticipa a tus pasos: sabe dónde y cuándo esconderse para que tú no lo veas.

«No debes caminar sola», te repiten. La letanía no cesa, «no vivas sola». La oscuridad se cierne en las calles y la soledad de tus pasos en la vida será la culpable de tu desgracia, «búscate un buen hombre, cástate, ten hijos, así no estarás nunca sola».

Sola, como sinónimo de imprudente.

Sola, como adjetivo personal negativo.

Sola, como causa de todas tus desgracias.

Te viniste al pueblo, a dar clases, «¿pero no hay otro sitio donde puedas ejercer?» Como si pudieras elegir donde trabajar con esta mala costumbre de comer y vivir todos los días. «Aquí nunca pasa nada, esto es muy tranquilo». Es tranquilo de día, ¿también lo es por la noche? ¿le preguntaste eso a alguien? Sigue caminando, ya estás cerca de casa. «Esto es un pueblo pequeño, nos conocemos todos». No hay distancias, no te hace

falta el coche, es lo que pensaste. Quizás no te hacía falta porque todo estaba cerca, pero ¿te planteaste que en él estabas segura? Insisto: en el coche estarías segura, ninguna sombra te podría perseguir y no tendrías esta sensación en el estómago: se te ha encogido, se ha hecho una bola que te ha subido hasta la garganta.

Haces todo lo que debes hacer:

Sacar las llaves para que piensen que ya estás cerca de casa.

Mandar un mensaje para que sepan que crees que te siguen.

Llamar por teléfono: nadie contesta.

Sentirte como desnuda e intentar esconder que eres una mujer.

El camino es corto. La ansiedad, el miedo y la angustia lo hacen largo. Eterno. El tiempo se ralentiza y caminas por gelatina, a cámara lenta. No, es mentira, vas cada vez más rápido pero la calle cada vez parece más larga. La bola del estómago en la garganta parece que no deja pasar el aire, notas tu corazón bombear sangre sin descanso: *tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam...*

Caminas, caminas, caminas. Ves un bulto a lo lejos, «malditas gafas que no he comprado». Achinas los ojos intentando averiguar quién se mueve en el horizonte. De la nada sale alguien que te asusta, y para en seco tu corazón: *tam*. «Chiquilla perdona, iba mirando el móvil y ni te he visto». Es tu nueva vecina, respiras aliviada, miras detrás y alcanzas a ver la sombra de la sombra. Ya no es una imaginación. Es una certeza. Dile lo que pasa, te está hablando y no estás entendiendo su mensaje. Solo escuchas palabras sueltas: ayuntamiento, tarde, reunión, problema. ¿Problema?, ¿qué problema?, ¿qué pasa?, ¿qué ha dicho de un problema? ¡pregúntale! Se despide, se va, ¿qué problema hay?, ¿por qué no le dices lo que pasa?, ¡díselo! ¿el miedo te ha reblandecido el cerebro?, ¿por qué no le pides que te acompañe?, ¿por qué no le dices que te están siguiendo? Se ha ido. Tus pies están atados al suelo, no te puedes mover. Quieres salir corriendo y te quedas quieta viendo como su

cuerpo se desvanece en la noche y la distancia. La sombra de la sombra se mueve y tu estómago te aprieta más en la garganta y el corazón se te acelera: *tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam...* Una ráfaga de aire te sobresalta, respiras y sales corriendo.

Corre, no te pares.

Corre, no mires atrás.

Corre, sigue corriendo.

Corre, estás oyendo sus pasos.

Corre.

Llega antes de que el corazón se te salga por la boca:  
*tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam...*

Tienes ya la llave en la mano. Entra, cierra la puerta, enciende la luz. Tras la puerta llegan los pasos de la sombra. Oyes como intenta abrir la puerta, la empuja. Oyes con nitidez su respiración al otro lado. Ya no hay dudas. El sonido de su respiración te trae recuerdos. Oscuros, dolorosos, terribles. Sientes como tu sexo se encoge brutalmente y se te corta la respiración.

Quieres gritar y no puedes.

Quieres moverte y no puedes.

Quieres llorar y no puedes

Quieres respirar y no puedes.

¡Reacciona!

No te va a volver a pasar.

Coge el teléfono y llama a la policía. Contestan. Les explicas todo: que te han seguido, que está al otro lado de la puerta, que lo has oído, que ha intentado abrir la puerta... Diles que no quieres que vuelva a pasar, diles que no quieres volver a sentirlo, diles que no quieres tener más pesadillas... «en este momento no tenemos ninguna patrulla que pueda acercarse a su vivienda; en cuanto podamos enviaremos efectivos allí. Mientras tanto, asegúrese de que todo está bien cerrado y si

ocurre algo vuelva a llamarnos».

La llamada se corta: dicen que no pueden hacer más. Corre: baja todas las persianas, asegura las puertas, ¡el patio! Has oído un ruido en el patio. Corres con el teléfono en la mano: canda la puerta, pon la mesa delante, ¡empuja!

Sientes como si te estuvieran apretando el corazón, *tam-tam-tam-tam-tam*, cada vez van más deprisa sus latidos, *tam-tam-tam-tam-tam*, el estómago se te va a salir por la boca, *tam-tam-tam-tam-tam-tam*, no quieres que vuelva a pasar, *tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam*, coges un cuchillo que no quieres utilizar, *tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam*, y vas hacia la puerta del patio...

«112, ¿dígame?» Diles que lo has matado y que su sangre está por toda la cocina. Que vengan a recoger su cuerpo para poder limpiar. Mañana tienes gente a comer.

Pones música y te sientas en el sofá. Tu cuerpo parece aflojarse al acariciar el filo del cuchillo. Tu corazón empieza dejar de estar comprimido, notas como tu estómago baja de la garganta y se recoloca en su lugar. Tu sexo se relaja. Antes de que termine la primera canción, oyes, a lo lejos una sirena, cada vez más cerca. Un frenazo de coche, gritos: ¡deténgase!, ¡brazos en alto!, ¡al suelo!

Mentir está feo.

Levántate y apaga la música.

Quien miente a un mentiroso, ¿cien años de perdón?

Guarda el cuchillo en el cajón.

Tu mentira te ha salvado.

Abre la puerta.

Allí está, tu sombra: en el suelo, esposada. Sonríes y sientes como tu pecho vuelve a la normalidad: *tam-tam, tam-tam, tam-tam*.

## DESTELLOS

Mar LLAMAZARES

Eran las tres de la mañana del último sábado de abril cuando Chinua aparcó su Porsche en aquel parque olvidado de Vallecas. Llovía torrencialmente y le costaba respirar. Nunca había estado allí antes, pero no era distinto a los otros lugares donde había ido a buscar a Achebe. Apagó las luces, quitó el contacto y salió del coche. Al pisar el suelo encharcado se dio cuenta de que con las prisas se había puesto las zapatillas desparejadas. Comenzó a caminar por aquella noche sin luna. Cruzó la verja y se dirigió al césped pelado y cubierto de restos de litronas rotas, retales de tela que fueron camisetas o banderas, alguna cadena, farolas desgastadas, papeleras volcadas... La pelea debía de haber acabado no hacía mucho porque aún se veía a algún rezagado.

Al irse acercando descubrió detrás de los columpios oxidados a un encapuchado arrodillado en el suelo. Llevaba al cuello una bufanda blanca y rebuscaba nerviosamente entre la ropa de un vencido que se defendía a manotazos con sus últimas fuerzas. Un poco más acá, otro recuperaba el aliento recostado en un pino mientras se palpaba el pecho. Junto a la fuente un grupillo charlaba animadamente; los vencedores obviamente, celebrando su hazaña y compartiéndola en las redes. Desde los balcones cercanos llegaban murmullos apagados de vecinos insomnes. La escena le recordó las peleas de gallos de su aldea en Nigeria: sangre, suciedad y violencia. «¿Dónde estás hermano? ¿dónde estás pobre idiota?». Adivinó el cuerpo de Achebe semi escondido bajo un banco, se arrodilló sobre el suelo mojado y lo arrastró hacia él con cuidado. Le limpió la cara de barro y sangre y se sintió aliviado al comprobar que, aunque estaba inconsciente y tiritando de frío, su respiración era regular.

«¿Qué has hecho, pobre idiota?, ¿qué nos has hecho?». Achebe todavía llevaba la camiseta del Madrid que le había regalado. Aunque sucia, mojada y hecha jirones, todavía se podía reconocer el número 9.

No había sido fácil. «Para nosotros nunca ha sido fácil: la hambruna, la huida, la travesía de África, el cruce del estrecho... Y sin embargo para ti, lo más difícil ha sido adaptarte a nuestra nueva vida en España. ¿Qué buscas en estas peleas sin sentido? El Míster se va a enterar: «estás advertido», me dijo la última vez que salí a buscarte. Se lo prometiste a Madre una y mil veces. Pero esa desazón que te corroe por dentro... ¿qué has hecho? ¿qué nos has hecho, pobre idiota? Nos lo jugamos todo por estas estúpidas peleas con la hinchada rival». Chinua contemplaba el rostro querido de su hermano pequeño mientras evaluaba las heridas con una mezcla de ternura y furia contenida. «El labio superior roto, tal vez la nariz, una brecha en la sien izquierda, magulladuras en el cuello y el tórax que se ennegrecerán mañana y las cicatrices de siempre».

Levantó la vista un momento para reconocer el terreno y volvió a mirar a su hermano. «¿Y si te dejo aquí?». Un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando se dio cuenta de que ese pensamiento llevaba rato rondando su cabeza. «No eres más que un desgraciado infeliz buscando la muerte. Si es tu deseo, ¿quién soy yo para interponerme otra vez? En tu locura nos arrastras a todos. Lo perderemos todo: la casa, el dinero, la fama. Y no tenemos a dónde volver». Chinua se sintió aún más culpable al recordar las miradas de deseo que despertaba en las mujeres y que también echaría de menos. «¿Y si te dejo aquí? Será una muerte plácida. Estás inconsciente. En dos horas el frío te llevará a la muerte dulcemente, sin sufrimiento». Los sentimientos, las ideas, todo iba y venía como en un torbellino, sin orden, sin lógica, intensos. «Nadie me ha reconocido. Todavía estoy a tiempo. Solo Adama sabe que estoy aquí, y ella me lo dijo muy claro antes de salir de casa: «Mañana juegas la final de la Copa. Piénsalo bien. Si contestas a esa llamada y vas a buscarle, será nuestra sentencia. Si le salvas a él, perderemos todos. El Míster no va a ser siempre benévolo contigo». Volvió

a acariciarle la cara mientras sentía una angustia en el pecho y unas ganas irrefrenables de llorar. «¿Qué fue de aquel niño dulce y risueño que se acurrucaba en el regazo de Madre siempre que podía? ¿Aquel que nunca se cansaba de jugar, de cantar, de bailar? ¿Dónde te perdiste?, ¿dónde te perdimos?». Volvió a levantar la vista. Nadie los miraba. Suspiró profundamente, se quitó el plumas, cubrió el cuerpo frío de Achebe y se irguió con él en brazos.

Chinua tenía una estatura formidable, «demasiado grande para ser un buen futbolista» había declarado el Míster cinco años atrás cuando le vio por primera vez. Chinua era fuerte, veloz, ágil y dominaba el balón como si fuera parte de su cuerpo. Aquel día, al volver al centro de inmigrantes donde le esperaban Madre, su novia Adama y su hermano, no cabía en sí de gozo: «Nos recordarán, Madre. Nos recordarán. Dirán nuestro nombre. Estoy dentro. Seré parte del equipo». Después todo había venido rodado: su boda con Adama, a la que había conocido cruzando el estrecho, el nacimiento de su hija, el dinero, el éxito, incluso la fama y su propio club de fans. Todo aquello le parecía tan lejano ahora...

Se encaminó apresuradamente hacia el coche con su hermano en brazos. «Estás advertido». Las palabras del Míster resonaban en su cabeza. Sus lágrimas se mezclaban con la lluvia al caer por sus mejillas.

Camino del coche escuchó algunas voces que le interpelaban; era el grupo de culés alrededor de la fuente: «¡Ven aquí, negro de mierda! ¡Todavía tenemos más para ti, vikingo! ¡Mañana os vamos a machacar! ¡Ven aquí, gallina!». Se giró automáticamente, sin pensarlo. Percibió murmullos, risas apagadas, reflejos. «¡Estás advertido!», le repetía la voz del Míster en su cabeza. Apretó los puños para controlar su ira, y levantó el dedo corazón de la mano derecha, justo debajo de la única farola que todavía daba luz. Oyó las sirenas de la policía a lo lejos y aceleró el paso.

Cuando llegó al coche, colocó cuidadosamente a Achebe en el asiento trasero, se puso al volante y arrancó dejando marcas de rodadas en el asfalto mojado. «¿Qué nos has hecho? ¿qué nos has hecho, pobre idiota?»

Enfiló la desierta A6 a toda velocidad y llamó a Madre. «Llegamos en cinco minutos. Vamos a estar bien». Madre indomable, madre invencible; de los seis hijos que parió sólo sobreviven dos. Con apenas 35 años ya lleva vividas más de siete vidas. Les esperaba a la puerta de la pequeña casita que él les había comprado en Las Rozas hacía apenas dos años.

Por el retrovisor vigilaba a Achebe que recuperaba la consciencia a ratos y balbuceaba en yoruba palabras indescifrables. «Vamos a estar bien, hermano».

La vislumbró desde lejos. A pesar de la hora, Madre vestía una túnica colorida y un gran pañuelo en la cabeza bajo el paraguas negro. Cuando salió del coche la miró, impávida como siempre. Sacó a su hermano del asiento posterior, lo cogió en brazos y siguió a Madre a través del jardín hasta la casa. Posó a Achebe sobre la cama y salió sin cruzar una sola palabra, conscientes los dos de la trascendencia del momento y la premura de dejar atrás cuanto antes aquella noche aciaga.

Adama se acercó a la puerta al oír la llave. «Vamos a estar bien, vamos a estar bien» Chinua repetía la letanía mientras se fundían en un abrazo.

Aunque intentó descansar las escasas cuatro horas que le separaban del alba, los acontecimientos de la noche anterior le mantuvieron en un incómodo duermevela.

«¿Qué es ese zumbido? ¡Maldito mosquito! No. Ese zumbido no es de un mosquito. Los manotazos no me van a librar de él. Estamos en abril, hoy es el día de la final contra el Barcelona y ese zumbido que me taladra el tímpano; no puede ser un mosquito. Es el móvil. ¿Por qué no te callas? ¿Qué es esto? Mensajes de WhatsApp, Instagram, llamadas perdidas...» Imágenes, recuerdos de la noche anterior luchan por un lugar principal en su córtex. «Estás advertido. Estás advertido». Y entonces, el vídeo que se ha hecho viral en apenas dos horas se abre y allí está él, Chinua, empapado bajo la lluvia, de pie en

mitad de la noche con su hermano inconsciente en brazos, mirando amenazador a la pantalla mientras levanta el dedo corazón de su mano derecha. «No vamos a estar bien».



# JUGUETES DAÑADOS

Pilar TEJERO VALERO

## Parte primera. El río

—El verano es para pasear en bicicleta —mascullé entre dientes cuando Noelia, nuestra profesora particular, nos encargó la tarea para ese mes de julio de 1994. Cuatro redacciones, dijo, a ser posible que plasmen las diferencias del mundo rural con vuestra vida en la ciudad. Yo, en el pueblo, solo quería nadar en la piscina municipal, pasear en bicicleta por el parque del estanco y jugar con mis primos. Me llamo Lucía, han pasado seis años desde aquel verano. Entonces yo era solo una niña. Tenía diez años y un hermano mayor, Antón, que era muy engreído y le gustaba mandar.

En la ciudad nuestra vida estaba dedicada al colegio y los deberes. Los fines de semana íbamos al cine con nuestros padres y al club de tenis. Desde muy pequeños, tuvimos a nuestro lado a Noelia, la profe, que venía a casa cada día para darnos clase y ayudarnos con las tareas del colegio. Estaba a cargo de nosotros hasta que papá y mamá volvían del trabajo. Noelia conocía mi ilusión por llegar a ser escritora. Mi hermano quería ser abogado, como mamá.

Era el último día de ese curso cuando Noelia nos puso los deberes de verano. Y el fin de semana, papá y mamá nos llevaron al pueblo con la abuela. Estaríamos allí todo el mes de julio, hasta que ellos tuviesen vacaciones. En el pueblo vivía la abuela Inés, en la misma calle que los tíos Alejo y Pepe —los hermanos de mamá— con sus respectivas familias: las tías y los primos. Era un pueblo muy tranquilo y pequeño, se podía ir caminando a cualquier sitio, o recorrerlo en bicicleta en un momento. Nosotros lo pasábamos en grande sin la constante vigilancia de los adultos.

Llegamos al pueblo. La abuela nos esperaba con la comida preparada. Ella siempre cocinaba los platos preferidos de todos. Ese año dijo que los niños ya éramos grandes y no nos preparó una mesa aparte. Había dispuesto el comedor grande para todos: los siete adultos y los siete primos. Aunque los niños no contábamos con la pequeña Selene para nada porque aún era bebé. Los demás teníamos entre ocho y catorce años. Qué feliz se veía mi abuela en aquella comida con toda la familia a la mesa. Después de comer, papá y mamá regresaron a la ciudad. Tío Alejo y tía Juana se marcharon solos a su casa; sus hijos: Juan y Álvaro, se quedaron para jugar con nosotros y con las primas: Sandra y Julia, los papás de ellas —tío Pepe, que llevaba a la bebé dormida en la sillita, y tía Maite— también se retiraron. Los seis primos mayores nos quedamos charlando en el jardín de la abuela.

Como cada verano el primer día en el pueblo me costó mucho levantarme de la cama, era tan alta y tan blandita.

—Eres perezosa —me dijo la abu, cuando vino por tercera vez a despertarme. Lo dijo sonriendo porque ella era muy dulce.

La abuela nos preparó fruta, leche y tortas, porque estábamos creciendo muy deprisa y debíamos comer bien. Eso decía siempre.

—Pareces una bruja queriendo engordarnos para comernos luego— le dije riendo.

—Ahora vendrán los primos y os guisaré a todos para la comida— bromeó ella.

Casi no había terminado de decirlo cuando escuchamos las voces de Álvaro, Sandra y Julia, que ya estaban en el jardín. Yo agarré mi muñeca y salí tragando el último bocado. Antón preguntó por Juan.

—Juan es un estúpido, desde que cumplió catorce años tiene otros amigos. Ya no quiere venir con nosotros —respondió Álvaro con cara de enfado—. Ahora se junta con chicos mayores.

—Vamos, que se ha puesto chulito tu hermano mayor — dijo Antón, y añadió que ahora Sandra y él eran los mayores del grupo; en realidad, él tenía unos meses más, así que mandaría él.

Los demás no protestamos porque mi hermano tenía ideas divertidas.

—¿Qué os parece si nos vamos al río? —La propuesta de Antón nos gustó a todos.

—¡Abu! —grité desde la puerta—. Nos vamos al río.

La abuela salió secándose las manos en el delantal y nos recomendó tener cuidado.

### **Primera redacción: Aprendiz de guerrera**

8 de julio de 1994

Hace unos días que hemos llegado al pueblo, algunas mañanas vamos al río todos los primos, bueno todos no, Juan no viene con nosotros porque dice que somos pequeños; Selene tampoco forma parte del grupo, ella es una bebé. Así que ahora somos cinco.

Hemos ido al río esta mañana; en bicicleta hasta el final de la calle y el último trozo caminando; porque es un camino de cabras, como dice Julia. Queríamos ver los renacuajos y mojarnos los pies en el agua helada. Me he llevado a mi muñeca, fue un regalo de la abu cuando cumplí cuatro años. Mi muñeca se llama María. Es fea y pequeña, pero le tengo mucho cariño, y cabe en cualquier bolsillo. Por eso la llevo siempre conmigo, por eso y porque le cuento todos mis secretos.

Y es que hace un tiempo que no entiendo a los adultos, y mi hermano también se cree muy mayor, aunque solo me saca dos años. Si al menos yo tuviese una hermana... como las primas, ellas se ayudan en todo, pero solo tengo a Antón y no confío mucho en él porque le encanta burlarse de mí.

Hoy, a la orilla del río, ha pasado algo horrible. Al llegar allí, hemos visto a unos chicos muy mayores que jugaban a tirar piedras al agua; hablaban de cazar ranas y descuartizarlas. Yo

me he asustado bastante, la verdad, y mis primas estaban igual de asustadas. Allí, con esos chicos grandes, estaba mi primo Juan. Juan ha sido siempre muy bueno y estudioso. Y ahora estaba ahí, gritando y haciendo salvajadas con sus nuevos amigos. Le he visto tirarle una piedra a un pajarillo, menos mal que no tiene puntería.

Uno de los chicos se me ha acercado y me ha quitado mi muñeca de un tirón, mientras se reía a carcajadas. Yo he llamado a Juan buscando su ayuda, pero él miraba hacia otro lado. Sandra, Julia y yo nos hemos asustado mucho. Antón se ha puesto del lado de esos sinvergüenzas, y Álvaro se ha marchado corriendo.

Los chicos se han inventado un juego muy cruel; se pasaban mi muñeca de uno a otro como si fuese una pelota. La han zarandeado, despeinado, le han roto el vestido y se han ensañado con ella, como si fuera un juguete cualquiera. Yo no he sabido defenderla. Cuando se han cansado de su cruel juego, han lanzado a la muñeca al aire y se han alejado riendo a carcajadas y planeando su siguiente fechoría. Nosotras nos hemos quedado allí, solas con mi muñeca.

Yo no quería llorar. He recogido a María del suelo, la he lavado en el río, la he secado con ternura. Y entonces me he dado cuenta de que tenía el brazo derecho roto; le colgaba de un hilo que se partió justo cuando la secaba. Y sin poder evitarlo, Julia, Sandra y yo hemos llorado mucho, sí, hemos llorado sin consuelo.

Al volver a casa estábamos muy tristes. Yo llevaba a mi muñeca debajo de la blusa. Cantábamos bajito todo el camino, porque siempre dice la abuela que así se espanta al miedo. He subido con las primas al desván. He levantado la tapa del viejo baúl, he puesto allí a María sobre los antiguos vestidos de la abuela y la he arropado con mi chaqueta preferida. Sandra ha cerrado la tapa del baúl. Julia ha colocado un candelabro descacharrado encima. Y las tres, cada una con la mano derecha sobre su pecho, hemos jurado ser, desde hoy y para siempre, aprendices de guerreras.

Más tarde hemos ido a recoger las bicicletas que se quedaron olvidadas en el camino. Tenían rajadas las ruedas.

Nota para Noelia: Hasta hoy estaba impaciente por hacerme mayor...

## **Parte segunda. El telescopio**

Aquel verano los días en el pueblo parecían estirarse sin límite. A los niños nos dejaban salir a la calle después de cenar. Mi hermano y yo descubrimos que la luna y las estrellas se veían allí mucho más luminosas que en la ciudad.

A Juan, mi primo mayor, le habían regalado un telescopio cuando cumplió 14 años. Me lo contó muy ilusionado un día que vino a casa de la abuela para traer un encargo de su madre. Yo estaba en el jardín y él se quedó un rato conmigo. Al principio no hablábamos ninguno de los dos; el primero en hacerlo fue él pidiéndome perdón por lo que sus amigos hicieron con mi muñeca aquel día en el río.

Después me ayudó a cortar melocotones para que la abu hiciese mermelada. Y me habló de su telescopio. Me prometió que un día nos reuniríamos, todos los primos, en la terraza de su casa, y nos enseñaría a mirar el universo. A Juan le gustaba mucho mirar las estrellas, decía que quería estudiarlas a fondo. Siempre había sido un buen estudiante.

La verdad es que aquel día, cuando estaba con Juan en el jardín, me parecía que volvía a ser mi primo de antes, el de los otros veranos. No podía creer que ese chico fuese el mismo que estaba en el río aquel día horrible, hablando con sus amigos de matar ranas, y jugando a destrozarse mi muñeca.

Más tarde, cuando ya casi habíamos cortado todos los melocotones para la mermelada, Juan salió corriendo al ver a sus amigos acercarse por la esquina de la calle.

Desde ese día —el día que la abu iba a hacer mermelada— no habíamos vuelto a ver a Juan por la casa. Había pasado más de una semana cuando vino con su hermano a

comer con nosotros. Estaba muy alegre y hablaba por los codos. Nos dijo que era un día muy especial, que sus padres prepararían cena para todos los primos, y después subiríamos a la terraza de su casa, para ver «El U-NI-VER-SO», así lo dijo, separando cada sílaba. Y añadió que se cumplían veinticinco años del primer paso del hombre en la Luna.

## **Segunda redacción: El viaje a la Luna**

21 de julio de 1994

«Hoy se han cumplido veinticinco años desde que un hombre pisó la Luna por primera vez». Ha sonado fantástico cuando lo ha dicho Juan. Juan se transforma cuando habla de cuerpos celestes. Hemos subido a su terraza después de cenar, para celebrar una fecha tan señalada mirando la Luna con su telescopio. Yo nunca la había visto tan grande y con tantas sombras. Bueno, yo nunca la había mirado con detalle. Para mí, la Luna estaba allá, en el cielo, a veces redonda, a veces no; pero no me había parado a mirarla. En el colegio nos enseñaban muchas cosas que se han escrito sobre la Luna, la Tierra, los planetas... las estrellas; pero yo nunca he pensado tanto en el universo como lo hace mi primo. Juan también nos enseña un libro grande y precioso que se compró con sus ahorros. El libro tiene muchas fotografías del espacio.

Luego suben los tíos a la terraza con helados para todos; tío Alejo —que es profesor en el colegio del pueblo vecino, y sabe explicar todo muy bien— empieza a contarnos cómo fue ese día, hace veinticinco años, cuando un astronauta llamado Neil Armstrong puso, por primera vez en la historia de la humanidad, un pie en la Luna.

—Seis horas y media después del alunizaje, los astronautas estaban preparados para salir. El primero en hacerlo es Armstrong, mientras desciende por las escaleras, activa la cámara de televisión que retransmitirá imágenes a todo el mundo. Al pisar el suelo a las 2:56 del 21 de julio de 1969, dijo la famosa frase: «Este es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la Humanidad»—. Lee en el libro tío Alejo, y todos nos quedamos callados escuchando.

Juan es el único que no presta atención, supongo que él se sabe todo eso de memoria.

—¿Quieres un helado? —me dice al oído—. Podemos ir al otro lado de la terraza a comerlo y te cuento cómo se llaman las constelaciones.

Y yo digo que sí porque me gusta mucho estar con mi primo y que me cuente cosas; igual que hacía antes, cuando no se creía tan mayor.

La terraza es bastante grande, ocupa toda la última planta de la casa. Han colocado el telescopio en la zona donde mejor se ve la Luna. Al otro lado, separados por unos maceteros enormes, están los sillones y la mesa; la voz de tío Alejo llega allí muy bajito, Juan y yo podemos comernos los helados y charlar.

—Mira allí, Lucía; allí está la Osa Mayor. —Y la señala con su dedo índice.

—Juan, ¿puedo preguntarte algo?

—Eso ya es una pregunta, Lucía.

—Bueno, pues otra. —Y me lanzo a hacerla esperando que él no se enfade—. ¿Por qué eres amigo de esos chicos? Tú no eres como ellos.

—Es una larga historia, y nadie puede saberla. Pero te digo una cosa, no me gustan.

—Pues no lo entiendo, Juan. No puedo entender por qué hablabais de matar ranas, por qué jugaste con ellos a destrozar mi muñeca. No sé cuántas cosas más habréis hecho.

—¿Me lo explicas? Será un secreto, te lo prometo.

Juan hace una bola con el envoltorio del helado y la pasa nervioso de una mano a otra.

—Todo empezó en septiembre, con el nuevo curso. Había llegado un chico nuevo a mi clase. Es más alto y fuerte que ninguno de los otros porque es un año mayor, repite curso. En seguida se hizo amigo del grupo de los malos estudiantes, los que solo piensan en hacer gamberradas. Tú sabes que yo siempre tuve fama de empollón, y ningún chico es amigo de los empollones. Pedro, el chico nuevo, se metió conmigo desde el primer día. Empezó por robarme el almuerzo, luego me exigió que le dejase copiar mis deberes... En fin, esas cosas; y un día me negué a hacer lo que me ordenaba. Pedro reunió a su pandilla, me acorralaron en un rincón y me pegaron. Yo pensé que ya no podría ser peor y que aguantaría; y eso hice durante la mitad del curso.

—Juan deja de hablar un momento, busca un botellín de agua en la nevera portátil. A lo lejos se oye la voz de Antón haciendo preguntas sobre los astronautas a tío Alejo.

—Yo también quiero agua —digo, pero apenas me sale la voz.

Juan continúa contándome su historia.

—Después de recibir unas cuantas advertencias, con golpes incluidos, por parte de Pedro y sus amigos; y de demostrarles que no me rendía, me dejaron tranquilo durante una semana. Pero no creas que se acabó. Un día, mi hermano Álvaro estaba enfermo, no había venido al colegio y yo le llevaba los deberes a casa. Esa panda de sinvergüenzas me esperó en la esquina del parque del estanco, justo por donde nadie pasa nunca. En cuanto los vi, supe que estaba perdido.

—¡Ay, mi madre! —digo asustada.

Mi primo me mira, tomamos otro trago de agua.

—Pedro se me acercó con cara de chulo. Es muy bruto, Lucía, muy bruto. Me sujetó por las muñecas, la carpeta de Álvaro cayó al suelo y los folios se desparramaron. Los otros chicos los pisotearon, los cogieron, hacían bolas con ellos, las tiraban al aire... alguna de las bolas fue a parar a la fuente. Pero lo peor, lo peor fue todo lo que decían mientras destrozaban los deberes de mi hermano. No quiero repetirlo. Era una amenaza; como si todo lo que hacían con esos papeles, se lo fueran a hacer a Álvaro.

—¡Qué miedo!

—No por mí, no, ¿entiendes? Yo podía aguantar todo eso —continúa Juan—, pero mi hermano no; estos chicos son muy mayores, y no hay nada que les pare. Por eso he de estar con ellos. ¿Sabes? Si aquel día que vinisteis al río no hubiera estado yo con ellos, todo lo que hicieron con tu muñeca... Podría haber sido mucho peor.

Y Juan no quiere seguir hablando de eso. Los dos nos quedamos callados. Las voces de la familia se escuchan al otro lado de la terraza.

Nota para Noelia: Es muy tarde, tendría que estar ya dormida, pero necesitaba escribir esto. Este verano está siendo muy extraño y se lo he de contar a alguien.

### **Parte tercera. La niña que no tiene bicicleta**

Llegó el final de aquel verano. Y llegó de forma brusca anticipándose a la fecha prevista. Solo habían pasado dos días desde la fiesta del telescopio en la terraza de los tíos. Esa mañana, todo parecía normal.

—Abu, tu mermelada de melocotón está estupenda —decía Antón durante el desayuno, chupándose los dedos.

—Gracias caballere, mañana haré la de fresa, podrías apuntarte para ayudar. Podrías cortar la fruta, como hicieron Lucía y Juan con los melocotones.

—No te hagas ilusiones, abu, mi hermano es un desastre con los instrumentos que cortan. Se puede quedar sin dedos —apuntaba yo para chincar un poco a Antón.

—Ja, ja, ja, y tú te los comerás dentro de la mermelada —contestó Antón, que se había picado.

Pero la abu intervino poniendo paz entre nosotros. La verdad es que en el pueblo casi no discutíamos mi hermano y yo.

—Hoy espero que seáis buenos chicos. He llamado a la señora Luisa para que me ayude con la limpieza general y las conservas —nos explicó la abuela—. Estará por la casa unos días, tiene una niña y la traerá para que juegue con vosotros porque es pequeña para quedarse sola en su casa.

A mí me pareció bien, me gustaba hacer nuevas amigas. A Antón le daba lo mismo, total, iba a marcharse a jugar con Álvaro.

Luisa y su hija llegaron en seguida. La niña se llamaba Estefanía, era un poco más pequeña que yo. Sandra y Julia vinieron a casa de la abuela, como cada mañana, para hacer planes conmigo. Sandra quería ir con las bicis al parque del estanco, era una idea genial, pero Estefanía no había traído bici. Mis primas propusieron a la niña ir a buscar la bicicleta a su casa. Ella se puso roja cuando insistieron, y negó con la cabeza.

A mí se me ocurrió otra cosa, pedí permiso a la abuela para coger sus chismes de pintura. La abu pintaba muy mal, pero le encantaba hacerlo. Nos sacó camisas grandes para todas, botes de pinturas, lienzos y pinceles; y dijo que haríamos una exposición con nuestras obras. Todas nos reímos mucho, aunque sabíamos que ella era capaz de montar una exposición en el jardín y hacer una fiesta de inauguración.

### **Tercera redacción: La mermelada de fresa**

23 de julio de 1994

Hoy he conocido a una niña, pero eso no sería muy especial, hay muchos niños en el mundo y conoceré a muchos. Lo especial es ella, se llama Estefanía, y es una niña pobre.

Yo tengo muchas compañeras en el colegio, también conozco a los hijos de los amigos de mis papás. Mis primos dicen que solo tenemos amigos ricos. Papá es médico, tiene una consulta privada, y además su trabajo en el hospital. Mamá es abogada, una de las mejores abogadas de la ciudad.

Tenemos un piso grande y bonito, nos compran ropa de marca y casi todo lo que pedimos. Vamos a un colegio muy caro. Claro que, ellos trabajan muchas horas y los vemos muy poco. Los amigos de nuestros padres también tienen casas bonitas y coches caros. También trabajan mucho.

Hoy he conocido a Estefanía, es la hija de la señora que viene a ayudar a la abuela en las tareas de la casa. Es una niña muy callada, pero mira todo con mucha curiosidad. Hemos pasado la mañana en el jardín de la abu: Sandra, Julia, Estefanía y yo. Mis primas querían ir a pasear en bicicleta, pero Estefanía no, nosotras no entendíamos por qué, y ella no lo decía. Hemos pasado la mañana jugando a ser artistas con los pinceles de la abu. Por cierto, Estefanía pinta muy bien, aunque solo ha pintado bicicletas. Y nos ha explicado que su sueño es tener una bici, nunca ha tenido una. A nosotras nos ha dado pena.

Durante la comida, le he contado todo esto a la abu, pero no se ha sorprendido. Ella ya sabe que la mamá de Estefanía no tiene mucho dinero, por eso la llama para que le ayude con las tareas de la casa, y le paga bien. La abuela me dice que le da mi ropa a la niña cuando se me queda pequeña. Y que, de vez en cuando, le compra libros y juguetes.

—Sabes, abu, se me ocurre una idea; mañana, todas cortaremos las fresas para la mermelada, tú nos pagas, y con ese dinero compramos una bici para Estefa...

27 de julio de 1994

*Continuación de la tercera redacción.*

Cuatro días, cuatro días han pasado desde que comencé a escribir la tercera redacción de la tarea. Y se quedó a medias. Cuando la estaba escribiendo, oí gritar a Antón.

—Abuela, abuela. Abu, abu, abu, por favor abre los ojos.

Luego, cuando vio que la abuela no despertaba, me llamó a mí.

—Lucía, Lucía, ven, corre, ven...

Salí de mi habitación, desde la puerta vi a la abu tirada en el suelo. Y a mi hermano más asustado que nunca.

—Corre, Lucía, corre. Vete a la calle y llama a alguien, la abuela necesita ayuda, está muy mal.

Hice caso a mi hermano. En un momento la casa se llenó de gente, los tíos, los vecinos, y el médico, que después de atenderla llamó a una ambulancia para que llevara a mi abuela Inés al hospital. Nosotros nos fuimos a dormir a casa de los primos, y tío Pepe fue con ella en la ambulancia.

Ha pasado todo muy rápido, la abuela ha estado tres días en el hospital. A los niños, nadie nos ha dicho nada de lo que está pasando; nada.

Yo solo quería que me llevaran a verla al hospital, darle un beso y decirle que es la mejor abuela del mundo. Quería pedirle que se ponga buena pronto. Pero cada día me respondían lo mismo: «Mañana, quizás».

Pero mañana ya ha llegado:

Me despierto temprano y bajo al jardín de la casa de los tíos, encuentro un pajarito muerto bajo un árbol. Voy a buscar una pala pequeña al cobertizo; y cavo un hoyo chiquitín en la tierra para enterrarlo.

Estoy apenada por el pajarito, por mi amiga Estefanía, que no tiene bicicleta. Y estoy muy, muy apenada por mi abuela Inés que está en el hospital, y por la mermelada de fresa que tampoco haremos hoy.

El sonido de la campana de la iglesia me saca de mis pensamientos. En los pueblos, cuando suena la campana de la iglesia, se escucha en cada rincón, hasta en los campos se escucha. Y la campana de la iglesia tiene un lenguaje que todos entienden.

El segundo toque de campana suena justo cuando Estefanía se asoma por la puerta del jardín.

—¿Por qué está sonando la campana? —le pregunto.

—Tocan a muerto— responde.

—¿Quién ha muerto?

—Tu abuela Inés.

Lloro, lloro desconsolada, quiero limpiarme la cara con las manos, sin recordar que las tengo sucias de tierra. Me pongo la cara hecha un asco, Estefanía se acerca y me limpia con su blusa. Me quedo, ahí, de rodillas en el suelo, aprendiendo el lenguaje de la campana.

Ya no tendré más veranos con mi abu. No tendré ya mi cama alta y blandita. Ya no habrá más mermelada de fresa. Nunca jamás voy a probar ninguna mermelada de fresa.

Ya no siento pena por el pajarillo, ni por la niña pobre. Hoy han enterrado a mi abuela Inés, y ni siquiera me han dejado ir a su entierro. «Porque aún soy muy joven para tanta pena», dice mamá.



## EN CÓDIGO POSTAL

Joaquín OLMO MARTÍNEZ

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

20 de febrero de 2023

Querido papá:

Iré al pueblo este verano. Sé que es toda una sorpresa, después de 26 años... Bueno, te estoy avisando con seis meses de antelación. Philippe vendrá conmigo. Hay novedades, Philippe se está muriendo, papá. Quiero que le conozcas antes de... antes de que falte.

Y ya lo sabes, pero insisto: a pesar de no saber nada de ti en estos años, no te guardo rencor por ello y te quiero.

\*\*\*

*Para: 66 Rue Mézières Guignard - Saint-Denis 97490,  
Reunión (France)*

28 de febrero de 2023

Estimado Miguel:

Soy el cartero. Tu aviso me ha causado cierta conmoción y varias crisis de ansiedad. Te puedo tutear, ¿verdad?, para mí eres alguien muy cercano y así me resultará más fácil.

Miguel, muchacho, ¿vais a venir en serio? Te pido que reconsideres tu intención. Tu padre no recibirá esta postal. Igual que no ha recibido (casi) ninguna de las anteriores. ¿Hay algún modo de evitar este viaje?

\*\*\*

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

8 de marzo de 2023

¡Cartero, hijo de puta!

¡Me cago en todos tus muertos! ¿Quién eres? ¿Qué cojones te pasa? Dale la postal a mi padre. ¿Qué dices de las anteriores?

\*\*\*

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

8 de marzo de 2023

Querido papá:

Ya tengo los billetes. Llegaremos el sábado 12 de agosto. Nos iremos el 27. Habrá tiempo para que Philippe y tú os conozcáis. Y para que hablemos. Habrá tiempo para todo. Te quiero.

\*\*\*

*Para: 66 Rue Mézières Guignard - Saint-Denis 97490,  
Reunión (France)*

15 de marzo de 2023

Estimado Miguel:

No insistas, por favor, no tiene sentido. Tampoco le voy a entregar esta postal a tu padre.

Evita los exabruptos; esto me está suponiendo mucho esfuerzo, porque yo no escribo postales, solo las reparto. Y las

colecciono, eso también; ahora sabes mi secreto. Solamente las de viajes, las que se envían desde lugares exóticos o tienen algo especial; no soy un Diógenes cualquiera. Las tuyas son las mejores, la joya de mi colección; tienes una gran mano para el dibujo, alabo tu idea de enviar postales ilustradas por ti mismo. Sé que he hecho mal y pido tu perdón por ello. Solo soy un humilde cartero con treinta años de profesión y con costumbres ordinarias: salir a pescar los domingos, coleccionar postales... Reconsidera, por favor, tu idea de venir. Todo está bien así como está.  
¿Qué le pasa a Philippe, si no es indiscreción?

\*\*\*

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

22 de marzo de 2023

Cartero, eres un pedazo de mierda.

¡Te exijo que entregues las postales a mi padre! ¿No ha sabido nada de mí durante todos estos años?, ¿mi dedicación no ha valido para nada?

¿Y cómo está?, ¿se encuentra bien de salud?, ¿lleva una buena vida? Me has robado el derecho a saber de él. Y todo este tiempo pensando que seguía enfadado conmigo...

Lo que le pasa a Philippe no es asunto tuyo.

Por cierto, ¿una postal con trajes regionales de Murcia? ¿Y la anterior de Extremadura? ¿No tienes nada más rancio?

\*\*\*

*Para: 66 Rue Mézières Guignard - Saint-Denis 97490,  
Reunión (France)*

31 de marzo de 2023

Estimado Miguel:

Nos conviene llevarnos bien, los insultos no resuelven nada. Tu padre está bien en general, aunque ya tiene una edad. Anda mal de la vista y camina lento. Algo sabe de ti por tres postales anodinas que sí le entregué:

1) Una con la foto de la torre Eiffel, en la que, si no me falla la memoria, le contabas que te habías ido de Irlanda, que odiabas aquello y que el amor era un gran engaño; que te instalabas en París de manera definitiva.

(Perdona la cutrez de continuar en este papel pegado con celo).

2) Otra con LA MISMA foto de la torre Eiffel, donde le dijiste que te ibas a vivir a la isla de Reunión, que odiabas la civilización y a la sociedad occidental.

3) La de hace once o doce navidades, con un Papá Noel con camisa hawaiana, en la que aprovechaste para contarle que habías aprobado las oposiciones para profesor de español.

Y sí, es lo que piensas, a las tres respondió. Con sendas postales con motivos cinegéticos y un interés coyuntural por mi parte que supongo comprendas.

No sabe que tienes pareja y, menos, que es un hombre.

Por cierto, ¿te gusta esta postal con la pareja de baturros? Reconoce que tienen cierta gracia, con sus cachirulos. Necesito deshacerme de ellas; son una serie completa, regalo de mi mujer para un aniversario; en fin...

Una cosa más: agradezco que no me respondas con una postal con el anverso en blanco; dibújame una cascada, una jardinera con flores, un coco...

\*\*\*

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

6 de abril de 2023

Cartero:

Toma tu postal con dibujo. Es el váter de casa con la tapa abierta, para tu colección. Vamos a ir, la decisión está tomada. Si mi padre no puede saber de mí por postal, le contaré todo en persona; también, el tipo de alimaña que eres. No te necesito.

\*\*\*

*Para: 66 Rue Mézières Guignard - Saint-Denis 97490,  
Reunión (France)*

13 de abril de 2023

Estimado Miguel:

Sí me necesitas.

Mira, respondí a tu postal (a una dirección que una vez le comunicaste y que, a Dios gracias, sigue siendo válida) en un acto desesperado por salvar el culo, pero ya está, no he podido convencerte de quedarte ahí quieto y vendréis.

Por eso, ahora mi obligación moral es desprenderme de tu postal para entregársela a él. No solo por apercibirle, sino porque, desde hace unos años, se va a pasar el mes de agosto entero a casa de un amigo de la mili (a La Palma, o Palma de Mallorca, o Las Palmas... No sé, siempre las confundo) y este año hará igual si no le aviso (y vuestro reencuentro será imposible).

Por otro lado, y porque quiero mantener mi humilde afición en secreto, si le revelases todo esto, yo le enseñaría una postal que mandaste a tu tía Lourdes (muy bonita, por cierto, preciosa; cómo se nota que la quieres), que demuestra que hace

quince años viniste a España, o sea, aquí al lado, al barrio de arriba, a arreglar a sus espaldas un tema de tierras.

\*\*\*

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

20 de abril de 2023

Cartero:

Con cada postal que envías mi odio hacia ti se acrecienta. Está bien, colaboraremos. Yo no revelaré que eres un ladrón y un malnacido y tú serás discreto con lo mío y, sobre todo, le entregarás la postal para que sepa que voy en agosto y para que cancele su viaje.

Dime cómo vamos a actuar.

\*\*\*

*Para: 66 Rue Mézières Guignard - Saint-Denis 97490,  
Reunión (France)*

2 de mayo de 2023

Estimado, a pesar de todo, Miguel:

Haremos así: mándame una postal igual a la que enviaste a tu padre con el anuncio de tu visita, quiero decir, con la misma ilustración. En fin, no es lo mismo, pero lograré desprenderme de la original y transmitir a tiempo tu mensaje. De este modo, yo mantendré íntegra mi colección, a tu padre le llegará el aviso y en agosto podréis reuniros. A la dirección de siempre. Es sencillo.

¡Ay!, y dedícamela, por favor; me haría mucha ilusión.

\*\*\*

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

29 de mayo de 2023

Para el cartero más cabrón:

Aquí tienes tu postal, con una vista de le Piton des Neiges a plumilla y acuarela.

Siempre dibujo del natural y, además, no suelo hacer fotos, así que me he tenido que pedir una semana de vacaciones y ahora me están matando las agujetas. La subida hasta ahí arriba no se prepara en una tarde.

Te toca mover pieza.

\*\*\*

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

3 de julio de 2023

Cartero:

¿Alguna novedad? No sé nada de ti y estoy empezando a preocuparme. ¿Ya le diste a mi padre la postal? ¿Puedes confirmarme si canceló su viaje?

\*\*\*

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

4 de agosto de 2023

¡Cartero, no me jodas!, ¡que volamos en una semana!

\*\*\*

*Para: 66 Rue Mézières Guignard - Saint-Denis 97490,  
Reunión (France)*

4 de septiembre de 2023

Ay, Miguel, qué sofocos.

Quizá oíste algo en el pueblo durante vuestra estancia: tuve un percance en el río y me desgarré el cuádriceps derecho con el anzuelo. He estado de baja hasta hoy mismo y, aunque todavía cojeo un poco, ya puedo andar y montarme en la moto.

Este verano, Philippe y tú habéis sido la sensación en Chanchullos. Me enteré de lo que padece Philippe. Lo siento por él y también por ti, seguro que es un buen hombre.

Qué días más malos, Miguel, que al quedarme de baja no supe si me habrías enviado la postal; si, de ser así, el cartero que me ha sustituido se la habría entregado a tu padre o si se la habría quedado, por haber leído a quién iba dirigida...

(Perdona, Miguel, vuelvo al remedio del papel sujeto con celo).

El caso es que tuve que tomar la difícilísima decisión de hacer llegar tu mensaje, desprendiéndome para ello de la bella postal con el Piton des Neiges original, a pesar de no tener ninguna garantía de poder sustituirla. Difícilísima decisión, pero también dolorosísima, porque llegué a casa de tu padre prácticamente arrastrándome sobre las muletas, sintiendo miles de cuchillos rasgándome el muslo.

Llamé con terror, Miguel, con sofocos, como te digo, pero tu padre celebró mi profesionalidad cuando le dije que tenía una postal para él. Y después dijo: ¡Anda!, pues yo tengo una para ti; o para el compañero que te sustituye, no sé. ¡Para mí, para mí!, casi le grité. Pero no la he leído, siguió, apenas unas palabras de la primera línea: «para el cartero». Es que no veo bien y, encima, la letra no se entendía.

Y me la entregó. Yo le di la mía y su sorpresa ya fue mayúscula: ¡Pero si son iguales! ¿Quién la manda? ¿Me la puedes leer? Y se la leí. Y qué lagrimones le caían, Miguel, qué lagrimones.

Ahora que tengo por fin tu postal conmigo he decidido que estos sofocos no valen la pena y que doy por finalizada mi colección de postales con este broche.

Un saludo efusivo.

\*\*\*

*Para: 66 Rue Mézières Guignard - Saint-Denis 97490,  
Reunión (France)*

13 de septiembre de 2023

Hijo:

Me hace ilusión enviarte esta postal, aunque ahora tenga tu teléfono y hablemos casi todos los días. Pero quería darte una sorpresa. La he dibujado yo mismo, aunque no tengo tu mano y me he tirado toda la mañana al sol con un resultado cuanto menos mejorable, je, je. Es la fachada del consultorio médico. Y los que aparecen ahí sentados son Cencio, Nides y Manolo, aunque no se parecen mucho... Esto es en gratitud por la última que me enviaste, tan bonita y más personal que aquellas tres anteriores.

Te quiero mucho y ha sido emocionante estar contigo. Cuida de Philippe estos meses, es una bella persona.

\*\*\*

*Para: C/ Real, 24 - Chanchullos de Abajo 24215, León  
(España)*

9 de octubre de 2023

Cartero, cabrón:

Mi padre me ha dicho que me envió una postal hace un mes. Sé que te has quedado con ella. No tientes a tu fortuna y dime, al menos, lo que escribió.

## MÁS RÁPIDO QUE LOS SUEÑOS

Arturo ANDREU

*Para Rosamari, que siempre quiso leerme.  
Y para Clara, que perdió la apuesta*

### ZONA SEIS

El café no debe hervir. Cuando escucho el rumor urgente de la vieja cafetera, extendiendo el brazo y la coloco en la Zona 5. El frescor crepuscular que envuelve mi mano temple el café rápidamente. Espanto de un manotazo las mariposillas que han cruzado la línea invisible que separa día y noche. Sus llamativos colores ya han se han rendido. Me sirvo una buena taza mientras los insectos regresan a mi alrededor y recuperan sus estridentes adornos diurnos.

Oigo un aleteo espasmódico antes de que el *colibro* choque contra la cota de mi espalda. Mis reflejos siguen en buen estado.

Me vuelvo para recogerlo del suelo. Aún aletea sus páginas, exhausto. Ha recorrido más distancia que la acostumbrada. Mientras espero una nueva misión, suelo pasar la mayor parte de las temporadas en la zona 7, la más fértil, y ciertamente una de las menos conflictivas.

Primero sorbo el café. El mensaje no puede ser urgente, tan solo han transcurrido unas pocas jornadas desde el último encargo. Pero el coleccionista al que sirvo por ahora es el mejor patrón que he tenido en mucho tiempo, así que no es cuestión de decepcionarlo.

El *colibro*, cerrado, cabe en mi mano. El color de sus oscuras tapas azules me recuerda al de los *aguardianes* de la zona 3. Los de su clase se desplazan con la determinación y velocidad de una flecha. Lo abro ante mis ojos, paso las pocas páginas y los signos del mensaje desaparecen a medida que las memorizo. Los de la última página no dejan margen a la duda. Debo presentarme en la Caja del Coleccionista de Nube cuanto antes.

## ZONA NUEVE

Cuando las decoradas puertas de la lujosa caja se cerraron tras de mí, el bullicio de los trastornados que pululaban en el exterior se atenuó, sin desaparecer por completo. Las puertas que recordaba de mi última visita habían sido sustituidas por otras que remitían vagamente a las del siglo XIV. Talladas aleatoriamente con relieves de caritas sonrientes inscritas en cruces celtas, no encajaban del todo en el umbral *retrofuturista*. Una mezcla imposible que, no obstante, parecía ser del agrado del dueño de la caja. El Vórtice seguía siendo incoherente, un mal estudiante de todas las épocas enterradas por él mismo.

El Coleccionista de Nubes siempre me recibía en la amplia estancia donde restauraba los pecios que yo recuperaba para él. Servía de taller y sala de trofeos al mismo tiempo, y su fosforescencia hacía refulgir mi cota de malla con una pátina sobrenatural que me resultaba cómica.

Pero esta vez salió a mi encuentro. La urgencia de este encargo era más que evidente.

—¡Tsuba Questar! Nos necesitamos más que nunca. Casi nunca me llamaba por mi nombre completo.

—Acudí en cuanto recibí vuestro mensaje. Debe ser importante —. Dejé mi mochila en el suelo con sumo cuidado.

—Lo es, sin duda. Tanto que puede cambiar el status quo.

Se refería al suyo, claro. No conocía a ningún recolector que se hubiera convertido en coleccionista. Pero sí a varios que volvieron a ser simples trastornados.

—¿Ha dicho que «nos necesitamos», mi señor?

—Si recuperas lo que localicé hace tres sueños, podrás acceder al modo de recibir los mapas de cristal. Un alambique para fabricar tu propio elixir. Considera lo que ello supondría para ti. —Sus encargos siempre habían sido así: escuetos.

—¿Tan valioso es el *obsobjeto*?

Acceder a mis sueños cartográficos me convertiría de hecho en un coleccionista potencial. Imaginar la posibilidad me sacudió. Desde que tengo memoria, he sido un nómada. Jamás he vivido en una caja.

—Muy valioso. Y muy peligroso. Quizá no consigas llegar hasta él. Pero yo necesito recuperarlo por todos los medios.

—Sabéis que, cuando recuperé los *austrolabios* pude acampar en la Zona 2 durante unas pocas jornadas, y ni siquiera avisté al Hombre Mosaico. No creo, pues, que...

El coleccionista sacó el mapa de cristal de entre sus ropajes y me lo tendió.

—Está en la Zona 1.

Escuetos y misteriosos.

## ZONA CUATRO

La Zona 4 es la más amigable. Según mi experiencia, juega muy bien su papel como antesala de lo improbable que acecha en las zonas siguientes. De hecho, la he utilizado como campo base para varias misiones.

Aunque se necesitan casi ocho jornadas para atravesarla, los componentes de su terreno fluctúan con una cadencia cuya lentitud te permite imaginar la posibilidad de establecer algún tipo de asentamiento o incluso merecer algún sentido de pertenencia. En realidad, desde que el Vórtice alteró cualquier concepto que pudiera considerarse un puntal, todos los que sobrevivimos al GLITCH que propagó seremos advenedizos para siempre. Y, sin embargo, asentarse continúa siendo quimera definitiva para todos que he conocido, coleccionistas, trastornados o recolectores.

Por eso no me sorprende al reconocer de pronto, tras una colina huidiza, la rechoncha silueta del *viejoven* Crabck, que está convocando lo que parece una caja de arena construida para un niño deforme.

Antes de saludarlo, me recreo en la alegría ingenua de sus malabarismos. Por un momento llego a considerar que el trayecto perpetuo podía no ser el único destino de un recolector.

—¡Crabck, Crabck! ¿Ya has encontrado el otro mandoble?

Pregunto por preguntar, recordando nuestro último encuentro. Los dos sabíamos que es casi imposible recuperar dos ejemplares iguales de un mismo pecio, pero su patrón, particularmente obsesionado con un *obsobjeto* de la era *onlie* que permitía jugar con lo que sucedía dentro de unos cristales rectangulares, no opinaba lo mismo.

—*Tsubaxyz*... Finalmente, logré *convencerlexyz*. Pero ¿con quién pretendía jugarxyz?

¡Si él es el único habitante de su *cajaxyz*! Creo que se está volviendo *locoxyz*. Tendré que ir buscándome otro *patrónxyz*.

Todos los coleccionistas con los que yo había tratado vivían por y para sí mismos. Aunque aprendiera a soñar, no estoy seguro de preferir establecerme. Tarde o temprano, de un modo u otro, la soledad inmóvil siempre cobraba su factura.

—Esta vez es una misión difícil, debo acercarme más que nunca antes —respondo inconscientemente a un saludo no formulado.

—*Ahxyz. Yoxyz... tambiénxyz. Como todosxyz. Quiero decirxyz* —titubea hasta que pareció encontrar un asidero—. *Síxyz. Siempre nos llega nuestra... prueba... de juegoxyz.*

—Y tú, por lo que veo, has decidido sentar cabeza — Sonrío, esperando que encaje el chiste. Definitivamente hoy es más viejo que joven, a juzgar por el color de la coraza que tiene por cuerpo, una tonalidad neutra que refleja pálidamente la de todo lo que nos rodea.

Crabck se impulsa sobre sus seis miembros para girar sobre sí mismo hasta colocar las antenas y quelíceros que simulan un rostro en la posición correcta para el diálogo. Lo hace con una facilidad que asombra a todos los que no estamos recubiertos con un caparazón como el suyo.

—*Síxyz. ¡Tsubaxyz!* Qué suerte que nos hayamos encontrado, precisamente estaba construyendo un refugio, puedo agrandarlo para *compartirloxyz*. Un refugio para los, *losxyz...*

Los tormentos de arena. Siempre he descansado al raso en la zona 4 y nunca los he sufrido, pero Crabck parece decidido a modelar con sus tenazas un monumento a medio camino entre un búnker y una...

—Tsuba, ¿me alcanzas las *mantasxyz*? ¡Están allí, en el saco de *vituallassxyz!*

Nunca imaginé que una mole como la de Crabck pudiera moverse tan rápido sobre sus finas patas como para que no lograra esquivarle antes de que se abalanzara sobre mí. Y en cuanto a la potencia de sus dos tenazas... Bueno, ahora que rodeaban mi cuello iba a tener ocasión de comprobarla. Si es que puedo aprovechar el tiempo extra que me proporciona el doble refuerzo de mi malla antes de que la aplasten.

Desplegar la protección de mi piel sería inútil contra la dureza de su exoesqueleto. Mi única posibilidad de sobrevivir a su ataque pasa por encontrar, mientras mi mochila se interponga entre nosotros, algún punto débil en las suturas de su caparazón por el cual mi espada pueda abrirse camino hacia la parte blanda de su cuerpo.

Respiro con dificultad, pataleo mientras busco a tientas el mango de *PasSword* oculto en mi bota. De nada sirve que pronuncie su nombre si mis dedos no la tocan.

Piso la bota y me descalzo. En el momento en que la funda que sujeta el mango queda al descubierto, lo acaricio.

Boqueo, la palabra necesaria no quiere ser enunciada. Mi mirada se nubla por un instante. Vocalizo de nuevo y todo concluye con más rapidez de la que creí posible.

A mi requerimiento, *PasSword* vuelve a su escondrijo. Aún conserva la forma serpenteante que encontró la ruta hacia el corazón de Crabck.

El ¿joven? ¿viejo? recolector nunca me dijo si ya llegó a este mundo transformado o si, como a mí me sucedió, el GLITCH le sobrevino en mitad de los planes y proyectos de una vida prevista.

Habíamos intercambiado en algún encuentro las usuales informaciones entre recolectores. Comentarios prescindibles que nunca comprometían el éxito de las misiones respectivas. Sin embargo, ahora comienzo a pensar que él llegó a conocerme mejor que yo a él. Mis sospechas sobre su ataque necesitarán un tiempo para su maduración. Un tiempo del que no dispongo. Debo atravesar la zona 3 cuanto antes.

Crabck, Crabck...

Cuando la zona vuelve a amanecer su coraza brilla por un instante evocando sus colores de juventud y al siguiente palidece hacia un gris inquietante.

Jamás he llegado a saber dónde nació Crabck. Pero nunca olvidaré dónde murió.

## ZONA DOS

En la zona 4 las *alimañanas* ya deben haber acabado de sorber los restos (internos y externos) de Crabck, desapareciendo con el mismo sigilo con que se presentaron al festín.

He atravesado con tal rapidez la tercera zona, conocida también como el Cepo de las Canciones, que he omitido la rutina de seguridad.

Ya en la zona 2, me dispongo a comprobar el óptimo estado de todos mis recursos. La cota de malla sigue sincronizada con mi piel. Mi espada conserva su última forma y no refunfuña cuando le ordeno esconderse. Ya terminaba de comprobar la fluctuación de mi mochila cuando percibo una vibración en la neblina que señala el inicio de la siguiente zona. Es el aspaviento, el primer obstáculo para la entrada. También es el último consignado por los recolectores que llegaron hasta aquí... y prefirieron retroceder.

Decidido, sujeto el mapa de la misión y corro hacia el aspaviento. El cristal del mapa comienza a colorearse a medida que me aproximo a la bruma temblorosa. Una sensación de excitada alerta recorre mi espalda y sacude a la mochila. Está preparada para todo.

Como yo.

Muchos trastornados envidian el cometido de los recolectores. Al menos así lo manifiestan en los mercados en los que me veo obligado a confraternizar para avituallarme. Anhelan la aventura, la posibilidad de convertirse en leyenda, distinción que, de todas maneras, sólo sirve para para esquivar el olvido en las convocatorias alrededor de una hoguera locuaz. La tarea de un recolector parece sencilla hasta que... deja de serlo.

El aguacero de aspas que disipa la muralla de niebla resulta ser mucho menos furioso de lo que narró el tullido que pedía limosna en el mercado y que, obviamente, no pudo escapar a tiempo.

*PasSword* opina como yo. Mutila con placentera facilidad las pesadas, lentas hélices que se precipitan sobre mí desde todas las direcciones, dispuestas a la inmólación. Aun así, no puede evitar que una de las más pequeñas rasgue mi cota de arriba abajo.

Miro el suelo en el que yacen más aspas de las que se alejan girando en el aire.

Siento una nueva, leve vibración, que no proviene de ningún lugar y de todos a la vez. Si es que esto es un lugar. Vuelvo a mirar el terreno que piso. Ahora dibuja sombras y bordes que engullen a los caídos y pretenden enloquecer a los que aún seguimos en pie sobre él. No hay duda. Ya estoy en la

## ZONA UNO

El mapa.

El trozo de cristal se ilumina con un despliegue cromático que baila al ritmo de mi desplazamiento. Lo sostengo a la altura de mis ojos, girando lentamente a ambos lados hasta que mi objetivo parpadea.

Sonrío. Está mucho más cerca de lo que parece indicar el mapa, incluso alcanzo a reconocer que se trata de

¿Un libro?

Sí, un libro,

De cubiertas rojas y situado *sobre*

¿tras?

¿a?

¿ante?

¿bajo?

¿con?

¿contra?

¿de?

¿desde?

¿durante?

¿en?

¿entre?  
¿hacia?  
¿hasta?  
¿para?  
¿por?  
¿pro?  
¿según?  
¿sin?

Todo a mi alrededor pivota.

*Sobre.*

Mí.

Yo soy el puntal y el *obsobjeto* extraviado soy yo.

¿A qué esperas, Hombre Mosaico?

Me alejo de aquí.

¿Seré el tullido también? Y

el libro se acerca a mí.

## ZONA NUEVE

—¡Tsuba! ¡Has vuelto! Nunca lo dudé. ¿Qué tal ha ido?

—el Coleccionista no pregunta por mi destrozada cota de malla.

—Estoy aquí a duras penas. Claro que no hay penas que no lo sean. Prorrumpe en una carcajada que resuena en las paredes de la sala de trofeos.

Parece que ahora ya aprecia estos juegos de palabras.

—Bueno, ya te dije que iba a costar. Pero sé que tú eres el mejor.

—Aunque no el único.

—Bien, entonces entrégame el pecio—la carcajada parece ahora el eco de un sonido que nunca existió.

—Antes, págume el precio.

Su silencio indica que ya han dejado de gustarle las palabras que juegan.

—De acuerdo, ¿podrás cargar con un barril?

—Ya sabe que mi mochila tiene gran capacidad. Pero la recompensa era un alambique. Todos los coleccionistas lo poseen.

—¿Así que ahora has decidido establecerte por fin? De acuerdo, dame el *legionario*.

—El alambique. Mi espada también tiene altas capacidades.

Espero varios minutos mientras el Coleccionista desaparece murmurando tras una puerta disimulada entre capillas. Observo con cierta aversión el gran recipiente de cristal en el que pululan las manos que contienen las instrucciones de los cachivaches que pueblan la estantería contigua.

—Aquí tienes. Con esto podrás soñar cuanto quieras. Todos hemos empezado así, estableciéndonos a partir de un puntal. Ahora, vamos, dame el libro.

Mi mochila engulle el alambique y escupe el grueso libro de cubiertas rojas.

Los ojos del coleccionista recorren las páginas con ávido deleite. Se sienta en un mullido sillón que descansa bajo la luz más cálida de la estancia y me olvida.

## ZONA SIETE

¿Cuánto tardará el Coleccionista de Nubes en descubrir el engaño?

Bastará con que ponga a prueba el libro que le entregué. Debía contener la leyenda de todos los símbolos de cualquier cartografía imaginada. Aunque necesitará unos cuantos sueños, sus correspondientes mapas y búsquedas infructuosas, hasta que termine por darse cuenta de que leí y copié de nuevo alzar el contenido del *legionario*.

En todo caso, ya estoy lejos. Tendrá que reclutar a un ejército de recolectores para darme caza. De momento, ostento la ventaja que me confieren mi experiencia, el alambique y las claves para interpretar los mapas.

Sólo tengo que moverme más rápido que mis sueños.

## EL PERRO QUE MIRABA CON TRISTEZA

Raúl FIERRO

El perro de mi padre se llamaba Toby. Era un perro muy alegre y cariñoso, pero al morir mi padre el cambio en nuestra mascota fue tan drástico que se podría decir que pasó a ser otro tipo de animal, un ser distinto, para pena de los demás miembros de la familia. La muerte inesperada de mi progenitor nos impactó como un incendio en el bosque más hermoso, y la actitud de Toby desde entonces nos traía a la memoria los años felices de la familia en la casa del pueblo, aunque tiznaba con tristeza nuestro paisaje a través de su mirada acuosa. No es del todo acertado decir que era el perro de mi padre, como si le perteneciera solo a él, ya que desde el día que llegó siendo un cachorro fue fiel compañero de todos los habitantes de la casa. Sin embargo, parecía que congeniaba más con él que con los demás.

Vivíamos en una casa con jardín, al lado de un río azulado que bajaba de las montañas con sinuosa calma. Desde la ventana de mi habitación, en la segunda planta, podía ver por las noches como Toby y mi padre pasaban largas horas mirando las estrellas desde el centro del jardín. Mi padre le hablaba mientras el perro seesteaba a sus pies. No parecía que este le hiciera mucho caso, ya que el monólogo de mi padre no producía ningún efecto en el animal, ni siquiera un cambio de postura. Yo los veía desde mi habitación, pero no podía escuchar nada. El rumor del río en su descenso hacia el mar tapaba los sonidos de las palabras como las olas de un mar bravío tapan el pjar de las aves lejanas.

Lo que sí percibía en los gestos de mi padre era un interés desmedido porque Toby entendiera lo que le estaba explicando. Jamás le pregunté de qué le hablaba al perro todas las noches mientras miraban las estrellas, pensando que debía ser algo íntimo que no querría compartir con los demás miembros de la familia. Pensaba también que debía ser una forma de desahogar sus inquietudes ante alguien que jamás le juzgaría.

Pasaban los días y la escena se repetía, cada noche. Padre y perro en el jardín bajo las estrellas, con el río creando armonías acuosas que ponían contrapunto a su inaudible discurso. Toby impasible, quizá perdido en sus sueños, mientras aquel hombre hablaba. Si estaba nublado, incluso si llovía, los dos persistían en su costumbre, como si necesitaran, sobre todo mi padre, esperar hasta que amainara y surgiera un claro entre las nubes que mostrara una estrella, al menos una, cualquiera de ellas, y así poder entrar en la casa y acostarse tranquilos, con la sensación de que todo podía continuar con normalidad, con la seguridad que proporciona el deber cumplido. Cada noche.

Llegó la tormenta y dejó tras su paso un perpetuo arcoíris de nostalgia. Era una noche de otoño. Un fuerte aire vespertino ya había anunciado un desenlace trágico, como si los vientos enfurecidos de la montaña quisieran mostrar el poder de la naturaleza a los seres que habitaban en el valle, advirtiéndole de que llegaba una noche sin retorno. Ninguna estrella titilaba ante los ojos expectantes de mi padre ni ante la calma onírica de Toby, que por primera vez se mostraba inquieto a los pies de su amo, como si fuera capaz de ver en el agresivo balanceo de los árboles un presagio oscuro que podía desencadenar un océano de tristeza. La noche se mostró impetuosa y ruidosa por el golpeteo del agua en las ventanas, por la agitación de un paisaje maltratado por la ira de la tormenta, pero el sueño apareció dulce y cálido en el interior de la casa. Todos dormimos aquella noche, menos mi padre y Toby.

Fui el primero en despertarme. La luz del día había disipado la bravura de la noche, que había quedado atrás sin grandes desperfectos: alguna rama arrancada, hojas otoñales

mostrando un paisaje al óleo, y la crecida de un río que no llegó a desbordar su cauce. Tenía por costumbre mirar por la ventana nada más levantarme. Me gustaba ver el jardín con las primeras luces del día, sus árboles, su hierba, sus tiestos con flores y, unos pasos más allá, el río protegido por una chopera en la que los rayos del sol mostraban los brillos del rocío en las innumerables y aserradas hojas. Sin embargo, no fue nada de eso lo que vi. Ninguna belleza acudió a mis ojos aquella mañana. Mi padre continuaba recostado en su tumbona, empapado por la lluvia nocturna, quieto como las densas nubes del norte en un día sin viento. Cuando conseguí apartar la vista de aquel cuerpo inerte me encontré con la mirada desconsolada de Toby, que con cara lastimosa dirigía sus súplicas a la ventana en la que me encontraba. Pude ver en los ojos del perro toda la tristeza del mundo; pude ver la pérdida de un ser querido, la angustia de saberse solo para siempre, el final del camino que un día trazamos con ilusión, la felicidad quebrada por un hecho inesperado que te arroja a una realidad en la que no quieres habitar. Mi padre había muerto aquella noche.

Después del entierro, dejamos pasar los días sin mucho ánimo. Hablamos poco en la casa, cada uno sumido en sus propios pensamientos y recuerdos. Atendíamos a Toby, que no había modulado aún su mirada triste. Arrastraba su pena como uno más, sin ningún atisbo de aquella alegría que había mostrado, tiempo atrás, cada vez que veía a algún miembro de la familia.

Las semanas se agolparon mitigando nuestro dolor. Corrieron los meses y volvió el otoño, más hermoso que nunca, regalando un paisaje de colores ocres y ofreciendo olores embriagadores que me recordaban a mi padre, pues era esta su estación del año preferida. Toby continuaba alicaído, más que ninguno de mis familiares. Su caminar se había vuelto parsimonioso, como si entendiera que ya no había prisa por llegar a ninguna parte, como si supiera que el tiempo de la alegría y de los paseos por el río se había esfumado como se desvanece la belleza de una flor durante la helada. Muchas veces quise sacarlo de la casa para que correteara por el valle, pero su

quietud y sus ojos perdidos me decían que no, que prefería quedarse en el jardín. Parecía que guardara alguna remota esperanza de que mi padre pudiera volver, quién sabe si durante la próxima tormenta.

Las noches seguían siendo como antes, a excepción de la ausencia de mi padre. El perro las pasaba en el jardín, en el mismo sitio en el que se estaba junto a mi padre durante los tiempos felices. Me fijé en que las noches nubladas Toby permanecía mucho más tiempo allí, tumbado sobre la hierba húmeda. Fui interesándome por el devenir de los acontecimientos, y de tanto mirar llegué a la conclusión de que el perro no entraba en la casa hasta que un pequeño claro se abría entre las nubes y dejaba ver el brillo misterioso de alguna estrella distante, un punto de luz perteneciente a alguna galaxia remota e incomprensible. Cuando esto sucedía, entraba a calentarse y abandonaba la oscuridad de las frías noches de la montaña. Parecía que el perro tuviera un cometido innegociable, un deber con su desaparecido amo que él mismo se había impuesto, como homenaje a su compañero. Replicaba lo que había hecho mi padre todas las noches, contemplando las estrellas o al menos esperando hasta que una de ellas se mostrara en cualquier lugar del cielo. Llegué a inquietarme con el asunto y a obsesionarme con la necesidad que podía tener Toby de imitar y mantener la extravagancia de mi difunto padre.

Volvió la tormenta justo un año después de la muerte de mi padre. La tarde había sido inusualmente ventosa. La ferocidad de los vientos nocturnos sacudía los árboles del jardín convirtiéndolos en peles sometidos por fuerzas muy superiores. Llamé a Toby para que entrara en la casa, pero su mirada tenía tal determinación en no aceptar la oferta que no fui capaz de insistir. Subí a mi habitación a contemplar los actos del perro bajo la lluvia. Esta vez no se tumbó en el sitio acostumbrado. Esta vez miraba nervioso los distintos rincones del cielo buscando alguna grieta entre las nubes que indicara que no se iba a repetir lo del año pasado. Se sentó sobre sus patas traseras mirando hacia el cielo, de una forma más concentrada de lo habitual, como si hubiera tomado conciencia

del peligro que se cernía sobre la casa, expectante ante el desarrollo de la tormenta, temeroso de que amaneciera sin que ninguna estrella iluminara, aunque fuera durante un breve instante, el jardín de mi padre.

El sueño me venció antes del amanecer, tras horas de contemplar la angustia de Toby. Al despertar seguía lloviendo, aunque se percibía más calma que durante la noche. Como cada mañana de mi vida, me asomé a la ventana a mirar el jardín. Allí, en el mismo centro, sobre la hierba, yacía Toby. Pese a que podía haber pensado que estaba durmiendo, supe con certeza que no era así. Bajé precipitadamente las escaleras y salí a su encuentro. Allí, bajo la lluvia, golpeado por el viento y la fatalidad, lloré la pérdida del animal, abrazado a él, exactamente igual que un año atrás hice con mi padre.

Enterramos a Toby al lado de mi padre, para que descansaran juntos. Coloqué entre sus tumbas una estrella brillante y plateada para que iluminara cada noche sus reposos. Ninguna nube podría impedir que padre y perro logran contemplar, desde su infinita oscuridad, la belleza titilante del astro.

Pasé meses reflexionando sobre la comunión entre mi padre y Toby, sobre el sentido que podía tener la necesidad de contemplar las estrellas cada noche como si en ello les fuera la vida, sobre la capacidad de entendimiento que podía tener un perro ante las palabras insistentes de un hombre. Decidí, descubriendo por fin mi destino en la vida, vigilar cada noche el cielo desde el jardín. Coloqué una silla al lado de donde mi padre había colocado su tumbona, en frente de donde Toby solía sestear, y cada noche miraba las estrellas durante un rato, deleitándome con sus resplandores. Cuando se nublaba esperaba con paciencia a que un pequeño claro me mostrara, por fin, aquella luz distante tan apreciada por mis seres queridos. Era feliz solamente cuando el centelleo de los astros encendía mis ojos; el resto del día me mostraba triste por la ausencia de mis predecesores, por el final cruel de padre y perro, por la inexistencia de brillos plateados en el cielo.

Y llegó otra vez la tormenta, dos años después de la muerte de mi padre y uno de la de Toby. Fui consciente de mi final ya por la tarde, cuando el viento se encolerizaba agitando la chopera que custodiaba el río. Sin embargo, asistí a mi ritual nocturno con determinación por encontrar una falla en la tormenta que filtrara siquiera un atisbo de luz con el que poder llenar tanta desazón.

Cerca del amanecer abandoné toda esperanza, sabedor de que mi destino estaba ligado irremediabilmente a mi padre y a Toby. Correría su misma suerte y me encontraría con ellos bajo una estrella plateada que nunca se extinguiría. Quién sabe si cada estrella es en realidad un ser vivo que ha abandonado este mundo, y cada noche espera cualquier momento sin nubes para mostrarse ante los que seguimos aquí y regalarnos su luz de esperanza.

Ya casi puedo verlos, a padre en su tumbona hablando, a Toby sesteando a sus pies, a mí mismo contemplando el cielo con infinita paz. Los tres juntos descansando en el jardín para toda la eternidad, unidos ante el espectáculo estelar. Quiero pensar que la mirada triste del perro, bajo el amparo de la luz estrellada, se habrá vuelto alegre, como en los años felices.

## PONTIUS

María del Carmen GONZÁLEZ BLANCO  
*STELLA MARIS*

*Pum, clic.*

El portazo retumbó por toda la estancia y el pestillo cerró en la jamba.

—Siéntate. Tengo mucho que hacer y estoy gastando mi tiempo en aclararte cosas básicas que ya deberías saber, querida.

El hombre de cabello cenizo estaba rondando alrededor de su escritorio, con un tono de paciencia peligrosa, vacilando al pronunciar «querida».

—Soy consciente de que me llaman mantenida, aprovechada, traidora y términos peores a los que no me voy a rebajar. Pero haz que no se note tanto lo difícil que es soltar un cumplido, *querido*.

Con el mismo sarcasmo en la última palabra, rechazó sentarse en la «rechinante» silla de madera. La mujer de largos cabellos ocres tenía una postura cerrada y mantenía los brazos cruzados.

Ignorándola, el hombre continuó hablando frío y calculador, aunque la tenue sonrisa contraída en sus comisuras dio a entender que la respuesta le había gustado sobremanera.

—Te vendría bien recordar quién es el que manda. Puede que inviertas en la mercancía en ocasiones y negocies algunas transacciones con las autoridades, pero... —hizo una pausa para dar potencia a ese «pero»— no es sinónimo de poder.

—¿Tienes miedo de que se me suba a la cabeza? Si es así, quizá has cometido un pequeño error al colocarme en este puesto. Rebájame, si gustas...

Ambos no abandonaban el retintín en sus voces, con los ojos fríos, pero con miradas firmes e intensas que cuando coincidían no podían disimular en el fondo pequeñas luces de disfrute.

—¿Miedo? —El hombre se rio, un sonido grave y estremecedor, mientras inclinaba su firme y ancha figura ligeramente hacia ella, por encima del escritorio apoyando las manos en él—. Si quiero vender en otras zonas, lo hago; si quiero eliminar o cambiar algo, lo hago; si quiero despedir a un asociado e iniciar a alguien en la *nostra arte*, lo hago. Porque puedo hacerlo, pero... soy caprichoso y quiero que lo hagas tú.

—No dudo que tienes un talento inmenso, Pietro, pero fuiste tú quien me instaló aquí, quien me trajo aquí, quien me ofreció esto... —Los ojos verdosos de la muchacha ganaban emoción y su voz subía de tono resultando afectada, pero al darse cuenta, se calló de golpe, tensando la mandíbula al apretar los dientes.

—Llegaste aquí manipulando, convenciendo y aprovechándote; y eso para mí son virtudes. De eso se trata: de aprovechar. —Conforme hablaba, el hombre rodeó el escritorio y llegó frente a ella, acariciando con el dorso de los dedos su mejilla, como si retirase una lágrima imaginaria—. La *vita* te presenta muchas oportunidades y, si no sabes aprovecharlas, ¿qué haces aquí? Deberías estar por ahí vendiendo periódicos. Pero te uniste a esta *famiglia*.

Un sonido ahogado del lado izquierdo de la estancia hizo que la mujer rubia, sin moverse, apartase la mirada de Pietro pudiendo percibirse cómo sus ojos se marcaban más afilados, tensos y firmes, con una mezcla de dudas e ira que se intentaba contener. En aquella dirección, lo que sus ojos vieron fue a un hombre despeinado, amordazado y atado a otra rechinante silla de madera. Estaba pálido y tenía los ojos rojos y llorosos.

Pietro, que estaba delante de ella, caminó un par de pasos para rodearla y ponerse justo detrás y, entre sus cabellos, comenzó a susurrarle al oído de forma melosa, como si el diablo le confesara los secretos del paraíso.

—Se necesitan cuatro virtudes según Sanzio: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Y sabes cómo aplicamos cada una de ellas aquí. Si las posees todas, sabrás hacerte camino... y yo sé que mi pequeña joya tiene ese don... —Tras una pausa de silencio, de sus labios salió un nombre, pronunciado con una voz perfecta de arrastrado acento siciliano y una sensualidad casi imposible—. Giada.

Giada se giró, quedando tan cerca de él que olía el aliento a tabaco de Pietro, clavando sus ojos verde jade en los profundos y oscuros ojos café de él.

—Reconozco esa mirada. Te preguntas por qué... — Pietro alzó una mano con la que acarició de forma imperceptible el brazo derecho de Giada hasta llegar a su mano, en donde le depositó un objeto antes de alejarse de ella—. Sé que te estás reprimiendo... Vamos, pequeña.

*Clic, pum.*

El estruendo del arma de fuego hizo el silencio y limpió el aire del chirrío de la silla donde se removía el hombre demacrado y los taimados quejidos. La risa grave y jocosa de Pietro fue lo siguiente que se escuchó mientras sacaba del interior de su chaqueta su pitillera de tabaco negro.

—Puedes retirarte, Giada. Cierra la puerta tras de ti.

Pietro le miró con falsa indiferencia mientras la mujer salía de la estancia con su elegante y atractivo paso a pesar de su rigidez. Un segundo antes de que la puerta se cerrase, se escuchó en voz baja «buen trabajo, *principessa*».

Giada, con la mano aún en el pomo, se apoyó en la puerta con la espalda, un tanto mareada por la adrenalina que aún recorría su cuerpo. Suspiró, sonrió, juntó los muslos y sintió los músculos un poco menos rígidos y la cabeza mucho más despejada, pero por poco tiempo. Estaba hasta arriba de dopamina y por dentro se sentía desbocada. Había estado conteniendo durante demasiado tiempo lo que ahora por fin liberó y que se negaría a volver ser encerrado: el enganche y la adicción a esa euforia a la que le llevó lo que acababa de hacer.

Sin duda, aquella sería una buena *famiglia* para ella.



## EL ÚLTIMO CASTIGO

Ivar FERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Sonó el timbre y, una vez más, deseé que el tiempo retrocediera.

Deseé volver a las clases pequeñas y coloridas, en las que no tenían cabida ni elecciones vitales ni exámenes de acceso. En las que una travesura significaba un rato en un rincón y la risa mal disimulada de la profesora. Qué rápido se trasformó el: «Qué inquieta y curiosa es esta cría», en un: «No va a tener un futuro». En una barrera que me separaba de todos. En idas y venidas al aula de castigo.

Y allí estaba una vez más, tras la puerta que el director había cerrado en mis narices, viendo cómo se alejaba por el pasillo su difusa figura tras el cristal. Me giré, aun apretando los dientes, dirigiéndome directamente al que era ya mi sitio habitual, al fondo, al lado de la ventana. El aula era pequeña, desgastada y parecía acumular todos los muebles y utensilios ya retirados de otras clases, como una hermana pequeña con sus nuevas zapatillas rotas. Entre sillas y mesas sueltas, se podían contar apenas diez espacios para alumnos, de los cuales solo cuatro estaban ocupados ese día.

Me acomodé y me coloqué los cascos mientras echaba un vistazo a los tres chicos sentados al frente. Parecían pajarillos recién salidos del huevo, con sus sillas pegadas entre sí, como protegiéndose unos a otros. Miradas asustadas, movimientos nerviosos y, para mi desgracia, los ojos húmedos de uno de ellos, que no tardó en hacer manifiesta su angustia.

—Yo me esfuerzo, ¿vale? Atiendo, estudio y todas esas cosas...

—Y los profesores lo saben, tranquilo. —Su amigo intentó calmarlo con voz dulce.

—¡Pero es la tercera vez esta semana que te duermes en clase, tío! —recalcó el último entre risas, haciendo que el llanto aumentara su volumen.

—No le ayudas, Ulrich.

—A ver, lo que quiero decir es que es normal que te castiguen —intentó defenderse el rubio—. Pero no tienes por qué avergonzarte, duermes poco por ayudar a tus tías, ¿no?

El chiquillo asintió, mientras intentaba secarse las lágrimas, que comenzaban a mezclarse con sus rizos. Parecía el más pequeño de los tres, aunque sus ojos eran los más marcados por el cansancio y sus dedos estaban llenos de rozaduras y tiritas.

—El taller. No pueden solas con él, a menudo me toca coser.

—Y eso que les sobra energía. —Su sonrisa era tan dulce como su voz.

—¡Están como una regadera, habla claro! —Comenzaba a notarse que el tal Ulrich era el bocazas del grupo—. Que el otro día me las encontré cubriendo al pobre Bruno con mil telas mal puestas, que parecía un espantapájaros asfixiado.

—Era mi traje de graduación...

Los otros dos se quedaron mirándole con una mezcla de susto y pena, que terminó en una risotada común. A punto estuve de encender por fin mi música, pero la conversación continuó, esta vez con el chico de pelo negro que parecía más sereno que sus compañeros.

—Te quieren mucho. A su manera.

—Son mi familia, al fin y al cabo —comentó Bruno con una sonrisa.

—Yo no sé qué haría sin la mía. Esos pequeños me dan la vida.

—Aunque tiene que ser difícil cuidar de ellos...

—Es que... siete. Siete hermanos pequeños. —Ulrich se había sentado en la mesa y remarcaba sus palabras con grandes gestos. Su larguísima coleta rubia seguía todos sus movimientos—. Uf... ¿Cómo lo haces?

—No es para tanto, cuestión de organizarse.

—Eres demasiado bueno, Alek —le reprendió el pequeño modisto, girándose hacia su otro amigo para añadir— El otro día casi le roban por dejarse engatusar por una ancianita «necesitada», que cualquier día nos lo secuestran, o envenenan, o algo. Hasta cargó con las culpas de lo de hoy por Lara.

—Bueno, guapo, cantas bien... Qué partidazo eres, tío. Normal que los de clase te tengan ojeriza.

Sobre todo por lo de guapo, que no les llega la neurona para valorar el resto.

La blanquísima piel del chico comenzaba a enrojecer con los comentarios de sus colegas. Era extraño el gran contraste de esta con su pelo, totalmente negro, pero con sus finos rasgos parecía un delicado muñeco de porcelana. Un delicado muñeco de metro ochenta.

—¿Me adoptas? —La extraña pregunta de Ulrich no hizo sino aumentar su azoramiento.

—¿Qué?

—Que si me adoptas. Yo te prometo que ayudo con los críos y la casa y todo. Hasta sé hacer unas tortitas...

—Para, para. —Aunque fuera una broma más, su tono era demasiado serio—. Eso no funciona así.

Ante la negativa, se dejó caer hacia delante, apoyado en sus manos y con un gran resoplido. Acto seguido levantó la cabeza como movido por un resorte.

—¿Y tú?

—No, no voy a adoptarte. ¿Qué ha pasado esta vez? —Bruno lo miraba con ternura, viendo tras el tono bromista y teatrero de su amigo.

—¿Qué va a pasar? Que, si no me hubieran castigado hoy, llevaría ya dos semanas sin veros fuera de clase. Ni a vosotros ni a nadie. —Comenzó a recogerse el largo pelo en una trenza infinita, como intentando distraerse—. Alek, dices que tu familia te da la vida, ¿no? Pues a mí me la quita. Mi madre parece más una carcelera que una madre. —Los chicos se quedaron callados, sin saber que decir para ayudar a su amigo—. Hace años que no voy a un *burger* —continuó—, estoy de las ensaladitas y del ruiponce hasta las narices. Tío, que obsesión. Un día os traigo un *tupper* para que sufráis conmigo.

—Nooo, gracias —le siguió el juego Bruno, intentando suavizar el ambiente—. Un día vamos a verte desde la ventana. Oh, Julieta, Julieta...

Por fin, las palabras de su compañero consiguieron hacerle reír y la tensión se disipó por completo.

—Si vais a ir a molestar os tiro una maceta a la cabeza. Avisados quedáis.

Me quedé mirando a los tres chavales desde mi sitio. El dormilón que vivía con sus tías locas, el buenazo de portada de moda con sus siete hermanos y el del pelazo encerrado en su casa todo el día. Casi me entra la risa al recapitular todo en mi cabeza. ¿Qué narices hacían? ¿Ensayar una obra de teatro? Había que reconocer que eran buenos actores, a decir verdad.

Seguí escuchándolos un rato más. Hablando sobre sus vidas, sobre otros temas banales, sobre las clases... Aquello no parecía planeado para nada, y era demasiado complejo para ser una simple improvisación.

No, no podía ser solo casualidad.

Decidida, me levanté y me acerqué a sus mesas. Plantándome delante sin ningún preámbulo, brazos en jarras.

—¿De qué vais, princesitas?

Sus caras fueron un cuadro, solo eso ya valió la pena. Alek no sabía dónde meterse, el benjamín me miraba con los ojos muy abiertos y el último, bueno, digamos que siempre estaba dispuesto a entablar conversación.

—¿Y tú, reina?

—¿De qué hablabais? ¿Escribís una historia o algo? — pregunté directamente, obviando al chico.

—¿Una historia? ¿Quieres escribir sobre nuestras vidas? — Parecía del único que iba a obtener respuesta—. Yo te cuento la mía: Hace diecisiete años, nació en Alemania un chiquillo al que llamarían Ulrich...

Decidí ignorarle de nuevo e ir con más tacto hacia los otros dos.

—No, en serio. Todo eso que contabais... ¿es verdad?

—Claro, somos amigos, ¿qué sentido tendría mentirnos entre nosotros? —contestó Bruno al fin.

—¿Hemos dicho algo raro? —se unió Alek al ver mi cara de confusión.

—Eh, ¿todo? ¿Os habéis oído?

Esta vez fueron ellos quienes me devolvieron una mirada de confusión. Hasta el bocazas se quedó callado y me miraba esperando más información.

—Es que solo falta que ahora me sueltes que naciste en Italia y que en tu casa había una rueda y que te pinchaste de pequeño con ella —seguí hablando hacia Bruno.

—¿Qué tiene de raro que un niño pequeño se pinche con algo... Espera, ¿quién te ha contado eso?

Me estaban tomando el pelo. Había caído como una boba ante esos críos y sus historias. Pero Ulrich ya no se reía. Y los otros seguían mirándome extrañados, totalmente serios.

—No me lo ha contado nadie, lo he ¿deducido? de vuestra conversación.

—¿Cómo vas a deducir *eso* de lo que hemos hablado? — me increpó Ulrich en tono jocos—. Venga, deduce algo de mí, ja, ja, ja.

Me quedé pensativa. Algo de su vida... No podía saber qué partes de la historia se cumplían y cuáles... ¿Qué estaba haciendo? ¿De verdad me estaba creyendo que esos chavales era algo más que simples chicos de instituto? Aunque la idea de jugar a que la magia existía me llamaba demasiado...

—Tú madre te cepilla cada noche y te pide que no te cortes el pelo nunca —me aventuré. La risa del muchacho cesó y su cara se convirtió en un tomate delgaducho.

—¿Qué narices dices? —Igual no había acertado esta vez—. Yo no... Ella... ¿Por qué iba ella a hacer eso?

Vale, era verdad. No pude reprimir una sonrisa de victoria.

—¿Que quién te ha contado todo esto? —El gesto de Alek se había tornado totalmente serio y su tono no admitía excusas, borrando mi sonrisa al instante.

—¡Nadie! —casi grité—. ¿Es que no lo veis? Es todo demasiado... obvio.

Estaba claro que no, que para ellos no lo era. Los chicos me miraban expectantes, a la espera de que continuara mi explicación. ¿Debería ser más clara? Más directa. Hablar del tema sin tapujos.

Pero pronunciar en alto todo aquello que pasaba por mi mente, era cuanto menos ridículo. Iba a sonar a locura.

Y lo peor, querría decir que me lo creía de verdad.

—Cuentos.

Fue apenas un susurro, no estaba segura de si me habían oído. Pero el gesto de Alek cambió por completo, Bruno apartó la mirada, Ulrich siguió con bromas que habían perdido la confianza.

Empezaba a ponerme nerviosa.

—Todo lo que decís, cada uno de vosotros, parece totalmente sacado de un cuento de hadas —me atreví a decir al fin.

No sabía qué estaba pasando, pero algo pasaba. ¿Los cuentos eran reales? Aquello era absurdo. ¿O los cuentos se escribieron basados en la realidad? Eso sonaba mejor, pero una realidad actual no podía inspirar cuentos de hacía siglos. Estaba pensando barbaridades, pero algo pasaba. Algo pasaba. Detrás de las vidas de aquellos estudiantes había algo más.

Los miré de nuevo uno por uno. Un chiquillo bajito y somnoliento de rizos rubio ceniza. Otro, delgaducho, pecoso y de larguísimo cabello dorado, ahora trenzado sobre su hombro.

Y, por último, el chico de piel blanquísima y pelo color carbón, grandote y dulce. Mientras le miraba, Alek sonrió, pero esta vez no lo sentí como una sonrisa tranquilizadora.

—A ver, ¿qué quieres que te expliquemos? —habló con calma, mirándome fijamente.

Mi mirada se iluminó. Igual no estaba desvariando. Había algo de verdad en mis suposiciones. Me notaba acelerada y mi mente buscó frenética por qué pregunta empezar. Decidí empezar por lo obvio.

—¿Quiénes sois?

—Ulrich.

—Bruno.

—Alek.

—Ya, pero...

—Somos de tercero y de cuarto —continuó el último—. Y estamos aquí castigados, como tú.

—Intentábamos hacer este rato más ameno, hablando de nuestras cosas —añadió Bruno.

—Hasta que viniste a hacernos preguntas raras.

Ulrich acompañó su comentario con una sonrisa burlona. El gesto de los otros parecía haberse suavizado, ahora parecían casi... preocupados.

—¿Estás bien? —preguntó uno de ellos, no supe decir quién.

Notaba mi rostro contraído y no podía levantar la vista de mis pies. Con gran esfuerzo sacudí la cabeza y les devolví la mirada al fin.

—Perdona si hablábamos muy alto antes, no queríamos molestarte. ¿Te encuentras bien? —volvió a preguntar Bruno.

En ese momento se abrió la puerta y el director me llamó. Dejando al chico sin respuesta, cogí mi mochila y le seguí rápidamente hacia su despacho. Por una vez, sin protestar.

Pisar el pasillo fue como volver a la realidad.

—¿Vas a escucharme por fin? Asentí en silencio.

—Oh, estupendo. —El director parecía tan sorprendido como yo de mi actitud—. Quería hablar contigo. Eres una chica increíble. Tienes una gran imaginación.

Le miré totalmente confundida, con los ojos de par en par. Me esperaba cualquier cosa menos eso. Y lo de la imaginación. No estaba segura de que fuera una buena cualidad en ese momento. Era lo que me había metido en ese lío. Mi mente había cogido las vidas de unos chavales y como no me cuadraban se había dedicado a buscar mágicas explicaciones. Ni siquiera los conocía, ni siquiera se me daba bien interpretar las expresiones de los demás, y había construido una historia solo de pequeños gestos y palabras que habían dicho.

—Aunque no sigas las clases de forma típica, sé que tienes capacidad para enfrentar y resolver cualquier problema que se te presente. También sé que tienes un gran corazón. Me han contado lo de esos niños de familias problemáticas con los que te reúnes en el parque.

El hombre estaba sentado frente a mí, inclinado sobre la mesa, con su escaso aspecto de director de instituto. Con una mano jugueteaba con los papeles de mi expediente, su otro brazo, terminado en un muñón, reposaba sobre la mesa. Llevaba tantas charlas con él que ya no me llamaba la atención.

—Solo juego con ellos, son niños perdidos que pasan por allí. —No entendía muy bien hacia dónde se dirigía aquello.

—Estoy seguro de que para ellos significa mucho. —El hombre me dedicó una gran sonrisa. Hizo una pequeña pausa y continuó—. Tienes grandes cualidades y, de acuerdo, no se te dan bien los estudios. Pero estás a punto de repetir año de nuevo... a propósito.

Su tono seguía siendo suave, aunque serio.

—Pero si acabas de decir que se me da mal estudiar.

—¿Y por eso pasas de un seis a un cero en la misma asignatura del mismo curso?

Me quedé callada sin saber ya qué replicar.

—Sé que avanzar en los estudios da miedo, que la vida da miedo. También te va a traer muchas cosas buenas, aunque tendrás que luchar por ellas. —Sus palabras caían a plomo sobre mí, mientras el tictac de su reloj de bolsillo las acompañaba—. Nadie te va a obligar a ir a la universidad si no quieres, hay muchos caminos. Pero necesito que intentes buscar el tuyo, tardes el tiempo que tardes. Si te sigues dejando arrastrar, llegará un momento en el que no puedas por lo perdida que estés.

Había guardado el reloj en un cajón, pero seguía sonando. Casi amenazador. Deseé que el tiempo retrocediese.

*Tic.*

A esa vida cómoda y feliz.

*Tac.*

No entendía por qué crecer significaba estar cada vez más solo.

*Tic*

¿Pero si tenía razón aquel hombre y podía buscar mi felicidad?

*Tac.*

Mi propio camino, a mi manera.

*Tic.*

No sonaba tan mal volver a la realidad.

*Tac.*

Me acomodé el gorro verde, recogiendo los rizos pelirrojos que se escapaban, y me levanté de la silla dando por finalizada la conversación.

—Los cantos de las sirenas pueden ser muy hermosos, pero no dejes que te hagan naufragar, Pan.

Salí del despacho.



## EL AUSENTE

Nieves GC

Pregunta por la historia que me ha traído hasta su consulta. No le gusta indagar en datos irrelevantes.

A veces quisiera poseer el don de la desmemoria selectiva, así no tendría que reproducirlo incansablemente hasta que no duela contarlo. Voy a intentar relatarlo de forma precisa. Sucede que no encuentro la palabra que defina ese vacío que se genera cuando le detallo la falta de profundidad en las conversaciones que manteníamos. Salvo cuando mentía. Entonces su relato incluía detalles oníricos que coloreaban la historia, me entretenía con la música de la guitarra, o se movía impaciente por todo el espacio señalando cualquier error como excusa a su propio comportamiento. De los largos paseos al cálido mediodía recuerdo su transformación en el gigante de hielo, hablando de nuestras vidas, anhelos, deseos, miedos y esperanzas. Cuántos momentos condensados en un mismo espacio-tiempo. ¿O eran varios? No lo recuerdo con exactitud.

–Detente, y dime qué cambiarías de ese momento – pregunta con seguridad.

Si me interrumpe pierdo el hilo de la historia, requiero de un esfuerzo para no regresar al principio. Sé que pretende puntualizar las palabras, entender bien lo que quiero contar. Creo que se ha dado cuenta de mi obsesión por sus divanes de terciopelo, uno de color azul petróleo y otro amarillo. Por lo visto, el resto de los pacientes los disfrutaban, aunque ocupen dos tercios de la sala; sin embargo, a mí me molesta su rigidez, inflexibles, los asocio a las personas que consumen el aire ajeno. ¡Qué tela más delicada! Me quedo con la silla de lona, algo desgastada por el efecto de la incidencia de la luz sobre el tejido.

¿Por dónde iba? Vaya, se ha inquietado con mi pregunta. Yo me inquieto con su inquietud, y así podemos entrar en un bucle infinito de crecimiento de inquietudes. Mejor prosigo como puedo con la historia, detallando cómo las tempestades

estaban regadas de silencios y miradas furtivas. No me refiero a esas miradas furtivas que se escapan cuando amas o deseas a alguien y no hace falta expresarlo, sino de esas que surgen cuando no se tiene nada que decir. No se quiere decir nada. No se puede decir nada. El gigante de hielo vuelve a hacerse presente y la inquietud regresa al punto medio de mi garganta; la presiona de tal manera que en cualquier momento estallará en un aullido de furia.

– Vamos a llamarle «el ausente» – dice en un tono de voz profesional y convincente.

Naufrago en mi mundo interior, este aullido de furia que parte sin brújula ni destino final provoca un escozor que no desaparecerá con facilidad. Claro, es evidente. Cómo no me di cuenta antes, ¿tanto tiempo he pasado en este mar de incertidumbre y soledad que no distingo cuando hablo al vacío?

Dame unos segundos que me elevo a recoger esos pedazos de mi propio ego dispersos por la habitación. Aunque no pueda verlos desde su posición, cubren todas las superficies, incluso los malditos divanes. Tenga cuidado no se corte, que alguno está bien afilado. No caben todos en mis manos y tengo que ir colocándolos sin sentido en la primera posición que encajan. ¡Me sobran algunos!

Vaya, le digo, voy a necesitar un buen pegamento y dosis extra de paciencia.

# UN ESPÍRITU AZUL LLAMADO O

María Cristina ASENJO ÁLVAREZ

*«Incendios en España, resultado del cambio climático»  
«Cómo utilizar Google Maps para consultar el avance».*

22-07-2022

No lejos de las colonias de esponjas, la silueta viperina de un resbaladizo tiburón anguila asomaba entre una cueva. Una silueta que se ondeaba y contoneaba como ciega peregrina en la oscuridad de las profundidades, una peregrina sierpe en la que algo pesa en su vientre.

Partida por el ecuador, se hallaba al norte la tierra del continente de Laurasia, separado por un océano interno llamado Thetys que lo apartaba de la anchurosa Gondwana que se extendía entre el centro de la Tierra hasta el polo sur ocupado por la Antártica. Y en todo su perímetro, el planeta era mojado por el océano mayor, Pantalasa.

Estas ondas del Carbonífero de Thetys traían al tiburón anguila madre el olor a sangre, pero también por esa humedad amniótica de la anguila circulaba un único feto caníbal. En la ingravidez, es desagradable el histérico movimiento de la cría hambrienta en busca del alimento hasta llegar al paroxismo. La aridez del suelo enfangado no permite dar comida al embrión. Inútil la búsqueda cuando el mundo tiene sus ciclos.

Nada, no parece haber nada bajo la superficie, pero, de pronto, dentro de la ancestral placenta cae un único trilobites hasta la pequeña cría; hasta llegar a sus incipientes dientes de leche que, en su mordida, se han desprendido de la débil e infantil mandíbula. Vivir, crecer, nacer para salir a la luz por el cuerpo de la madre.

*Allá arriba, un haz de sol, ensangrentado por el rojo del volcán, se espeja en la superficie. ¿Subir?, ¿ver si hay alguien del banco de anguilas tiburón?, ¿seguir buscando alimento?, ¿encovarse? Calor sofocante. Huir... Tengo que deslizarme como las ondas eléctricas bajo la tierra del mundo por este inmenso calor que empieza a quemar. Cavar. Tengo que morder y cavar una sima hasta el centro de la oscuridad de las profundidades.*

Súbitamente, unos sedimentos ardientes, empujados por un sismo, penetran huracanadamente por las branquias maternas hasta su vientre. El ardiente monstruo de la llama engulle a la madre y el calor pasa de la placenta al hijo. Es el instante de morir en el fuego por el fango volcánico que se hace piedra y la piedra, pizarra.

No lejos, a su paso por el sendero arenoso, una comuna de trilobites marinos se aovilla ante la monstruosa bocanada de fuego que despide un volcán. Por su dureza calcárea, ella, una vecina no muy lejana del tiburón anguila, asentada en el fango de las aguas pantanosas de la tierra de Avalonia, se diría que podría presumir de insensible. Se sustentaba en tres estolones de los que ascendían débiles ondas por un cono de espículas externas y radios estomacales internos. *Vanitas vanitatum*: una bola de fuego cayó a sus plantas. Sus infrasonidos chillaban a la colonia de corales la palabra «fuego», «abrasión».

*Huir: batalla perdida. Boca abrasada, poros que sienten las vaharadas del aire volcánico; tragos de ceniza entre las ondas de cristal; piroclastos que hornean nuestra basa, que incendian este engréido cono izado a imagen de la efímera planta y de la roca. ¡Huir!*

Desesperadamente, temiendo la muerte, rompió sus zarcillos calcáreos para que unos nuevos hijos larváticos sobreviviesen. Muy a su pesar, los avances de sus estolones basales no pasaban de cinco centímetros en sus zancadas.

*Avanzo a tragos, entre contracciones y expansiones, muy lentamente sobre la roca. Parir hijos por fragmentación. ¡Reproducirse... o morir! Huir... Un sueño hecho solo para los reptiles.*

Ante los poros de aquel estómago radial heredado por sus especies de coral, sus recién nacidos flagelos separados, fragmentados, caídos, también se retorcían por el calor.

—¡Cuidaos, joven, de no caer! ¡La cresta que descuelga es escarpada!: arcilla y pizarras blandas... ¿Veis alguno?

—¡Buenos días! Haberlos..., *hailos*, pero... para alguna confitura..., podría hacer... —Riéndose, el joven le enseñaba un saquete atiborrado de frutos.

—Son arándanos de calidad.

—Me temo que algún oso debió entrar, padre.

—Quizás uno, sí, Pelayo..., pero deben ser de Peñalba.

Al ascender por el penacho, el ermitaño de Nuestra Señora de la Quiana tendió la mano al joven cabrero y observó su carga:

—¡A quien madrugaba..., Dios ayuda!

Desquitándose de las arcillas pegadas, el muchacho le solicitó permiso para beber agua. Destapando con prontitud la redondeada pizarra negra del brocal del pozo, y asidas las manos del anacoreta a la cuerda, ya le iba subiendo el agua en una vasija de barro. Temiendo que volcase la piedra mal apartada a un lateral, fue Pelayo a agarrarla con sus manos, pero quebró en el suelo. Si por encima era lisa, el envés de la pizarra, que miraba al pozo, estaba sembrada de helechos y hojas aciculares. Una vez hubo caído entera a la dura tierra, se desprendió, por una esquina, el fósil de un trébol de cuatro hojas oxidadas.

—Dicen que estas hojas traen suerte, Pelayo. ¡Y mañana es san Juan! —le insinuó el ermitaño al verle recoger la tapa en varios fragmentos rotos.

—¿Un trébol?

—Sí, no te preocupes. Como estas, —señalando la tapa— hay más.

El ermitaño, tras tenderle la vasija de agua, alzando la mano por encima del cejo, se asustó tras oír a lo lejos el rebaño:

—¿Son las tuyas? ¿No se te estarán alejando mucho las cabras?

Y limpiando el trozo de pizarra fosilizado, absorto ante aquel mundo pasado, lo cerró en un puño.

—¡Hay que ver! Me lo llevo, padre. Por si acaso...

Pelayo echó a correr tras las cabritillas. Las contó. Estaban todas, porque de extraviar alguna, le pegarían en casa. Estaban en dos grupos distintos, ramoneando por los canchales, pisando pizarras arcillosas y esquistos sembrados de brezos; unas, comiendo algunas espigas entre las zarzas y otras, entre los espinos albares. Y tras tranquilizarse, se sentó en el borde de la cima como amo de un valle que era divisado a ojo de águila. ¡Un trébol! Sí, debía ir a esa fiesta.

En el océano Pantalasa, se apresuran a encoger las pezuñas de sus raíces los árboles estriados de calamite. Aceleran su contorsión natatoria los anfibios, a derecha y a izquierda, con la esperanza de alcanzar, desde el ahuecado tronco del calamite, la temperatura óptima que esté lejos del infierno. No hay guarida que no hierva bajo las garras del agua impelida por las brasas de un volcán. Quiebra el gigantesco tallo de la *sigillaria* mordido por las bombas volcánicas. Se doblega el paraguas de la copa y este siembra los pompones de acícula de las hojas del calamite en el vidrio de las aguas. Cánulas de tronco que crujen y gimen al son del aire a las cenizas. Más allá, un titánico árbol de escamas rompe los frutos de las piñas y golpea el mundo con mortal caída.

*Reproducirse... o morir. Que caigan, que crezcan, que se reproduzcan mis semillas en esta agonía.*

Hay sembrado un osario de árboles y árboles, Cadáveres pétreos sobre una masa de plántulas que se asemejan a imponentes espigas de cola de caballo. Se diría que es pizarra de un brocal: caja mortuoria: acícula sobre acícula, helecho sobre helecho; hojas afiladas, tronco, nudos; escamas hexagonales, alabeadas, ahuecadas, disformes, realizarían el *collage* de la piedra y el filón de la pizarra. Nudos y entrenudos leñosos, estriados de savia, van chupando, en pago, el hirviente fango del día del polvo y la cernada.

—Sí que se ve caudaloso desde este mirador de la ermita. ¡Qué bien se vive rodeada por el Sil, ¿eh? —Pelayo había aprovechado, con el permiso del padre, el poder celebrar el San Juan en el pueblo de Paluezas.

—¡Conque tú eres el de Peñalba...! No me había encontrado nunca a nadie. Sí que se vive bien. Soy Elbina. Encantada de conocerte. —Y ella se sorprendió mirando el valle delante de sí, y en toda su extensión, como si nunca lo hubiese visto por primera vez, como si fuese la mirada de Pelayo.

No lejos de los castaños alfombrados por las primulas, la brisa traía el olor de la mejorana y el orégano, y por un sendero que se empinaba, serpenteando desde la falda, bordeaban algunos musgos entre las violetas que se cerraban ligeramente a la salida del crepúsculo.

—¿Y todos los años hacéis la fogata de san Juan aquí arriba?

—Y cantamos..., y bailamos... y buscamos tréboles de cuatro hojas.

Cuando las mareas suben, a la caída de la luna, se anegan los tréboles del Carbonífero. Unas arenas doradas, bañadas por la espuma, penetran por el ahuecado tronco de un viejo *lepidodendron* varado y roído por los insectos. Es el inútil nido o el engreído barco de treinta y cinco metros de largo y dos de diámetro para una libélula de grandes alas que extiende, sobre el leño, una cría de milpiés recién agujonada. Inspira, a grandes bocanadas y por sus miles de espiráculos, el último oxígeno

cegado por el azufre volcánico. Ilusión vana, trampa o cebo para una libélula, que trata de sobrevivir en medio de los ríos del Averno que han salido de sus moradas.

No habían pasado algunos meses cuando oyó aquello de:  
—¿Hacía falta ir tan lejos para buscar a una? ¿No habrá por aquí por Montes otra mejor? ¡Y tantas horas de ida y vuelta! ¡Que tenemos que darle al ganado, hombre!

Pelayo se mordía los labios por no disgustar a su madre, aunque sabía que la culpa era de su hermano por no disimular, y ya en varias ocasiones. Era por no disimular que no estaba en el pasto, de pastoreo por las cañadas, cuando se había marchado al menos varios días enteros de algunas semanas a otear otros firmamentos.

—Que he pensado casarme... Que... ya lo hemos hablado...

—¿Así, sin más...?, ¿sin saber quién es ella ni quiénes son sus padres?

—Ya los conozco, madre. Son buena gente...

—¡Buena gente!, ¡buena gente! Para ti todo el mundo es buena gente.

Tierra de buena arcilla. El océano Thetys surcaba por el litoral bordeando la tierra de Avalonia hasta llevar las espumas a los pies de un acantilado de arcilla marrón. Era un acantilado sembrado de diminutos e irisados granillos de cuarzo junto a otros oolitos de rojo óxido. A su izquierda y a lo lejos, la cal se iba derritiendo lentamente por las grietas de una montaña hasta penetrar por una gruta alargada y socavada de la que descolgaban, a su paso, estalactitas y estalagmitas de retorcidas formas. Por la cima cerril, y algo en pendiente, algunas charcas, formadas por el alto oleaje de los mares, estaban surcadas por microalgas de diatomeas que, alteradas, buscaban uniones entre sí a través de filamentos parduzcos, pigmentados del marrón de la tierra arcillosa. Casarse y crecer. Reproducirse a través de filiformes tubos y anudarse a través de células hasta formar un alga pluricelular.

—¿Y ese sonar que se traen las campanas de la ermita de la Quiana? ¿Lo habéis oído?

—Se casa Pelayo, el hijo de Martina, con una de Paluezas. Ayer estuvieron cantando y bebiendo por las bodegas. Dicen que ella tiene tierras por allá y que, quizá, no vuelva tan a menudo. ¡Mucho rebaño! ¡Tendrán que repartir entre los hermanos o vender!

Así hablaban dos vecinos de San Adrián que iban de vuelta con los haces de hierba.

—Pues va a ser boda y reboda, que pasado mañana es Nuestra Señora y, con estos calores, está más para ir de procesión que para el trabajo.

—Yo llevo el palio y mi Agustín, de monaguillo, que se estrena en el oficio.

Los ágiles pies aleteantes de un nomo del bosque, el *hylonomus*, se apresuran a escarbar un cuenco de arena donde ha depositado unos huevos envueltos entre diminutos cristales de cuarzo, entre las ramas de un helecho y el agua estancada. Han caído algunos insectos que deben ser apartados con el hocico de la hembra. Feliz en este afán, de pronto, la tierra se estremece en varios golpes. El reptil macho se acerca. Al son del látigo del suelo de Avalonia, el agua sube. Sube hasta crecer y hacer inmediatamente desaparecer los límites iniciales del paritorio.

*Huir..., sí. Tengo que deslizarme con mis hijos a la otra orilla. Cavar..., y cavar. Tengo que morder y cavar. Bulle el agua. Aún sé nadar. La piel se ensancha. Arde. Se separa...*

Inútil perseguir a los huevos que se alejan por las ondas. El arenoso cuenco del nido se ha vuelto un gran estanque de aguas calientes. Suben los peces y, entre la violenta sacudida de un géiser, un insólito pez en busca de comida ha quedado horadado y quemado dentro de la cáscara oval de un feto de reptil *hylonomus*, Son estos los hijos que van a la tierra de la caliza marrón, de la arcilla, de la arena y del cuarzo del norte de Gondwana o del sur de Laurasia.

—Se llama *El duende de los balcones*.

—Pero, ¿qué es eso? —El tataranieto de Elbina y Pelayo creía que le hablarían de nuevo de sus antepasados, de sus abuelos y bisabuelos, pero no cuentos que le diesen respuestas al calentamiento global, a la conservación de las especies o al cambio climático. La abuela parecía preferir entretenerle—. ¡No, ahora cuentos no! ¿Y por qué *El duende de los balcones*?

—Bueno, es que este era un nomo raro, de los antiguos, de dos centímetros, de los que ya no quedaban por el mundo. Aunque alto para su especie, era un habitante de la Cueva de los Moros, pero cansado de la emigración. No podía acudir a las casas por la noche como... si fuese trasgo. Las viviendas estaban aisladas..., muy aisladas, y los habitantes, alejados del lugar en el que él todavía vivía. Con la emigración a las grandes ciudades, desde inicios del XX, los bosques se quedaron sin gentes y, el duende sufría por estar más solo que nadie. Para los pies de un nomo es casi imposible no tardar varias semanas o meses en llegar a una ciudad. Demasiados peligros: aguiluchos, búhos, gorriones hambrientos... No se podía contar ahora con la ayuda de las alas de los pájaros, ni siquiera de una cigüeña.

Tras ese peregrinar, empujado por la curiosidad, por ver qué ocurría entre edificios altos y rascacielos, calzó botas con campanillas, para asustar a los depredadores, y dispuso un hatillo al hombro. Aunque se alegró al ver los edificios rodeados de pequeños trozos, sembrados de césped y de árboles entre las manzanas de viviendas, no parecía que fuese suficiente. Bajo ellos se albergaban cementerios de miles coche-águilas antiguos, —aquellos que había cuando nosotros éramos pequeños. Pero

tú..., no sé si los llegaste a ver...—. El subsuelo se estaba quedando también sin reservas acuíferas. Si el nomo levantaba la vista, veía grandes ventanales, desconchones de pintura y cemento, y multitud de balcones vacíos. Había miles de balcones vacíos y sin plantas. El duende, en su meditabundo deambular, subía como hormiga por las paredes verticales. Escalaba desesperadamente como un hombre araña de un lado a otro, tendía tentáculos transparentes, mascaba y regurgitaba filamentos con tal de hacer una red transparente que le sirviese para algo.

—¿Y por qué? —le dijo el nieto con cara de aburrimiento, mientras la abuela le narraba.

—Subía y subía desesperadamente, y nunca encontraba a nadie. Pero un día, cuando llegó cerca del castillo, una niña lo vio mientras escalaba a la desesperación.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué extraño eres? —le dijo la pequeña.

—Me conoces muy bien, pero tendrás que pensar todavía más quién soy. Este balcón sí que me gusta. He caminado mucho para ver alguno. Se diría que habito en el tuyo.

—Me asustan los duendes y, además, me gustan los árboles y las plantas. Tú eres muy feo.

—No me alimento de hojas ni de leña.

—Entonces ¿de qué te alimentas?

—Del aire. Soy un ser elemental. Solo vivo de aire, del oxígeno, y con ello crezco, vivo y me mantengo siempre en forma. ¿Y tú?

—Necesito oxígeno, pero también agua, plantas, pescado y carne. ¿Y de dónde eres?

—Soy un espíritu de los bosques: un nomo.

—Allí se vive mejor que por nuestra ciudad. Tendrás mucho oxígeno entre los árboles. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—El CO<sub>2</sub>, el anhídrido carbónico.

—Has dicho CO<sub>2</sub>. ¿Y qué es eso?

—Algo que hay que saber atrapar, pero que también exudan los árboles al incendiarse... ¡Uf, me siento mal y me ahogo...! ¿Podrías darme la mano? —le sugirió. Tratando de incorporarlo a la terraza y ayudándole a sentarse al lado de un decorativo tronco de alcornoque hueco, la jovencita le insinuó:

—¿No será que subes y bajas demasiados edificios? Espera... —y cogió una gran hoja de ficus tras una vasija de barro que contenía hiedras y romero—. Espera, que te abanico.

Tras varios minutos, la palidez se tornó en piel rosada y, con la brisa del aleteo, le asomaron dos coloretos a cada lado de sus carrillos y una al centro de la nariz. Parecía más humano por la premura a la oxigenación.

—Sí, ya estoy mejor. ¡Oye! Veo que las tienes todas en cultivos hidropónicos. ¡Me gusta! —le dijo el dorado nomo verde de los balcones.

—¡Ah! Las flores, sí. Eso es hierba limonera; aquí, hay un poco de perejil, y debajo de la hiedra, albahaca...

Y sin querer más molestar, mientras le iba explicando, escapaba a hurtadillas por una de las hilachas que estaban saliendo de sus manos como si fuese un san Genadio. Al darse la vuelta, la jovencita vio con asombro cómo bajaba a brincos entre pared y desconchones:

—¡Oye! ¿Y cómo te llamas? —Descendía maliciosamente por la pared y, con cara de marisabidillo, le contestó a la niña poniéndose el gorro:

—Ya te darás cuenta...

Una gigantesca bocanada del volcán, llamada el espíritu de la sal, derritió la caliza, y el aire, repleto de oxígeno, se encogió. Se formaron densas nubes de un gas blanco y exhalaban un ácido llamado clorhídrico. Con el ácido, las piedras calizas se derritieron. La cal se fue al agua. Y el agua, a las raíces de los árboles, y a la boca de los peces, y a la savia de las ramas; y la savia, a la boca de los insectos; y la cal, a los pies de los corales, que, siendo pétreos, no absorbían ya más elementos calcáreos.

En las lagunas estancadas cubiertas por la cal, se fueron amontonando estratos de cadáveres de árboles, plantas, insectos, ramas, anfibios y reptiles, de los cuales borbotaba de las profundidades calientes un ácido a olor de alcantarilla, olor a huevos podridos, a materia fecal estancada, cuyo hedor bullía y se esparcía con el vapor de algunas fuentes termales. A este espíritu sutil del aire se le llamó gas sulfídrico y fue contaminando el oxígeno como lo había hecho el espíritu de la sal.

Temiendo morir, los árboles hincaban más y más sus raíces para extraer el oxígeno de la tierra, pero el agua, que huyendo de la catástrofe entraba al subsuelo por las vetas, despresurizaba los sedimentos rocosos y hacía salir un gas mortal llamado grisú. Las masas de este gas contenían los espíritus de sus antepasados, de otros helechos más simples, de plantas y de árboles de una primitiva generación extinta, así que las moléculas del grisú, resultantes de los cadáveres de sus ancestros, se unieron a las que se estaban formando para crear una sola masa aérea que ascendiese por el cielo hasta el reino de los cielos.

Thetys, océano que antaño separaba Laurasia de Gondwana, entró en ebullición al disolverse el ácido carbónico en el mar traído por las fuentes, los ríos y los lagos cargados con los seres quemados que habían exhalado al morir el CO<sub>2</sub> enviado al aire. Un CO<sub>2</sub> que luego fue vertido por las nubes de nuevo, caído al agua. Las corrientías arrastraban una inmensidad de cadáveres en descomposición que aplastaban las algas bajo la superficie de Panthalasa; unas algas que ya habían sido ahogadas por el anhídrido carbónico. Thetys contenía una sopa verde, espesa, densa. Por exceso de nutrientes, estaba muerta y producía, en estado líquido, la congelación paulatina del aire y del agua; una congelación que acabaría con una era y daría comienzo a la glaciación.

*Los ágiles pies aleteantes de mis antepasados, los nomos del bosque, los hylonomus, se apresuraban a escarbar cuevas. Puesta su mirada al cielo y con actitud suplicante, rogaban por la supervivencia de nuestra especie. Huir..., sí. Tenemos que deslizarnos con nuestros hijos a la otra orilla. Cavar..., y cavar. Tenemos que morder la tierra y cavar una guarida digna de agua y frutos. ¡Vivir, reproducirse... o morir! Huir... Un sueño que se hizo realidad para mis antepasados los reptiles.*

—¡Abuela! —le cortó el cuento el jovencito, mientras, con un simulador aéreo, viajaba con sus gafas virtuales en un aerobús por una autovía espacial que le llevaba por el Carbonífero a través de las explicaciones de un nomo—. ¡Abuela, pero si todo el mundo tiene edificios y plantas hidropónicas! ¿No ves cómo descuelgan por las paredes, con tal de combatir el cambio climático y el CO<sub>2</sub>? Son edificios inteligentes. ¡No te enteras, abuela! Ahora ya tenemos bastante oxígeno. Hay máquinas captadoras de CO<sub>2</sub>, energía eólica, geotérmica, mareomotriz, hidroeléctrica, solar... ¡Abuela, qué no estás al día! Todos estos años hemos estado renovando el oxígeno. Antes se creía que el oxígeno nunca moría, que no fallecía..., pero ahora... —Agachada la mirada al suelo y con aire de tristeza, la abuela no sabía lo que hacer para sacarle de aquel tipo de automoción fantasmagórica que tenía tras las pupilas—. ¡No te enfades! Preferiría que me hablases de Elbina y Pelayo y de la vegetación autóctona de sus montañas... —Mientras sorteaba las curvas en el espacio por los volcanes y las nuevas cumbres nevadas del extinto Carbonífero, se le iban cayendo los ojillos, a la par que bostezaba.

—¡Oxígeno! Necesitamos calor en el invierno también... Dices, ¿mucho oxígeno? Nunca se sabe... Nunca ha sido suficiente... ¡Estamos a 48 grados...!

## ESCULTURA DE LAURA

Ricardo SÁNCHEZ

*Según Héctor:*

El sol de mi mundo. Hace sólo unas horas que se ha ido y sé que no volverá. Ha sido mi única época feliz y ya no sé vivir sin ella. No puedo volver a mi vida anterior, pero tampoco seguir en una en la que no está.

No nos conocimos de una forma tradicional. Tenía que ser distinto: ella es dieciséis años menor que yo. Cualquier encuentro fortuito habría sido imposible. Y yo no podía confiarle algo así al destino o al azar. Nos encontramos una noche de fiesta. Atractiva y segura de sí misma, los chicos de su edad la observaban con lujuria mientras bailaba. Caderas anchas era lo que más destacaba al contonearse al ritmo de la música, pero lo que me aceleró más el corazón fue su piel de miel y su cara de niña: ojos grandes, nariz redondeada y labios gruesos en su parte central. Durante un segundo nuestras miradas se cruzaron, pero no vio nada interesante y su noche siguió como si yo no existiera.

Lo tuve claro: si había usado esas pastillas otras veces para obtener sexo, sería ahora mucho más ético utilizarlas para conseguir el amor. Esperé a que se emborrachara. No tardó mucho. Pedí dos copas, dejé caer la píldora sobre una de ellas y se la llevé. Me impacienté, y antes incluso de que se hubiera disuelto, ya le había preguntado su nombre. Laura, me dijo. Otra mujer más desconfiada habría rechazado la invitación, pero ella me miró y decidió que no tenía nada que temer. Le regalé una conversación sobre música actual, con datos que había estudiado para poder mezclarme con gente de su edad, y en un descuido de sus amigos conseguí escaparme con ella y llevarla a mi casa.

Solía ofrecerles una última copa de un vino caro, sorprenderlas con el lujo de mi casa y besarlas en la terraza, mientras se deleitaban con las vistas de la ciudad iluminada contra la oscuridad del cielo. Esta vez funcionó como la mejor. La única diferencia era que, al llegar la mañana, no la echaría.

Se lo pasó bien. A la mañana, se disculpó por su malestar mientras intentaba sacudirse los efectos de una droga que no sabía que había tomado. Era evidente que la forma romántica de tratarla, mi estilo de vida y la vergüenza de no recordar la noche anterior le habían hecho perdonar mis imperfecciones físicas. Quedamos en volver a vernos, y desde ese momento no dejamos de hablar. En pocos días, ya estaba irremediabilmente enamorado, aunque me llevó unas semanas conseguir lo mismo de ella.

Poco a poco, me fue contando su vida. Un padre ausente y una madre controladora habían dejado huella; por lo que se trasladó a mi piso. Y conocí la felicidad. A todas horas estábamos juntos. Desde los hábitos cotidianos, como hacer la comida o vestirnos, hasta los viajes que mi situación económica nos permitía, nos sumergimos en un sueño como nunca nadie ha podido vivir antes.

No sé cuándo empezó a cambiar. El sexo, que a los pocos meses se hizo poco frecuente, pasó a ser casi inexistente. Yo sólo lo conseguía tras mucha insistencia, mientras que ella siempre lo recibía cuando lo buscaba; las pocas veces que lo hacía. En una ocasión, tras lo que a mí me había parecido un encuentro apasionado, la vi llorando sola en la terraza. Su respuesta cuando le pregunté fue una felación, con la que consiguió que me olvidara del tema. Tiempo más tarde, descubrió que era una forma de mantenerme contento, y parecía tomárselo como una actividad mecánica, una mala manera de que la dejara tranquila.

Pero ¿qué hacía ella cuando le daba libertad? Esa pregunta empezó a taladrar mi mente. Siempre le dejé que quedara con amigas, aunque no con aquellas que me miraban mal o me parecían una mala influencia. Con hombres, ella sabía que no podía quedar a solas, porque ya me tenía a mí. ¿Acaso yo ya no era suficiente? Acorté su correa, porque la quería.

Empecé a preguntarle a dónde iba cada vez que salía de casa. Sus mentiras eran demasiado evidentes, así que empecé a cerrar la puerta con llave y le quité la suya. Sólo debía salir de casa conmigo. Los pocos ratos en los que estábamos juntos sin discutir valían un mundo para mí, a pesar de saber que ella preferiría estar en cualquier otro lugar; con cualquier otra persona.

Cuando volví a encontrarla en el balcón, con la mirada perdida, supe que algo iba mal. Le hablé, pero no contestó. Corrí hacia ella en cuanto la vi escalar la barandilla, y de no ser porque se resbaló al subir el pie, no habría llegado a sujetarla antes de que se dejase caer. La convencí de que todo mejoraría y ella fingió creerme.

Hasta que llegó este día, quizá inevitable, y que nunca podré borrar de mi memoria. Le dejé elegir una película y escogió mi favorita. Bebimos mi cerveza preferida y, al acabar, volvimos a hacer el amor en el sofá, como aquella primera noche, pero sin el embrujo de las drogas. Nos dormimos abrazados. Cuando me he despertado, ya no estaba. Mi memoria está borrosa, pero creo que sé lo que pasó: ha utilizado para liberarse de mí lo mismo que yo había usado para hacerla mía. No tengo un sueño tan pesado. Lo demás ha sido para ella.

Nunca le pregunté cuáles eran sus sueños; así que no sabría dónde buscarla. No volveré a verla y sólo me quedan unos recuerdos que no me atrevo a evocar. Eso, y la culpa. En los casi dos años que estuvimos juntos, creo que no hice nada bueno por ella. Ahora que se ha ido, no le quedará nada por lo que recordarme.

*Según Carlos:*

La primera vez que vi a Laura, ella estaba agarrada al brazo de ese imbécil. Parecía contenta, hasta que él se fue al baño, y la cara de ella expresó el verdadero aburrimiento y asco que sentía. Tenía pinta de haber cumplido los dieciocho hacía muy poco. Rápidamente me levanté, le dejé mi tarjeta sobre la mesa y me fui. Ella la cogió de forma apresurada, supongo que preocupada porque él la viera.

Empezamos a hablar en los ratos que él no estaba en casa. Yo todavía no lo sabía, pero ella no salía sin él. No me costó demasiado convencerla para que le dejara y viniera a vivir conmigo. Solo tuve que decirle varias veces cuánto la quería, sobrecargarla de halagos y prometerle amor eterno.

Así que la segunda vez que estuvimos juntos, sólo unos días después de la primera, fue para recogerla en casa de ese loco al que no volvería a ver y llevarla a la mía. Ni me imaginaba el error que estaba cometiendo.

Al principio todo iba bien. Mi chalé está aislado, a las afueras de un pequeño pueblo, y eso nos daba mucho tiempo para estar juntos. Además, mi trabajo me permitía estar casi todos los días en casa, así que casi vivíamos en la cama, tal y como yo quería. No sé lo que hacía cuando yo no estaba, aunque sospecho que tiraba su vida con el móvil o viendo la televisión.

No sé cuándo se volvió tan celosa. Siempre tenía que saber dónde estaba, espiaba mi móvil de reojo y preguntaba por mis amigas. Me miraba con cara de odio, y al rato me pedía perdón. Una y otra vez.

El día que llegué más tarde del trabajo y me obligó a enseñarle las conversaciones de mi teléfono para convencerse de que no había estado con otra, decidí que no iba a aguantar un minuto más. Tenía que echarla de mi casa. Tiré sus pocas posesiones en una maleta, arrastré a Laura hasta la puerta entre gritos y la empujé fuera. Se resistió, lloró, suplicó... pero yo no cambié de idea. Golpeó la puerta entre sollozos durante unas horas hasta que se cansó y se fue.

### *Según Marco:*

Había acabado de trabajar y me apetecía tomar algo. Estaba conduciendo de camino a la ciudad cuando la vi caminando al lado de la carretera. Arrastraba con esfuerzo una pequeña maleta mientras lloraba desconsolada. Era demasiado fácil. Paré a su lado y me ofrecí a llevarla hasta la ciudad, donde pensé que viviría. Se montó en el coche antes de decirme que no tenía adónde ir. ¡No esperaba pillar esa noche!

La invité a tomar algo para que se tranquilizara y fuimos al primer bar que encontré. Tuve que aguantar que me contara su historia, que fue demasiado triste para la noche de fiesta que yo esperaba. No entiendo cómo alguien pudo echar de su casa a una chica tan guapa. Algo joven para mi gusto, pero necesitada de consuelo y un lugar para dormir.

Mientras pensaba cómo tirármela, su mirada transmitía casi hasta amor. Demasiado cariñosa con alguien que acababa de conocer; demasiado pegajosa. Yo le conté anécdotas que me hacían quedar bien: más masculino, más romántico, más fuerte. De ahí, ella extrajo cosas que teníamos en común y pareció imaginar una vida juntos: niños, una familia, hipoteca y rutina. Me pegaría un tiro.

Con sólo dos cervezas consiguió el valor para pedirme que la dejara dormir en mi casa. Dijo que sólo necesitaba un sofá. Así que nos fuimos. Al llegar, en cuanto cerramos la puerta, la lancé contra el sofá y empecé a besarla. Creo que entonces entendió que no queríamos lo mismo. Fue un buen polvo, aunque no de los mejores.

Me habría gustado más movimiento y compromiso por su parte. No sé si disfrutó o sólo lo hizo para tener un sitio en el que pasar la noche. Al acabar me fui a dormir a mi habitación. No pegué ojo porque estuve oyendo su lloriqueo hasta que amaneció.

A la mañana siguiente salí al salón y ella seguía ahí, durmiendo. O haciéndose la dormida. No me hacía gracia la idea de tenerla por casa, así que me inventé que tenía que prepararme e ir a trabajar y la eché. En general, diría que fue una buena noche.

*Según Ricardo:*

Un día entré a desayunar a una cafetería nueva y allí trabajaba Laura. No sé cómo aceptó darme su número, quedamos y seguimos hablando. No he dejado de pensar en ella desde entonces. Con el tiempo empezamos a salir. No parecía un gran paso para ella, pero lo fue para mí. Intentaba tratarla bien y que viera más allá de mis defectos, porque la veía como algo demasiado bueno para mí.

Hago todo lo que puedo por ella y creo que está siendo suficiente para que se quede conmigo. Ella quería tener un hijo y aunque yo no, ahora está embarazada. Hace unos meses que vivimos juntos. Los dos tenemos buenos trabajos. Le he presentado a mi familia. Pero de alguna forma parece que sigue sintiéndose sola. Creo que quizá no confíe en mí. Puede que vea que estoy esforzándome mucho, y eso la haga sentirse en deuda, o pensar que me cansaré y la dejaré. Eso no va a pasar.

Si menciono a alguna mujer, puedo ver que se le comen los celos. Por eso intento no pasar tiempo con otras mujeres. Creo que, si quieres a alguien, es un precio que puedes pagar por hacerle feliz. Mis amigos me llaman calzonazos.

Hace poco hemos hablado de nuestras parejas anteriores. Yo tenía poco que contar, más allá de unos meses con una chica que me dejó por alguien con más dinero. Su historia fue desoladora y tuve que pedirle que parase. Si piensa que yo puedo ser igual que los demás, nunca podré hacerla feliz.

Últimamente creo que las cosas han mejorado. Está más cariñosa y tranquila. Ya no me interroga tanto ni me mira con desconfianza. Me encanta observarla mientras camina por nuestro piso. Cuando está contenta, se pasea con una sonrisa que me contagia sin siquiera mirarme. Ahora viene y me da un abrazo, que parece que durará para siempre. Me dice que está cansada y desaparece hacia la terraza.



## PUTAS Y MOSCAS

Marina PANIAGUA BLANC

Era la sexta entrevista de trabajo que hacía ese mes. El mismo traje, la misma corbata y la misma cara de imbécil complaciente. Había enviado tantos currículos que ni siquiera sabía de qué era el trabajo. Llegué un par de minutos antes de la hora y me senté en una sala junto al resto de idiotas. Éramos como presos en el corredor de la muerte, esperando dócilmente a ser ajusticiados (poca experiencia, demasiados años, sobre cualificado...). No cumplíamos el perfil porque, al parecer, hay gente tan inteligente como para deducir quién eres a través de las cuatro mentiras que caben en una hoja de papel y una conversación rápida. Con un poco de suerte uno o dos de los idiotas recibirían el indulto del tipo de recursos humanos. Un indulto que consistía en trabajar a destajo por un sueldo miserable.

La entrevistadora era una joven a la que le doblaba la edad. Vestía una falda gris y una fina blusa blanca que dejaba intuir unas buenas tetas. Como en todas las entrevistas comenzó hablándome del tiempo para crear un clima afectivo. Algo bastante absurdo a mi parecer ya que nunca esperaban a escuchar la repuesta. Después las tres o cuatro preguntas de siempre: ¿Conoces nuestra empresa? ¿Por qué crees que eres el indicado para realizar este trabajo? ¿Cuál es tu mayor defecto? ¿Qué disponibilidad horaria tienes?... Para finalizar el ritual te aseguraba que te llamarían para darte una respuesta. Salía con la sensación de haber conectado con la entrevistadora, de haber tenido *feeling*. Esos cabrones habían sido entrenados para parecer que te sintieras seguro de ti mismo, para que pensaras que esa llamada llegaría en pocas horas. Nunca sucedía.

Llegué a casa y mi mujer ya estaba allí, vestida con una vieja bata de felpa que olía a bayeta mojada.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

—Bien. Creo que me llamarán esta vez.

—Oh, estupendo. ¿Por qué no preparo una buena cena para celebrarlo?

—No está bien vender la piel del oso antes de cazarlo.

—Pero seguro que te llaman. — Sonrió con su enorme boca embadurnada de carmín hasta en los dientes.

Me dieron ganas de pedirle que dejara de sonreír, que me irritaba. Le devolví la sonrisa.

—Vamos —insistió—. Ve a comprar un buen vino y yo preparo algo rico.

—Está bien, pero tardaré un rato. Tengo que pasar por casa de mi hermano y también por el taller para que me arreglen el cambio de marchas. Está volviendo a fallar.

—Ese maldito cambio siempre está estropeado. Pero no importa, tú haz lo que tengas que hacer y no olvides traer el vino cuando regreses.

—Necesito algo de dinero para lo del taller.

Mi mujer sacó la cartera del bolso y me extendió cuatro billetes de cincuenta euros.

Conduje despacio hasta un centro comercial de las afueras. Compré dos botellas de un buen vino, cigarrillos y unas flores que me parecían perfectas para la ocasión. Al salir de allí tomé la primera salida de la ciudad y conduje unos diez minutos hasta un club de carretera llamado *La casa de Jezabel*. Agarré una de las botellas de vino y las flores.

—Buenas tardes. —La dueña del local era una mujer mayor que desprendía un fuerte olor a ginebra—. ¿Lo de siempre?

—Sí.

Me sirvió una cerveza. Pagué sesenta y tres euros.

—Habitación 6. Subiendo las escaleras tercera puerta a la izquierda. Le está esperando.

Di un buen trago a la bebida y subí. Joanna estaba tumbada en la cama con un bonito camisón negro de encaje. Olía a vainilla.

—Hola cariño —dijo con su precioso acento brasileño. Llevaba casi quince años en España y aún no sabía hablar bien nuestro idioma.

—He traído esto. —Le entregué las flores y el vino.

—¡Oh! Son preciosas. —Dejó las flores a un lado y, como no teníamos con qué abrir el vino, empujó el corcho hacia dentro con unas llaves. Me quité los zapatos y me tumbé junto a ella. Ella me rodeó con sus infinitas piernas mientras me acariciaba el pelo. Hacía tiempo que Joanna y yo no follábamos, solo nos acurrucábamos y hablábamos. A veces le manoseaba los pechos mientras charlábamos; me parecía inapropiado ir de putas y no tocarlas. Me parecía un delito despreciar aquellos pechos. Yo le contaba mis problemas matrimoniales, mis desasosiegos profesionales y mis inquietudes personales. Ella me hablaba de su madre y de su hijo, que vivían en Brasil, de algunos clientes maleducados, de su llegada a España y de la necesidad de salir de este país. Joanna quería abrir una peluquería. Es increíble la complicidad que se llega a alcanzar con una desconocida (o ya no tan desconocida). Era como un psicólogo. Costaba lo mismo y ayudaba incluso más. ¿Pero qué digo como un psicólogo? Era mejor: el *quid pro quo* de información lo convertía en algo mucho más humano. Un psicólogo escucha tu mierda, te da consejos generalmente inútiles, te cobra y se pira. Joanna me escuchaba, rara vez opinaba y me pagaba abriéndome un pedacito de su alma. Ni siquiera sabía su verdadero nombre.

—Hoy no puedo quedarme mucho. Mi mujer quiere cenar conmigo para celebrar un posible nuevo empleo.

—Eso es maravilloso. ¿Tienes trabajo?

—No, solo he ido a una entrevista, pero mi mujer cree que me pueden contratar.

—Confía mucho en ti.

—¿Eso es bueno?

—Es mejor que no lo haga.

—En el fondo me da igual su confianza. Y creo que ella lo sabe.

Joanna nunca decía nada sobre mi esposa, pero creo que de alguna manera empatizaba con ella por ser mujer. Aunque no hablase sobre ello sabía que Joanna no apoyaba la infidelidad. No le explicaba las cosas directamente, pero ella

había atado cabos y era consciente de que yo era el cerdo infiel que se iba de putas con el dinero de su esposa, que confiaba plenamente en que estaría en el taller arreglando el coche por enésima vez.

—Me cabrea que sea tan idiota —proseguí—. ¿Cómo puede haberse creído que el cambio de marchas se ha vuelto a romper? A estas alturas le habría salido más barato comprarme un coche nuevo.

—Quizá no es tan idiota.

—¿Quieres decir que lo sabe?

—¿El qué?

—Que la estoy engañando.

—¿Te importa?

—Pues claro. Es mi esposa.

—Cierto. Disculpa. Entendí que no te importaba que confiase en ti o no. Aún no hablo bien el español.

Joanna también parecía idiota. Todas mis mujeres eran idiotas. Charlamos un poco más sobre su familia y una reyerta que había tenido mientras acabábamos la botella y el tiempo.

Me fumé un cigarrillo en el portal para disimular el olor a vainilla y para evitar subir en el ascensor con doña Remedios, una maruja cincuentona de esas que miran a todo el mundo como si midiera lo mismo que un gólem, pensara lo mismo que un gólem, actuara como un gólem y sintiera como un gólem. Al entrar al portal doña Remedios todavía estaba allí (parecía que también se movía a la velocidad de un gólem). La saludé y subí rápidamente para sujetar la puerta del ascensor. Ella entró con aire ufano y apretó los botones de su piso y el mío.

—El tiempo está cambiando —dijo con voz áspera.

—Sí, parece que se está nublando.

—Mi rodilla siempre me advierte de estas cosas. Seguro que esta misma noche o mañana llueve. ¡Ay, mi rodilla! —siguió con su disertación sobre el tiempo y la relación con la osteoporosis. Una mosca se posó sobre su mejilla izquierda y ella trató de apartarla sin mucho éxito mientras hablaba. El insecto continuó rondando alrededor de su cara. Esta vez aterrizó junto a su ojo y comenzó a succionar con su alargada

trompa el sudor que se encontraba en las patas de gallo de la señora. Me pregunté si el insecto sería capaz de oler la osteoporosis o simplemente le gustaba el sabor del sudor de cincuentona rancia. Era un espectáculo fascinante. Doña Remedios sacudió nuevamente su huesuda mano repleta de anillos para espantar al animalito. Me quede observando el surco en el que se había posado un instante antes y me pareció ver la marca de las diminutas patitas de la mosca. ¿Quizá pasaba eso con los gólems? ¿Quizá, al no ser realmente humanos, al no tener autentica piel, se les marcaban las patitas de las moscas en sus cuerpos como si fueran de arcilla o de barro? —Me alegro de verte. Saludos a tu mujer.

—De su parte, doña Remedios.

Salí del ascensor dejando en él a la señora y a la mosca, o eso creía yo. La mosca estaba en el rellano de mi escalera y me rondaba la mano en la que llevaba la botella de vino. Había otra mosca sobrevolando mi cabeza y otra en el halógeno. Quizá doña Remedios desprendía tanto olor a arcilla osteoporótica que había llenado el edificio de moscas.

Giré la llave lentamente y, al abrir la puerta, otra mosca salió del apartamento. Todo el piso estaba lleno de moscas. Caminé despacio hacia el salón y junto a la escalera encontré el cuerpo inerte de mi esposa rodeado de aquellos insectos insaciables.

El hedor de la putrefacción era nauseabundo, pero aún se podía percibir un ligero aroma a bayeta mojada. Me paré frente al cadáver y observé minuciosamente la escena.

El cuerpo se retorció armoniosamente a lo largo de los últimos peldaños de la escalera de caracol acompañado del cinturón rosa de la bata de felpa que se enroscaba alrededor de sus piernas recién depiladas (debió pensar que tendríamos sexo esa noche); la bata completamente abierta mostraba su cuerpo flácido y arrugado. Resultaba casi elegante, como si se tratara de un baile macabro de posturas sinuosas; La cabeza reposaba sobre el último escalón mientras sostenía el resto del cuerpo sobre un endeble cuello visiblemente quebrado bañado por un charco de sangre que empezaba a coagularse. Un delgado hilo

de saliva le colgaba de sus gruesos y embadurnados labios a la par que una mosca inusualmente grande y brillante devoraba obsesivamente su carmín fucsia.

Me senté en el sofá, abrí el vino y encendí otro cigarrillo. Me sentía tranquilo, aliviado. Me acerqué de nuevo al cuerpo y le di un golpecito con el pie. Se tambaleó toda ella, sus piernas, su cuello, su bata y su fofa figura. La mosca se aferró con fuerza al carmín de sus labios y succionó aun con más ahínco.

\*\*\*

La gente decía sentirse triste, pero aquello parecía una fiesta: la policía, la familia de mi mujer, mi familia y nuestros vecinos reunidos en el salón de mi casa mientras se producía el levantamiento del cadáver. El forense tuvo que esforzarse para apartar la mosca amante del carmín. Mi suegra, en un último intento de decencia para el cuerpo putrefacto, anudó decorosamente la bata rosa de felpa antes de que lo cubrieran con la sábana. Todos lloraban, se abrazaban y se daban condolencias. Me habría gustado compartir su tristeza. Dos policías me llevaron a otra habitación para interrogarme.

—Sabemos que no es un buen momento, pero es necesario que le hagamos algunas preguntas.

—Lo entiendo.

—¿A qué hora llegó a su casa?

—Sobre las diez de la noche.

—¿De dónde venía?

—Fui a comprar vino para la cena.

—¿Puede decirnos como descubrió a su esposa?

—Había moscas por todas partes, incluso en el ascensor. Cuando llegué a casa ahí estaba, tirada al pie de las escaleras. Llamé enseguida.

—¿Cómo se sintió?

—Mal.

—Su mujer lleva horas muerta. ¿Ya estaba muerta cuando usted llegó?

—¿Qué quiere decir?

—Dice haber salido a comprar vino para la cena, pero cuando llegó a casa su mujer ya llevaba horas muerta. ¿Dónde fue a comprar el vino?

—Al centro comercial de la salida 113.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera de casa?

—No lo sé. No vine directo. Estuve dando una vuelta por ahí.

—¿Puede ser más específico?

—No. No lo sé. Por ahí. En el coche.

—¿Intentó reanimarla? ¿Le practicó la respiración artificial? —«Ojalá alguien se la hubiera practicado. Se merecía un último beso». Pensé en aquella mosca succionando con pasión los labios de mi esposa.

—No.

—¿Recuerda algo más?

—El olor. El olor del cuerpo de mi esposa desintegrándose. Toda la casa olía (y huele) a muerte, a carne en descomposición. —y a bayeta mojada. —Supongo que es lo que atrajo a las moscas. Eso es lo que recuerdo del momento en que la encontré: hedor y bichos. Esa es la última imagen que tengo de mi mujer, que voy a tener el resto de mi vida.

No sé si me creyeron, si sintieron compasión, asco o simplemente habían terminado su trabajo, pero se despidieron y se fueron. Poco a poco, todo el mundo abandonó la casa y me quedé solo. Cogí el teléfono y marqué su número:

—¿Joanna? Tengo un rato más esta noche.



## CRISTALES EN EL VACÍO

Daniele ARCIELLO

*A mia nonna Carmela*

Un sapo en la arena, el vacío en un estante, un bolígrafo sin tinta. Los primeros días de mi nueva vida en León los sentía así. Las piernas perdían sus ganas de cruzar el umbral de aquel piso sombrío y se aflojaban cada vez que volvía de haber hecho la compra en ese supermercado tan famoso y barato, ¿cómo se llamaba? Solo recuerdo ese enorme letrero verde y lo mucho que lo glorificaban sus numerosos clientes. Otro país, otros fetiches, supongo. Ya en mi habitación, el olor a viejas colillas y moho me entretenía o, más bien, se reía de mí cuando abría la ventana para intentar huir de aquellos compañeros insufribles. Tumbarme en la cama era la cumbre de mis jornadas. ¿Dar paseos? ¿Para qué? Además, me reconfortaba la suavidad de las almohadas españolas. Más grandes que un *cuscono*, te abrazan con indulgencia.

En esos momentos rememoraba lo que había dejado atrás. El recuerdo más vivo de mis raíces eran los ojos mojados de mi abuela; tras ellos, leía lo que ella se imaginaba: tarde o temprano, iba a morir en una guerra sin nombre, con un bolso lleno de comida preparada con cariño en una mano y la bandera italiana en la otra. Franco revivido y yo besando el suelo por fusilamiento arbitrario. Me parecía una visión graciosa. En el fondo, lo que sentía mi abuela no se podía compartir con ladrillos descoloridos y aceras grises de esa ventana nórdica a la que asomarse desde la terraza enorme e inútil del apartamento. Aquellos ojos no merecían acariciar mi memoria en un lugar tan ajeno a su dueña, lejos en el tiempo y en el espacio.

Ojos... desde una edad ridículamente joven, esas esferas blancuzcas buscaban amparo en el regazo de la transparencia polvorienta de mis gafas. Si me las quitaba, el mundo se me hacía borroso y, como si me hundieran en una fuente, no podía

ni siquiera seguir los discursos que voces indistintas formulaban, en una guerra sin cuartel con mis oídos. Yo sonreía incómodo y asentía fingiendo complacencia, mientras mi mente no estaba dispuesta a hacerles caso, rehusaba participar en los ruidos del mundo e invitaba a mis ojos a ese convite del olvido sensorial, que tanto me aliviaba. En el breve lapso de tiempo que transcurría del bajar las gafas despacio para limpiarlas con un pañuelo de papel barato hasta ponerlas otra vez en mi nariz, la isla diminuta que emergía del suelo levantaba matorrales y palmeras invisibles, vigilando mi soledad o tal vez riéndose de lo ridículo que debía ser mi mirada al vacío.

Yo los veía, pero no los veía.

—Estás mucho mejor sin gafas, ¿por qué no te las quitas?

«¿Y tú por qué no te quitas esa cara de compasión barata?» es lo que mis entrañas me impelían a decir, pero me faltaba valentía. Tal vez estuviera arrinconada en algún recoveco de mi cerebro la ira que me fuera útil para echárselo todo a la cara a esos guardianes del buen humor, para desahogarme por fin y para que conocieran la insensatez de sus juicios estéticos. Porque vamos, había formas menos hipócritas de decirme lo muy marginado que era. Sabían que mirar fijamente los lazos de mis zapatos o contemplar las burbujas que tímidamente salían del vaso de plástico, en que reposaba una bebida arrogante y sucia, eran señales bastante evidentes de que no quería relacionarme con nadie, sino hundirme en el suelo pegajoso o evaporarme como esas burbujas. Dios, ¡cómo odiaba aquellas fiestas italianas! Pero mi padre quería que las presenciara para recordarme lo extrovertido que era mi hermano Arturo y sus habilidades para hipnotizar a toda chica que cayera en su trampa de embaucador de barrio.

—Deberías tomarlo como ejemplo, mira cómo sonrío. ¡Tú casi pareces un espantapájaros con gafas!

Por una vez dio en el blanco: un espejo en la pared a mi lado me devolvía la imagen de una parodia de hombre. La camisa desteñida, la chaqueta azul... hasta los botones intentaban encontrar una armonía de formas y colores conmigo, pero más bien me daban la impresión de querer escaparse de mi

cuerpo y envolver a otro chico más interesante. ¡Maldita sea, espejo! ¿No bastaba con depender de dos cristales, tú también te mofas de mi torpeza? Maldita sea...

Lo más absurdo de todo fue la cara de asombro con la que mis padres contestaron a mi propuesta de marcharme a España y emprender una carrera que para ellos era lo más inútil en el mundo: filosofía.

—¿Es que no te interesan los negocios? ¿Acaso te gusta vivir como un fracasado hasta que nos cansemos de ti y te echemos de nuestra casa?

Y probablemente iban a mencionar lo inteligente y eficiente que era mi hermano, pero en aquel momento ya mi mente se alejaba de esa eterna comparación con el Apolo de la casa y empezó a buscar recuerdos, pensamientos o cualquier otra cosa que me hiciera aguantar la bronca. Mi abuela fue la única que no despreció mi elección. O por lo menos así interpreté su mirada silenciosa: me recordaba a mí, cuando una vez vi a unos chicos que perseguían a un obeso y sudoroso estudiante de secundaria y no pude o, más bien, no quise intervenir. El chico me echó la misma mirada de enfado que la suya. Ambas parecían dirigidas más contra ellos mismos que contra lo que yo solía definir como las injusticias del mundo, aunque en realidad se trataba de circunstancias causadas por mi cobarde deseo de sobrevivir. Tal vez fuera por eso que quise demostrarme a mí mismo que valía algo más, que la frase «es que no quiero que se rompan mis gafas» ya no valía de excusa en otro país, aunque consistiera únicamente en vivir como un recluso durante quién sabe cuánto tiempo. Así, aparte de la cara asqueada que puso mi madre al entregarme dinero antes de marcharme, mi abuela mirándome enigmática fue la única imagen que acompañó mi viaje. Hasta su desconfianza por todo lo que esté fuera de la línea imaginaria que trazó para cercar la casa y la huerta de su morada me afectó mucho, y coincidió con mi instinto de reclusión. ¿Cómo matar el tiempo? Recurriendo a otro cristal, esta vez con píxeles y mando: convencido de que iba a encontrar algo que me entretuviera un buen rato, apreté el botón de encendido y... otra decepción. Un programa educativo

sobre los cuadros religiosos que representaban al demonio y sus intentos de conducir al hombre a cometer crímenes y pecados. «Como si al ser humano le hiciera falta que le llevaran de la mano para merecerse castigos eternos», pensé, mientras recordaba los acosos que sufrí durante años y esas horas de catequismo juvenil que aliviaban mis tardes insulsas con lecturas sobre el rescate final de los afligidos.

Ya mi pulgar estaba a punto de condenar a la nada aquel muermo sin posibilidad de redención, cuando me llamó la atención un cuadro italiano, de un autor que no me sonaba de nada (bueno, diría que, en general, a casi todos los artistas los desconozco por completo): llevaba gafas. Fue un descubrimiento asombroso. Una entidad, que tenía el poder de manipular a otros seres y que no le tenía miedo a nadie, se ponía anteojos. Apagué la tele con esa imagen grabada en mi mente, donde paulatinamente se deslizaba en mis pensamientos, hasta sentarse soberbia en una suave butaca de reflexiones turbias e intrigantes. El animal cornudo me sonreía complacido por ser acogido tan amablemente y haber encontrado a lo mejor un alma dispuesta a hacer caso a los murmullos seductores que sitiaban mis sentidos. Me acosté tarde después de leer unas páginas de un libro que compré sin ganas. Decidí consagrar aquella jornada como el día universal del aburrimiento.

A cambio, la noche fue bastante más interesante. Me encontraba en un cuarto a oscuras. Solo el centro estaba alumbrado por un rayo de luz, que me permitió ver un pedestal de mármol negro con, encima de él, un cojín rojo carmesí y, por supuesto, un par de gafas. Me parecían de oro, aunque no brillaban mucho. Eran de un metal que más que resaltar la luz, la absorbía. Yo no llevaba nada en mi tabique, y mi estado de incómoda desnudez podía solucionarse solo poniéndome esos anteojos. Justo en el momento en que me pareció ver algo más en el cuarto con mi nuevo accesorio, la cabeza empezó a latir y me agaché por el dolor, apretando los dientes hasta que desvaneciera el malestar atroz que sacudía todo mi cuerpo. Cuando por fin conseguí reponerme, vi que había una puerta en una de las paredes entregadas a la oscuridad. Sus contornos

fueron difíciles de notarse y me costó bastante encontrar la manija y abrirla. Cruzando el umbral, me di cuenta de que estaba en el comienzo de un pasillo larguísimo, casi infinito, con una serie de puertas en cada lado. Había luces tenues y rojizas por las paredes.

—Ven, acércate.

Las palabras que flotaban en el aire (¿o estaban en mi mente?) eran viscosas, casi un ruido molesto, pero me atraían, seducían mis oídos y, aunque todo lo que estaba pasando debía de ser una pesadilla por haber cenado demasiado y demasiado tarde, acatar esas palabras me parecía lo más lógico del mundo. No me había fijado antes en que algunas puertas estaban entreabiertas, y otras abiertas de par en par. A medida que avanzaba, no pude evitar echar un ojo a una habitación en el lado izquierdo, atraído por un canto infantil que salía del hueco oscuro que la puerta dejó ver. Parecían niños felices por la canción que salía de sus boquitas, y lo confirmé: sonreían satisfechos mientras rodeaban un palo que me pareció de hierro. Mirando mejor, vi que colgaba de aquella vara un chico que no parecía compartir la euforia jovial de los chiquillos. Y no tendría motivo por hacerlo, presumo: las manitas que daban vueltas alrededor de él sujetaban pedazos largos de sus entrañas sangrientas, y sus sonidos de dolor seguían el compás de las zapatillas que danzaban en honor de su sufrimiento. Me maravilló reconocer en las facciones de su cara devastada el gordo con gafas atormentado por sus compañeros de clase. «Menuda justicia», pensé. «Bueno, aquí por lo menos no se peca de incoherencia».

Seguí adelante, con el afán de ver más espectáculos que me deparase mi anfitrión desconocido. Me dio la impresión de que el entusiasmo de aquellos críos me había contagiado y, a pesar de lo vergonzosa que mi reacción pudiera ser, empezaba a disfrutar. A la derecha vi que la puerta estaba completamente abierta y daba paso a un saloncillo que me recordaba mis años de infancia. De repente vinieron a mi memoria los momentos felices que pasaba en aquel cuarto tan íntimo y acogedor con la madre de mi madre. Mis ojos detrás de los cristales estaban a

punto de ceder a la conmoción, cuando se enjugaron enseguida y mi rostro se deformó en una mueca de rencor y desdén cuando divisé en el fondo de la pequeña sala la silueta de Arturo. Al parecer, ni siquiera consideró digno de nota el estar presente en mi sueño, ya que seguía leyendo uno de sus tan aburridos libros sin levantar su cabeza, cómodamente sentado en mi sofá favorito. Pues bien, lo fastidió todo otra vez estropeando mi diversión, como estropeaba mis gafas cuando éramos niños. Lo hacía por cualquier bobada, a veces tampoco necesitaba buscar una razón para partirme la cara y reírse de mi nariz sangrante. Mi hermano, el campeón, modelo de virtud y ejemplo para sus coetáneos, en su casa era un jodido sádico. Esos brazos suyos, que usaba para presumir de paladín y protector de los débiles delante de los ojos extasiados de sus amigas, cuando estaban rodeados de paredes hogareñas se transformaban en instrumentos de tortura.

—El libro lo puedes leer después. Ahora mírame, io seré yo quién te dará la lección de tu vida! —No tenía ni idea de dónde albergara en mí el valor que forjó aquellas palabras tan amenazadoras. Por lo menos, sirvieron para convencerle a que me contestara—: ¿Verte? ¿Y para qué? Siempre has sido una decepción para todos, un inepto como tú ni merece ser observado. Además, hermanito, no podría, aunque lo quisiera.

La última frase la pronunció con un cambio de tono que a mí me pareció venir de un ser afligido y cansado. Finalmente, bajó el libro y entendí lo que quería decir con sus desanimadas palabras: sus ojos los había cosido una mano recia y descuidada, de tal forma que de unos agujeros había manado un poco de sangre ya coagulada y seca. «Qué raro», pensé. «Me duele ver a ese monstruo de falsedad sufrir una merecida pena y no me daba lástima el pobre chico rollizo. ¿Acaso la sangre, por mucho que esté envenenada, establece un vínculo más fuerte que la empatía que se crea entre seres que comparten los mismos sufrimientos?». Me di asco a mí mismo: iotra vez mi hermano estropeándolo todo! Y ni siquiera advertía el alivio de costumbre, cuando suelo echarle toda la culpa de mis errores y fracasos a él. A él y a mis padres.

—No te detengas, sigue, ya casi estamos.

Llegué a un portón en el centro, con variadas imágenes demoníacas entalladas en la madera de la que estaba compuesto. Lo abrí no sin esfuerzos, pero enseguida me arrepentí de haberlo hecho. En la penumbra vislumbé a una masa amorfa de la que salían docenas de brazos y piernas negros, que culminaba con dos caras igualmente desagradables: mi papá y mi mamá, por supuesto. Ya no faltaba nadie. Pronunciaron mi nombre, y así pude reconocer al fin la voz que no conseguía expulsar de mi mente desde que me adentrara por esos pasillos.

—Ven hijo, te hemos regalado aquellas gafas para que puedas ver lo que se esconde detrás de las cosas. Lo hicimos para que no tuvieras más miedo. O al revés, para que el terror te acompañe toda tu vida y te haga más precavido y espabilado. Da igual, lo que cuenta es que se trata de un gesto de amor, que solo unos padres amorosos pueden hacerle a un hijo como tú. Además, ¿no ves cómo te sientan bien? Estás a la moda ahora, hijo, ya no necesitas envidiar a tu hermano. Ahora ven, descansa en nuestro cálido abrazo.

Y como una Kalí obscena, la multitud de extremidades se abrieron, para que me dejase rodear y estrechar con cariño.

—Antes morir que permitiros tocarme. —Pero ¿no lo entiendes? Es que ya estás muerto y este es el infierno que te asignaron. Tus miedos, tus recuerdos, y sobre todo tus remordimientos serán el nuevo hogar de tu alma atormentada. Lo de irte a España ha sido una locura, una huida inútil: no lograste quitarte de encima el peso de tus acciones y al final has abandonado una existencia tan afligida para vivir tu infierno personal, que es mucho más interesante y entretenido, ¿no te parece? Y tienes un par de gafas nuevas, ¿qué más quieres? Ven, ahora, descansa un rato.

¿Qué podría hacer? Frente a una verdad tan inquebrantable, no quedó otra. Puse las gafas en el mostrador al lado de la puerta, cerré los ojos y los infinitos brazos me envolvieron, mientras me estrechaba al eserpento familiar.

\*\*\*

Mi entierro es bastante bueno, han acudido muchas personas. Está toda mi familia, naturalmente. Incluso mi abuela, lloriqueando y musitando siempre lo mismo: «Se lo dije, se lo dije». Creo haber reconocido la cara del gordo con gafas, con su traje negro que anhela huir de aquella bola de sebo en la que se ha convertido.

No, un momento, no puede ser él. Recuerdo que, en uno de mis excesos de ira, cuando volví a casa después de que una chica me diera calabazas por decimoquinta vez, el cuerpo rollizo de ese chico me pareció un medio de desfogo perfecto. Tuvo la mala suerte de toparse con un frustrado cuyo único anhelo era encontrar a una víctima poco peleona. Ya os dije lo mucho que me gustan las almohadas y los *cuscini*. Pues bien, también me interesa verlos por dentro. Destripar a ese gordinflón me dio una satisfacción incomparable. Entonces, ese otro tiene que ser su hermano gemelo. Creo que puedo entrever desde aquí una media sonrisa en ese triunfo de pliegues de grasa que se supone que es su boca.

Con mi hermano fue más fácil. Jamás sospecharía que su hermanito pudiese inmovilizarlo, coserle los ojos y dejar que se desangrara hasta morir. Parece que leer a Dante por fin me dio más resultados que ser tachado de empollón: pensar en un castigo poéticamente irónico, por muy banal que fuese esa idea, me pareció lo más adecuado para mi venganza. Libres del peso de unas gafas incómodas, sus ojos jamás se fijaron en mis infortunios, pero ahora que las costuras les obligan a contemplar la plenitud de la nada, se asemejan a los míos. Al fin Arturo y yo somos hermanos.

Iba a hacer algo parecido con mis padres, pero necesitaba dinero para fugarme a España. No creo que se percatasen de las dos muertes hasta que el olor de los cadáveres desde el sótano no les llegara a sus presuntuosas narices. Mi única aliada fue la *nonna*. Una noche me pilló cortando un trozo enorme de la barriga del gordo. Bajó al sótano por haber oído algo. Igual porque abroché mal la mordaza que le puse a ese

llorica. Ni supo morir bien mientras le despedazaba. Mi abuela no dijo nada, salvo hacerme prometer que regresaría pronto de España para estar de nuevo con mi familia. No le gustaba nada la idea de mantenerme alejado de ella. Pobre mujer. Está llorando por un sociópata asesino. Por lo menos, su deseo se ha cumplido, aunque quizás no como quería.

Al final, solo me queda una duda: ¿cómo habría sido vivir en el extranjero? Quiero decir, tal vez con un poco de coraje no me hubiera tirado de la ventana (vaya obsesión con los cristales...) y hubiera empezado una nueva existencia. ¿Conocería a gente interesante? A lo mejor ya no recibiría más comentarios sobre mis gafas, pero eso ya nunca podré saberlo.



## PISCINAS DE PROGRESO

Fernando PANI BLANC

El gran día llegó. La tarde anterior confirmaron desde secretaría de Gobierno que el presidente acudiría a la inauguración. Habían pasado más de tres meses desde que enviaron la invitación y, ante la falta de respuesta, incluso el siempre optimista alcalde, don Eusebio, había perdido toda esperanza. «Verga de comunista bolivariano», se airó para sí y despotricó por ahí muchas veces aquellas semanas, hasta que la llamada anunciando la visita lo convirtieron sin titubeos en «el mejor presidente de la historia de la República». Esas fueron exactas las palabras que ordenó decir al *speaker*, don Evelio, para presentarlo durante el evento; y esas mismas fueron las que el alcalde escuchó desde el vestuario de baldosín impermeable que una empresa fina había construido con fondos de cooperación de algún lejano país asiático que nadie recordaba cuál era. Quizás Japón, tal vez Corea. Chinos, al fin y al cabo.

Sobre la tarima construida para la ocasión y no sin problemas en el enjuto espacio, apenas un pasillo ancho que separaba la piscina olímpica, primera en el país, de la pileta pequeña destinada para los niños, el presidente de la República salió y caminó saludando a los muchos vecinos congregados para verlo. Por causa de las estrecheces del espacio y para ahorrarse la vergüenza de los maltrechos caballetes, los operarios del municipio habían insertado los tablones en las hendiduras de la estructura del trampolín de tres alturas, de manera que una extraña simbiosis unía el escenario a la plataforma de saltos, quedando la peana del medio a ras del suelo de la tarima. Y como al mandatario le pareció que era mucha la distancia entre él y el animado público que rodeaba las piscinas, tuvo a bien adelantarse por la tabla del trampolín y decir un discurso que comenzó de la siguiente manera:

«Compatriotas: estas instalaciones que hoy inauguramos en esta pequeña pero siempre combativa ciudad, corazón de los Andes, son el reflejo de la revolución que hemos puesto en marcha. Son la demostración tangible de que tradición y modernidad pueden convivir al amparo de un futuro de esperanza y, por encima de todo, de progreso».

Mientras lo escuchaba, desde el quicio de la puerta de los vestuarios, don Eusebio miraba orgulloso los techos de madera encalada que recubrían las instalaciones. Se fijaba en los bordillos de piedra pulida que, decían los fineses, se habían traído de Holanda. Observaba la tapa metálica enorme de la depuradora a un lado y las saunas al otro. Pero sobre todo le gustaba el jacuzzi, que veía borbotear al fondo y que había tenido ocasión de estrenar, prebendas del poder, la noche antes con su querida, la secretaria del Municipio, que fue la que le interrumpió.

—¿Qué desea? No ve que ya mismo termina y me toca salir. ¡Verga, qué bien habla ese cabrón!

—Verá señor, es que hay un problema.

—No mame, Angelita, ahora no.

—Es grave. Don Liberto no ha aparecido.

—Estará tomando. Mande a alguien a buscarlo a la cantina y que lo hagan venir. Y si no quiere, me lo traen a las bravas, Angelita, pero ese hijueputa tiene que estar hoy aquí.

Y tomando estaba el concejal de deportes, don Liberto, que se había ganado el puesto años atrás por su vehemente oposición al proyecto de construcción de las piscinas que había iniciado el equipo del alcalde anterior. A su parecer, el dinero chino destinado a cooperación estaría mejor gastado en crear un parque infantil con una pista de carros *rulimanes*, afición con tradición entre niños y jóvenes de la ciudad y que él veía necesario en atención a la nada desdeñable cantidad de accidentes, algunos con final trágico, ocasionados por las carreras improvisadas en calles abiertas al tráfico. Su iniciativa anti-piscinas y pro-*rulimanes* había tenido una buena acogida

en algunos de los barrios del centro de la ciudad y su carácter noble y aguerrido le había granjeado cierta popularidad entre los vecinos, lo que animó a don Eusebio a ofrecerle formar parte de su candidatura cuando decidió postularse a la alcaldía. Don Liberto aceptó con la condición única de que se frenase el proyecto de las piscinas, porque lo de los *rulimanes*, dijo, aún había que estudiarlo mejor; y don Eusebio le prometió que, si ganaban, por el honor de su santa madre, ni una piedra más se pondría en la faraónica obra de las piletas andinas; y las que ya estaban puestas se sacarían y utilizarían para la construcción del circuito de coches *rulimanes* en la misma esplanada. «Perro mentiroso», pensó otra vez don Liberto frente a la botella de guaro mientras recordaba las palabras exactas del alcalde.

Al discurso del presidente le siguieron varios minutos de fervorosa ovación y, cuando por fin terminó, bien trajeados todos y uno por uno, fueron saliendo el resto de autoridades convocadas. El *speaker*, don Evelio, los iba llamando. Primero fue el alcalde, don Eusebio, que trató de emular al presidente adelantándose por la tabla del trampolín y desparramando una perorata leída que hablaba de orgullo y esfuerzo, de sus amados conciudadanos y, de nuevo, del progreso, pero que no tuvo ni por asomo la acogida del de su carismático predecesor. «Por eso él es presidente», pensó. «Aún me queda por mejorar, pero bueno, al menos servirá para las fotografías».

Después, a medida que don Evelio los fue nombrando, aparecieron el concejal de ciudadanía, la economista del Municipio, el jefe del sindicato indígena, la primera dama, también responsable de la ONG municipal a través de la cual se habían conseguido los fondos chinos, y el concejal de bienestar. La tarima mal montada se convirtió por un momento en alfombra roja. Todos saludaban con alegres aspavientos a los congregados entre una lluvia constante de flashes, menos el alcalde y el presidente, que aprovechaban para hacer tratos conversatorios después de que el primero pidiese al segundo un asesor en oratoria y este le dijese que le mandaría al mejor del país, además de una buena maquilladora, si accedía a presentarse a las regionales con su partido, opción que a don

Eusebio le pareció más que razonable si a cambio el presidente también se comprometía a mandar unos fonditos a más en el presupuesto anual.

—¿Otra vez a través de la ONG de su señora? —le preguntó el presidente.

—Sí, ya usted sabe —le contestó el alcalde.

A don Liberto el puesto de concejal le cayó sin esperarlo ni pretenderlo la misma noche de las elecciones. Cuando el escrutinio ya no ofrecía atisbo de dudas, que fue muy al principio del recuento en gran parte por los muchos vecinos que su persona había arrastrado a votar por la candidatura de don Eusebio, la secretaria le llamó para comunicarle, sin preguntarle, que sería el responsable de deportes del municipio. «Estará contento. Por fin podrá hacer construir la pista de *rulimanes* por la que tanto ha luchado», fueron las palabras de Angelita que evitaron el rechazo de don Liberto que, sin embargo, aquella noche no pudo pegar ojo.

Sus malos augurios se confirmaron el lunes siguiente, cuando al reunirse por fin con don Eusebio en el despacho de la alcaldía este le dijo que había que pensar bien qué iban a hacer con lo de las piscinas.

—Pero si eso lo habíamos dejado claro. Usted me prometió.

—Sí, pero comprenda que es mucho lo que ya se ha invertido como para tirarlo por la borda ahora todo de un día para otro. Tenemos que estudiarlo mejor.

Y la oposición feroz se convirtió en continuación. Pensaba don Eusebio que, al fin y al cabo, serían las más grandes y mejores instalaciones del país, unas de las mejores del continente, y serían durante su mandato, por Dios, ¡qué orgullo!

—Pero no fue eso lo que dijimos, —le espetó furioso don Liberto en otra reunión algunas semanas después.

—Pero eso no importa ahora, —le replicó don Eusebio— y el circuito de carros *rulimanes* después, a los pies del cerro, cuando consigamos más fondos. Se lo juro yo a usted por mi santa madre.

Don Liberto atizó al todavía nuevo alcalde con un cenicero, con tanta fuerza que lo dejó nublado en el suelo sobre un charco de sangre que manaba de una herida que costó reparar después veintidós puntos de sutura. El alcalde no quiso denunciar la agresión en el hospital, en parte porque en aquella tierra de machos duros una derrota era una derrota por mucho que el golpe hubiese sido a traición, algo inadmisibles que reconocer para el jefe de la manada; pero sobre todo porque sabía que, al amparo de una amenaza de denuncia que lo mandase preso, podría retener a don Liberto en el equipo de gobierno y evitar problemas con los vecinos que tanto lo adoraban. Además, tenía claro el alcalde que era cuestión de tiempo que se presentase la oportunidad de vengarse. Don Liberto, por su parte, se comió el orgullo y tiró a la basura la carta de renuncia que ya tenía redactada cuando su mujer, tras recibir una llamada telefónica de Angelita alarmándole de la posibilidad de tener que pasar años llevándole comida a una celda, le exigió que lo hiciese. «La vagina siempre manda», pensó airado don Liberto, que si fuese solo por rabia aquella noche también habría estampado con gusto un cenicero en la frente de su mujer.

Las obras de las piscinas se demoraron más de lo esperado porque hubo un faltante de fondos. Todos en el municipio supieron que el alcalde, empeñado en repararse la enorme cicatriz con boquete con que don Liberto le había adornado la cara, desvió parte del dinero para viajar a los Estados Unidos y acudir a clínicas estéticas tan caras que ni los hurtos habituales podían costear. Pero la laboriosa reparación de la cara del alcalde fue un tremendo desaguado, y a cambio de rellenarle la grieta le hincharon la frente de un modo tan extraño que dejó todavía más expuesta la cicatriz de los puntos y le valió entre muchos de los vecinos el jocoso sobrenombre de *el Globo*, que lo persiguió como un eco de fantasma acurrucado en su cabeza durante el resto de sus días y que se aparecía a gritos con relativa frecuencia algunas mañanas, muchos de los días de lluvia y todos los domingos por la tarde, además de en momentos puntuales como cuando Angelita se le quedaba

mirando curiosa después de los achuchones o la mañana aquella de la inauguración, en que al preguntarle al presidente por un experto en oratoria, este le recomendó también una estupenda maquilladora. «Con esta cara nunca llegaré a ser presidente», se dijo en ese momento. Y tenía razón: nunca llegó.

Durante los dos años siguientes a su nombramiento como concejal y mientras continuaban las obras de construcción de las piscinas don Liberto remojó su orgullo en la cantina que antes tan pocas veces había visitado, y solo cuando esta cerraba iba hasta un murete que había cerca de su casa para patearlo una y otra vez con una ira llorosa que contenía todo el dolor del universo. Entre vaso de guaro y vaso de guaro y patada y patada, no demoró en correrse el chisme injusto entre los vecinos que otrora tanto lo habían querido y adulado de que se había vendido y la culpa lo comía por dentro. Más que rabia y lo que era peor, don Liberto empezó a generar pena entre la gente. Y con su honor se fue su salario, que como no pisó ni una sola vez su despacho, tuvo a bien don Eusebio retirarle de forma indefinida. Y después del dinero se fue su mujer, con el capitán de la policía, íntimo del alcalde, y llevándose a la niña, lo que hizo que, frente a la barra del bar, tantas veces, don Liberto se arrepintiese del todo y más si cabe de no haberle estampado el cenicero cuando tuvo la ocasión y las ganas. Y nada quedaba del honorable vecino que tanto había luchado por los suyos que fácil y sin apenas coste hubiese sido para don Eusebio quitarle también el nombramiento, pero en vez de eso, la misma mañana en que mandaron la carta al presidente de la República, el alcalde pidió a Angelita que, «en atención a su puesto y como bien lo requería la ocasión», se acercase a la cantina a entregarle al excelentísimo concejal de deportes la citación para acudir a la inauguración del complejo de las piscinas.

Al final los chinos habían accedido a reponer los fondos faltantes para terminar la construcción a cambio de que, en vez de Atahualpa, el recinto fuese llamado Akihito. «La misma pendejada», pensó el alcalde, que accedió sin reparos. Sí se preocupó, por el contrario, cuando su querida secretaria interrumpió sobre la tarima sus negocios con el presidente, que

a esas alturas ya versaban sobre la preparación de la campaña para las regionales, mientras el *speaker* presentaba al resto de autoridades.

—¿Qué chucha quiere ahora Angelita?

—Es que don Liberto no está.

—¿Cómo que no está?

—Pues que han ido a buscarlo a la cantina y dicen que se fue.

—¿Cómo que se fue? Si no sale de ahí.

La secretaria levantó los hombros. «Ese hijueputa es tan listo que se la ha olido», masculló para sí don Eusebio enfadadísimo, sabedor de que su plan para humillar a don Liberto haciéndole acudir a la inauguración de las piscinas contra las que tanto había luchado, gestado y esperado durante dos años con la intención única de dejarle una cicatriz en el alma peor que la que él le había colocado en la cara, se esfumaba de repente y sin remedio.

—Se suspendió la ejecución —dijo a su secretaria, que no lo comprendió—. Espere Angelita, no se vaya. Hágame el favor de no avisar a don Evelio. A ver si al menos el desplante sirve para que todos esos pendejos de ahí fuera le quiten de encima el poquito de mártir que todavía le ponen a ese borracho mamaverga.

Y como la orden se cumplió, cuando llegó el turno, don Evelio llamó al concejal de deportes, don Liberto Ortega, para que subiese al escenario. Pero nadie apareció. El público quedó en silencio, mientras don Eusebio se conformaba gustoso con el regocijo de aquella venganza menor. Por no haber sido advertido, el *speaker* repitió la llamada. Y de nuevo nadie apareció. «Al final resulta que no se vendió», gritó alguien desde el público, y un tumulto seco de cuchicheos lo siguió. Entonces el alcalde cayó en cuenta de que su ausencia, más que una derrota, era una incontestable victoria para don Liberto. El presidente, que no entendía nada, le abordó para preguntarle qué estaba sucediendo. Agobiado, don Eusebio decidió tomar cartas en el asunto. Se adelantó y habló:

«Conciudadanos, es tan triste ver cómo un miembro de este gobierno, que tanto y con tanto ahínco lucha y ha luchado por el progreso de esta nuestra tierra, debido a sus problemas con la bebida, de los que todos los presentes hemos sido testigo en innumerables ocasiones, se ausenta de un evento que sin duda marca el futuro de nuestra amada ciudad, que no me queda sino anunciar aquí mismo y ahora su inmediata destitución».

—Un momento. — Se escucha un grito—. Antes de que me boten, he venido a bañarme.

Don Liberto atraviesa la puerta de los vestuarios ataviado con un bañador slip de estampado de leopardo y unas gafas de baño colocadas a modo de diadema. Tranquilo, sube las escaleras de la tarima, la atraviesa y se dirige hacia donde están el resto de autoridades.

—¿Qué vergas pasa? —pregunta el presidente al oído al alcalde, que trata de interrumpir al concejal.

—¿Qué chucha estás haciendo, Liberto?

El concejal lo ignora e irguiéndose se dirige a los presentes.

«Queridos vecinos, he estado pensando mucho en estos días sobre mi actitud y me he dado cuenta de cuán terco he sido con mi negativa a la construcción de estas piscinas. (Gira la cabeza y mira al alcalde) Usted tenía razón, don Eusebio, y no me queda sino disculparme y reconocer mi error. (Vuelve sobre los vecinos) Así que, como muestra de mi arrepentimiento y en vista de que soy el concejal de deportes, pienso es mi responsabilidad y derecho ser el primero en estrenarlas. Sirva esto para reponerme en mi falta. Después ya me pueden destituir si es lo que desea el señor alcalde».

Dicho esto, don Liberto avanza por el trampolín. Se coloca las gafas sobre los ojos. Palmea. Da unos pequeños botes sobre el extremo de la tabla y termina con un salto simple, sin

piruetas, que lo manda al agua. Entra por los pies sin apenas salpicar. Ni siquiera manotea. Se empieza a sumergir como se hundirían los troncos si no fuese porque flotan. No hace nada. La gente lo mira, algunos empiezan a murmurar. El presidente se acerca nervioso al alcalde:

—Saquen a ese hombre inmediatamente del agua antes de que esto sea un escándalo.

El alcalde grita a todo el mundo: «¿Dónde está el socorrista?». La gente empieza a alterarse, don Liberto está llegando al fondo y el socorrista aparece en la tarima.

—A su servicio.

—Vamos, ¿a qué espera?

—Pero señor, es que...

—¡Pero señor nada! ¡Sáquelo ahora mismo!

—Pero señor es que no sé nadar.

—¿Y quién vergas le ha hecho a usted socorrista?

—Su mujer, que nos estaba debiendo un favor.

Sin tiempo para reclamos, el alcalde se adelanta y ordena: «Que alguien que sepa nadar se meta al agua y saque a ese pendejo antes de que esto sea una desgracia». La gente lo mira atónita. El socorrista se acerca por detrás y le comenta.

—Verá señor, es que en este pueblo nadie sabe nadar.

Al cadáver de don Liberto, cuando por fin flotó, lo empujaron con las pértigas destinadas a la limpieza de las piletas hasta mandarlo junto al bordillo, lo recogieron hinchado y lo enviaron directo al funeral. Fue velado y enterrado con su bañador slip de estampado de leopardo y las gafas de buceo puestas, mientras su exmujer le lloró desgarrada y tarde los sufrimientos que antes le había ocasionado, para después de un rato regresar a casa con el capitán de la policía. Los vecinos, una vez pasado el susto del borrachín, que no tardó mucho, pudieron disfrutar de la pileta pequeña para niños, que apenas cubría, pero solo hasta la media tarde, cuando todos se fueron porque se celebraba en la avenida la carrera de carros *rulimanes* en la que se decidiría el campeonato. El presidente, algunos meses después, fue reelegido por mayoría, pese a que un

obcecado periodista extranjero recién destinado en provincias de un insensato periódico se había empeñado en hacer escándalo al descubrir que tenía varios premios de natación obtenidos durante sus estudios universitarios en los Estados Unidos. Don Eusebio, por el contrario, nunca se presentó a las regionales y ni tan siquiera siguió mucho como alcalde. No fue por la muerte de don Liberto, sino porque los chinos descubrieron la corrupción para las operaciones estéticas y se empeñaron en obligarlo a dimitir. Quiso entonces retirarse a vivir con Angelita en el cerro, pero Angelita prefirió quedarse con el nuevo alcalde, que le había prometido la presidencia de la ONG municipal, y se tuvo que ir con su mujer, que estaba insoportable porque se acababa de quedar sin trabajo. Y de su tiempo de alcalde solo le quedó el sobrenombre de *el Globo* y una hinchada cicatriz. La tarima se desmontó y los discursos con la palabra progreso se volvieron a pronunciar muchas más veces sobre ella en otros lugares, por otras autoridades. Y al final las piscinas quedaron ahí, más por adorno que por utilidad, con el nombre de Akihito, que solo el socorrista que no sabía nadar se enteró por casualidad que se trataba de un emperador del Japón. Chino, al fin y al cabo.

# LA ENERGÍA DE LOS ESCLAVOS

Jacobo LLAMAS MARTÍNEZ

Los cadáveres,  
antes de ser incinerados  
horizontalmente callados,  
descubrirán,  
además del silencio,

el futuro:



el tiempo fluyendo salvaje por las aguas,

el universo vagando agreste por las calles...

*E nós, pai? Que sentimos nós?*

Arráncame la piel, la nostalgia romana, el bronce de muralla, pero no olvides tu beligerancia celta y no me delates a Augusto,

porque nunca permitirá que me convierta en hombre de mar.

Pertenezco a un Imperio fragmentado, al que se le llenan los ojos de ira y agua salada; a un imperio carnívoro, que prefiere remover el arado sobre la sangre de los muertos en el interior de la tierra, el dolor a la democracia. Mi infancia recorrió la orilla menos caudalosa del río, allí me enseñaron a ser soldado. Me describieron el discurrir del lecho, el número de puentes y combates, su cuna y su fin; nunca me hablaron del mar, de la energía de las corrientes, del amor de sus gentes, del norte ni de este sol.

Si me descubren en tu piel, le pondrás fuego a las venas y proclamarás ante el César que no quiero que me devuelvan a mi fortaleza inhóspita y rendida.

—¿Lucharás conmigo? ¿Resistiremos? ¿Quedará mi sepelio junto al castro, limpio, purificado y a salvo entre tanta agua y tanta sal?

En aquellos tiempos los hechos sucedían debajo de tus pieles. El invierno no pasaba; la sangre estaba fría como la de los campos en la batalla al final de la insurrección, como el agua en los márgenes de este río. Hablabas de nosotros, me querías, y acampabas junto a mí en aquellas playas de la frontera, con hambre en las vértebras. Decías que no ibas a desertar, que los imperios tenían principio y final... Yo estaba de parte de la vida:

Mis guerras no tenían orígenes ancestrales ni tanto rencor acumulado.

Rechacé la lucha porque amaba la tierra; no quería exilios, árboles calcinados, gritos de auxilio, criaturas aterradas. No compartía el odio de mis predecesores, y no me sentía conquistada. No recordaba los lugares oscuros, las estatuas mutiladas sobre los pedestales, los talones sobre aquellos cuerpos. Pensaba valerosamente en los espíritus que se escuchaban mientras dormía y los muertos no podían nada contra mi esperanza. Tú, en cambio, seguías mojado por aquellas mareas, por las deslealtades del pasado, lo sagrado, las villas devastadas, por el poder que no sabemos compartir. Secabas las lanzas, los escudos, sobre el sol de los acantilados. Las hojas, los muertos, no olvidabas. Huiste por antiguos territorios en guerra de casi todo cuanto conociste, bebiste del río, sentiste la orina fría de la aurora, la sombra contra la piel de las efigies, las heridas: nunca asumiste el dolor que supuso estar dentro de tu cuerpo después de cada combate. Atravesaste los puentes y atacaste por los flancos, pero los imperios no se pueden destruir por los flancos, no se les estremecen las vísceras, no tienen el estómago vacío durante la contienda, no vomitan la noche:

No conjuran la  
energía de los esclavos.

Yo acepto lo terrible de la condición romana, los grandes manjares, los cuencos, las piezas etruscas, las venganzas, los asentamientos antiguos,

que los dioses nunca me amarán.

Imagino las hogueras en tus ojos, los huérfanos, las mujeres violadas, las lágrimas..., porque cerca de mis pies, en tierra firme, el peligro se siente de forma diferente, porque existirán otros tiempos después del sudor marcial del mar, del fuego y la ceniza, en los que no vivirán aquellos que nos ultrajaron y en los que el hambre y la muerte tampoco defenderán mis causas.



Aún regresan flores tuyas por el río, rescato en la ribera  
su aroma, conservan mi perfume, el tacto de tus labios: me  
obligan a pensar en los peces con los que viajaron, en los vientos,  
en las lunas galenas pasadas, en los puentes, en la guerra a la  
que nunca asistí. A veces, rodeadas de algo más de luz,  
murmuran palabras que recuerdan las tardes en las que  
saltábamos del monte al castro y del castro al río. Había  
entonces algo de inmortal entre tus cosquillas,  
proclamabas el amor sin democracia,

charlabas sobre la hiedra que crecía entre los muros del poblado,  
de tus antepasados, de si los pulpos se sentirían tristes durante  
la bajamar; de la nieve en los pretiles, del frío de los pastos en  
invierno, de las fiestas del barro y el verano. No entendías la  
oscuridad de las noches, mi repulsión a las armas; decías que  
me amabas con la profundidad del mar, que el espíritu de mis  
muertos te protegía.

Hoy, pese a las flores de las que solo yo sé, tengo la  
impresión acelerada del tiempo adulto, monte arriba y dentro  
de casa, y estas palabras, más incluso que tu hijo —Mateo  
florece—, me hacen adulta; por eso me engaño cuando pienso  
que todavía soy joven para hacer todo por primera vez, porque  
ya hice todo por primera vez contigo antes de ser amenazada, de  
vivir encima de los pies del tiempo y la muerte, de la tierra que  
no amaba, de los tiempos de expediciones y campañas

que no sirvieron para combatir tanta catástrofe  
ni para defender tu cadáver.

El frío que incinera el río fluye íntimamente a través de ti y de mí durante las *consecratio*. Nada el mar, no es posible armar la paz, los cónclaves no cauterizan las heridas,

los muertos germinan a mis pies.

No comprenden: no se trata de aniquilar, sino de refundar, de que no haya más cadáveres, porque la incomprensión no se combate con más tropas, porque los poblados más desprotegidos también se saben defender. Mañana aguarda un nuevo viaje y nadie sabrá de donde llegaré dando pasos para reclutar más guerreros. Cuando acabe el día la tierra entre nosotros será la misma, o más árida, y la oscuridad no me dejará más cerca de tus brazos.

En el pasado olía a ti y todos los perfumes brotaban sobre los arenales. Aquellas noches dormía abrazando gotas de tu cuerpo, buscaba consuelo en los *rétores*: tu lugar todavía era mi lugar y los sentidos de mis cuencas no estaba tan huecos. Después fuimos alejando las yemas, dejando de palparnos los orificios más profundos, y ya no fue necesario decidir el nombre de más hijos ni de dirimir nada con palabras. Aprendí a no preguntar por las derrotas, por lo que no se debatía en el senado, por los verdugos,

por los cuerpos que cambiaban de color bajo el mar.

Ahora camino con el aliento herido y no soy más que carne, distingo rostros conocidos, sumergidos, que no me reconocen: su sangre corre por las fuentes, por los manantiales, limpia nuestras manos.

—¿Qué sienten los que son como ellos? ¿Y nosotros, padre? ¿Qué sentimos nosotros?

No quiero que me recuerden los vates; ufanos ante el cuerpo que no existirá, bendicen la impureza sagrada del agua que desplacé profundamente al huir entre esqueletos blancos y negros por las noches. (No confíes jamás en seres tan antiguos como los dioses, que nunca lavaron la sangre de las túnicas ni la mortaja de los hijos.) Busqué sus caras en las rocas, los invoqué en distintas lenguas, y nunca regresaron para rescatarme; enviaron un enérgico verano, un favonio seco que se convirtió en más munición para la batalla. Permitieron que quemase las memorias que venían del este, en los abismos donde rompe las noches; comprendí entonces que el estruendo de los mares sería igual cuando no estuviese, que no volvería a poseer el cuerpo de los veinte años, los cabellos cortos, la razón para luchar...

Serás hombre, Mateo, y quiero que entiendas mis horas de melancolía, las prendas heredadas, las cenizas, la tierra que quedó marcada, por qué morí en pie, por qué me torturaron como a una bestia al lado de los cadáveres de serpiente del río, por qué sentí miedo de mi guerra y a decepcionarte. Estoy desolado por las ruinas dejadas, por el origen de tu linaje, por creerme capaz de desafiar a la muerte.

Antes de que nacieras, mis ojos se llenaron de mar y odio,

pretendieron acuchillarme con ideas de paz,

con las lenguas de las musas; intentaron convencerme de que el sol combatía el frío acumulado de todos los inviernos; nadie me aconsejó que recordase los límites del amor, el aliento heroico de la infancia, que competimos con el tiempo, con la energía de los esclavos. Luché sin pensar en quien se acostaba junto a mí, en la mirada estúpida del cielo, en la sombra que imitaba mis movimientos, en los forasteros que llegaban a la villa, en los pulpos en días de marea baja, en los extremos de la palabra, en dormir y abrazarme, en la infelicidad de las personas que me quieren, en la incomodidad de las superficies blandas, en las mejores semillas de manzana,

sin darme cuenta de que vivir es más importante que triunfar.

Nunca importó el desenlace: todo fue una traición a los estandartes o a la vida. Pasó mucha agua bajo los puentes, los peces se supieron carne, el río se ahogó en lo profundo, las musas se humedecieron en sangre, y los dioses del norte nunca nos quisieron. Los bárbaros solo pensaron en arrancarles la piel, desposeerlos del moreno de muralla, de los imperios, de los hijos, de los ritos ancestrales, del cierzo, del sol; como los tribunos, los cónsules, los césares, los bardos codiciosos que no combaten ni resisten, prendieron lumbre a las venas de los perdedores,

porque estaban habituados a la muerte,

al expolio de los panteones, al saqueo, a las uñas llenas de impurezas, a las inscripciones sin amparo, a las llagas de las campañas, a ser insolidarios con las revoluciones, al poder de las armas.

Las enseñanzas de los *réttores* llevan mucho tiempo muertas, olvidaron las cosquillas, los cabellos castreños, los sueños que adormecen los pies, el agrumar de la simiente, la retórica, los vientos, las lunas, las flores, el fuego de la infancia, las noches de bajamar, las fiestas del monte y el verano, los epitalamios, las danzas nupciales, la solidaridad y la democracia, las dentelladas íntimas, las arenas de aquellas playas, el agua y la sal. Y en las bocacalles resbala otro otoño,

los ángeles rematan su caída,

mueren los héroes más ancianos, el recuerdo de sus versos, las cicatrices de su vientre: pétrea arena acoge la piel para los siglos. Triunfadores y redimidos tienen la carne, los dedos hendidos en finos trazos, y ya no saben si combaten por la civilización, contra la patria o por su vida: oprimidos, opresores,

consumiéndose...

Estilo, verba, *iunctura*,

las palabras, las musas,

los cuchillos,

los cónclaves, los hechos,  
las ordalías,

Eva, Hero, Helena  
corredor, Leonor, amor,  
los robots, los marcianos,  
los editores,

el silencio,  
conducen al mismo lugar:

la



Extinción.